

El bello amor humano

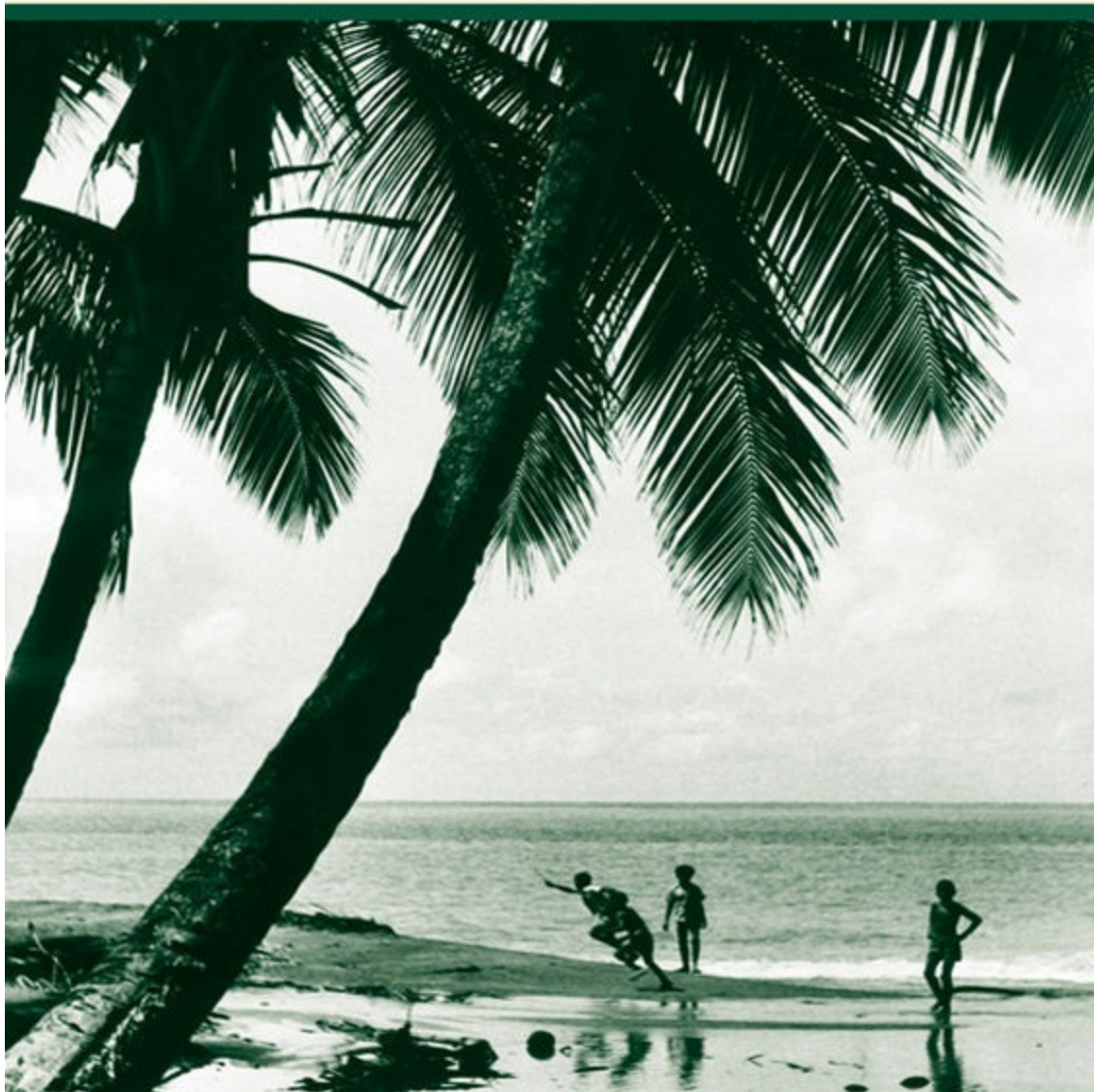
LYONEL TROUILLOT

Nuevos Tiempos Siruela



El bello amor humano LYONEL TROUILLOT

Nuevos Tiempos Siruela



Lyonel Trouillot

El bello amor humano

Traducción del francés de
Elena García-Aranda

 Siruela

Nuevos Tiempos

Índice

Portada

Portadilla

Dedicatorias

Citas

Nota del autor

EL BELLO AMOR HUMANO

Anaïse

Thomas

El bello amor humano

Nota de la traductora

Créditos

EL BELLO AMOR HUMANO

*Para Sabine, Anne-Gaëlle,
para Anaïs, a quien debo el final*

A la memoria de Jacques Stephen Alexis, el maestro

*Pero en verdad aún la espero
Con el alma y el corazón
Y en el puente de los Regresa
Si alguna vez vuelve esta mujer
Yo le diré estoy contento.*

Guillaume Apollinaire

*Y he aquí que desde hace diez años espero mi primera
noche de amor; la noche que me despertará y me conducirá
hacia el día...*

Jacques Stephen Alexis

«La belle amour humaine» es el título de un texto de felicitación de Año Nuevo publicado por Jacques Stephen Alexis en enero de 1957 en la revista *Les Lettres françaises*. (N. del A.)

Anaïse

El mar había sido más generoso que de costumbre y los pescadores habían capturado tal cantidad de sardinas y de langostas que tras regresar al pueblo, al atardecer, amarrar las barcas y tranquilizar a sus compañeras, pasaron la noche entonando canciones marineras con la mirada puesta en las constelaciones, y no vieron las llamas del incendio. Según recuerdan los aldeanos, jamás vivieron una mañana mejor ni una mejor noche, y de no ser por la memoria carnal de los manjares y los besos, creerían incluso haberlas soñado. Eso es lo que los hombres te dirán. Las mujeres, por su parte, añadirán que aquella noche soplaba una brisa fresca y perfumada, mezcla de salvia, jazmín e ilang-ilang. Embriagadas de felicidad, volvieron a sentirse niñas y durmieron con las ventanas abiertas, soñando con bellos capitanes de navío. Según recuerdan las mujeres de los marineros, nunca viajaron tan lejos, ni visitaron tan bellos parajes, ni compartieron más tiernos abrazos, ni tuvieron más hermosos encuentros. Ningún olor a quemado vino a turbar sus sueños. Eso es lo que ellas te dirán. Y si pasamos a detallar lo que hicieron los que no eran ni marineros ni mujeres de marineros, ni asimilables a esa primera categoría (pues el oficio de marinero no prohíbe en absoluto ser además percusionista, jugador de dados o filósofo), habrás de saber que Justin, legislador benévolo y autodidacta, había estado trabajando hasta la aurora en su nuevo código legislativo al servicio de la felicidad, en el importantísimo capítulo dedicado a la unión libre, los regalos, la reciprocidad y otras virtudes cotidianas. Excitado y orgulloso de sus propuestas, había instalado su silla ante el mar para esperar el comienzo del nuevo día mientras bebía té de guanábana, y fue testigo de una sola cosa: el suave fuego del sol al amanecer. El pintor Frantz Jacob, su sobrino y Solène, la joven de salvaje belleza, habían pasado la mayor parte de la noche hablando de pintura, de las fuerzas y debilidades del trazo y el color, de su capacidad e incapacidad para reflejar las cosas tal como son y no son, y pasando del arte a la vida, la conversación viró hacia la arrogancia de aquellos que siempre creen poder distinguir entre acción y pensamiento, sueño y realidad, mentira y verdad. Las aves nocturnas no pararon de cantar, improvisando para la ocasión y agregando de este modo su granito de arena a la conversación. Y si volvemos al ambiente general, si queremos describir la atmósfera reinante, dar una visión de conjunto, habrás de saber que las aguas estaban

calmas y los espíritus tranquilos, que no había signo alguno de agitación; ni dolores de cabeza ni de muelas vinieron a perturbar el sueño de los niños, que dejaron a sus madres sumidas en sus sueños y esperaron a la mañana siguiente para satisfacer sus demandas de leche y ternura. A pesar de su pobreza y su aislamiento, la aldea marinera de Anse-à-Fôleur había vivido un día y una noche que rozaban la perfección, y nada revelaba el más mínimo indicio de las causas y circunstancias del incendio. Al día siguiente del drama, si es que hubo tal, a las ocho, después de haber bebido el café preparado por su amada compañera y de haberla besado en signo de agradecimiento, ritual invariable durante sus veinte años de concubinato, el jefe de sección, único representante de las fuerzas públicas en la aldea, constató al efectuar su ronda que el emplazamiento de las casas estaba vacío, con la excepción de dos montoncitos gemelos de ceniza, y que el coronel y el hombre de negocios no se entregaban a su cotidiano paseo triunfal por la playa. Sin consultar a su concubina (ella no habría dudado en desaconsejarle la puesta en marcha de una investigación carente del más mínimo interés para la comunidad, y de ponerle en guardia contra cualquier llamada a fuerzas exteriores para resolver un problema local), se marchó en bicicleta al pueblo vecino, esperó una hora hasta tener línea con la capital, y avisó a las autoridades.

Eso es, pues, lo que te dirán, y solamente en el caso de que tengan ganas de hablar. Allí, viviendo entre el mar y el arco iris, los colores son a menudo lo único que se necesita. Son capaces de pasar días enteros recorriendo la orilla del mar sin necesidad de volcar sus pensamientos en palabras. No es como aquí, donde la vida tiene miedo del silencio. Aquí, o estás preparado desde que despiertas para la lucha cotidiana, o la vida te pasa de largo. El pan hay que cazarlo como se caza a una presa y, como no hay para todos, el ruido ocupa el lugar de la esperanza. Lo que has visto en el aeropuerto, veinte porteadores para una sola maleta, chapurreando en todos los idiomas del mundo, no es nada. Espera a ver el centro de la ciudad. Tendremos que atravesarla, abriéndonos paso a través del ruido hasta llegar a la Estación del Norte. Los extranjeros suelen quedarse medio sordos con toda esa algarabía de objetos, animales y hombres. Cacerolas. Silenciadores. Vendedores ambulantes que pregonan de todo, desde elixires a antibióticos, pasando por cremas para aclarar la piel y píldoras para engordar. Funcionarios del ayuntamiento expulsando a los vendedores de cereales, frutas y verduras que se instalan en la calzada. Los altavoces de los voluntarios de la sanidad pública elogiando las virtudes de la leche materna y de lavarse las manos. En ninguna parte pueden escucharse tantos ruidos a la vez, oponiéndose, contradiciéndose, reventando los tímpanos, llenándote la cabeza de ilusión de movimiento. Colas delante de la oficina de Inmigración y del Ministerio de Asuntos Sociales, agentes de seguridad amenazantes, multitudes cuyas reacciones son fruto de las semanas de espera. Mototaxis colándose entre los coches. Cambistas que venden moneda falsa a la tasa del día, agitando billetes ante la cara de los transeúntes para atraer a la clientela. Guardias de tráfico de cháchara con sus amantes en mitad de la calle. Peatones metiéndose por medio y peleándose con quien se les ponga por delante. En el centro de la ciudad, el ruido es como la pobreza, nunca acaba de abarcarse. Cada vez que creemos haberla circunscrito a los barrios creados para ella, la pobreza se desborda y sale fuera. Con el ruido aquí sucede algo parecido. No hay modo de completar la lista. Camiones cisterna chirriando y goteando al subir las cuestas. Niños mayores. Niños pequeños. Niños que todavía son niños y ya tienen niños. Balas perdidas. Locos de Dios, profetas del fin del mundo reprochándote no aceptar a Jesús

como tu salvador personal. Las sirenas de las comitivas oficiales. Las radios de los puestos callejeros escupiendo en bucle noticias de desgracias y números de lotería. El gentío gritando al ladrón. El ladrón que se confunde entre el gentío y grita más que nadie. Las peleas de perros, a un lado los pequeños, al otro los grandes; como los humanos, los pequeños huyen gimoteando de la derrota, pero vuelven a la carga y de nuevo son vencidos por los grandes. El público compuesto por desempleados y porteros, que acaba por cansarse de ver el mismo espectáculo una y otra vez, aunque sea gratuito, y dispersa el barullo a palos. Y, como en la vida, los ruidos también tienen sus humores. Si prestas atención, podrás distinguir los ruidos de la cólera de los de la espera y el cansancio. Aquí, los ruidos son la única prueba de la dura tarea de existir, y jamás descansan. Cuando todo lo demás se ha perdido, el tiempo es lo único que queda por perder: escucha los ruidos del tiempo perdido. Zapatos desparejados arrastrándose por el pavimento. Desfiles. Viudas manifestándose en el Campo de Marte, pidiendo justicia para sus maridos asesinados que en vida nunca fueron muy apreciados, y cuya trágica muerte de repente ha vuelto simpáticos; la asociación de estafados por los Bonos del Tesoro, esperando en vano la devolución de sus inversiones; los empleados de los servicios municipales de limpieza, reclamando el pago de las mensualidades atrasadas mientras caminan sobre las basuras. Los comentaristas deportivos que hacen publicidad para los importadores de arroz y manteca, y no dejan de ladrar ni en los tiempos muertos. Rap. Ritmo. Los decibelios a un volumen demencial de los vehículos del transporte público. El chisporroteo de los sopletes que conectan las tomas ilegales. Los trabajadores de la compañía de electricidad que desconectan los cables. La muchedumbre en torno a los epilépticos que caen, rígidos, bajo los soportales de las tiendas. Incluso la muerte y la nostalgia participan en el concierto... Escucha. Todos estos ruidos de la vida burlándose de la vida. Lo que ha sido y lo que queda. La nostalgia de los ancianos que cruzan las calles con la mirada perdida en los paraísos de su memoria, y se dejan arrollar por los automovilistas. Los hinchas del equipo Vieux Tigre (el Violette) y los del Vieux Lion (el Racing) que hablan de tiempos pasados porque hoy en día, a pesar de sus pomposos nombres de animales de la selva, leones, ni de broma, tigres, venga ya, se han quedado en nada, como la piel de zapa. Los pasos tristes y los zapatos polvorientos de los padres pobres siguiendo penosamente los coches de los cortejos fúnebres. Una mujer desnuda, llorosa, que les dice a los transeúntes: «Rece por mí, señor, compréndame, señora», la crónica de un loco amor. Las comparsas que no esperan que sea carnaval para tocar. Los escolares expulsados de las escuelas privadas por no poder pagar las tasas que gandulean por las calles inventando nuevos insultos para los locos. Los locos que se dan la vuelta y persiguen a los escolares con pedradas y maldiciones. Los...

...Está bien, ya paro. Podría seguir así durante mucho tiempo, pero seguro que te aburrirías. Aunque hay al menos dos cosas que debes saber. La primera: si comparamos una capital con la otra en cuanto a riquezas y monumentos, es verdad que nosotros no saldríamos ganando. Los turistas que, como tú, proceden de hermosas ciudades, si me piden que pare en los alrededores de una plaza, solamente durante el tiempo necesario para enfocar el objetivo y tomar una fotografía, cuando están ante el monumento lo miran, como mucho, con suficiencia. Un cliente experto en confidencias y juicios de valor, un hombre de negocios con una panza que le auguraba el infarto y el rostro enrojecido a causa del ron al que se consagró durante toda su estancia, me soltó la siguiente frase, con el tono sentencioso de un sabio entre los sabios, como si abriese ante mí la más bella página del libro de las revelaciones:

—Este es el país de las hipérboles. Para las cosas más insignificantes utilizáis grandes palabras: basílica, avenida, palacio...

Tuve que buscar en el diccionario el significado de la palabra «hipérbole». La literatura no es lo mío. Me llevo mejor con las imágenes. Pero no, no señor, cada uno tiene las basílicas, las avenidas y los palacios que se puede permitir. La hipérbole crece como la mala hierba en el corazón de las personas cuando hablan de su tierra. La prueba la tienes en aquellos de los nuestros que marcharon a tu país y, al regresar, no cuentan más que bondades. Parece que solo hayan visto maravillas. Porque ¡dónde está escrito que las palabras tengan que describir las cosas en su justa medida! Estoy seguro de que en tu ciudad tampoco os quedáis cortos a la hora de exagerar. Todos exageramos. Sea el país que sea, siempre hay una gran diferencia entre el día de la fiesta nacional y el resto del año, entre los discursos oficiales y la temblorosa voz de la vida cotidiana, entre las postales y las vidas de perro del común de los mortales. No vengas ahora a contarme que en tu país todo es maravilloso. Que todo el mundo es feliz. Además, lo dijiste en tu carta. Fui yo el que se la leyó a mi tío. Yo soy sus ojos. «No sé a qué voy. Tampoco sé lo que me pertenece. En esta ciudad, en la que las cosas no son de color de rosa para la gente que vive en ella, a veces me siento perdida o incompleta.» Todos los lugares habitados están hechos de carencias y excesos. Aquí, con estos socavones y estos edificios

descascarillados, no podemos aspirar a ofrecerte los tesoros de las antiguas ciudades ni invitarte a pasear por la más bella avenida del mundo. Pero me juego mi salario de guía a que, en cuanto a ruido, ahí sí somos los campeones mundiales. Nos abrumba de tal modo en esta ciudad desfigurada que apenas queda sitio para el silencio, ni gusto por el misterio. Aquí, a falta de otra cosa, nos embriagamos de estruendo. Y luego, cuando el fin se acerca, como un perro viejo y enfermo cansado de no servir para nada, nos acostamos y morimos de una sobredosis de ruido.

La otra cosa que debes saber es que hay siete horas de camino entre el ruido y el silencio. Entre esto y Anse-à-Fôleur. Imagino que también en tu país las ciudades se suceden y no se parecen entre sí. Hay ciudades que ladran y otras que susurran. Ciudades que sonríen y otras que ponen mala cara. Las hay que se pintarrajean, como una muchacha condenada a hacer la calle que se disfraza para la lucha de cada noche. Y otras que no exhiben nada ni venden nada, que huyen de las apariencias y de los escaparates, pero sonríen con sinceridad cuando pasa un visitante. Mi pueblo marinero es así. Pero mi verdadera ciudad es esta. Aquí nací, y conozco de memoria sus ruidos. Sus recovecos. Sus derrotas. Pero aquel otro también es mío. Mi pueblo, al fin y al cabo. Allí están plantados mis sueños. Y la tierra que te pertenece es aquella en la que plantas tus sueños. La que te gustaría legar a tus hijos. Cuando lleguemos podrás notar la diferencia. Aquí hay aquí y allá. Aquí es una ciudad abierta, escandalosa. Cada día llegan por la carretera suficientes familias como para poblar una nueva ciudad. Allí, en el pueblo de Anse-à-Fôleur al que deseas que te lleve, hay poca gente, compañeros, un puñado de seres vivos que se llaman por sus nombres de pila y son poco amantes de los jaleos. Los niños aún cogen caracolas, se las ponen en la oreja y el mar les canta, solo a ellos, sus canciones secretas. Los adultos no levantan la voz por nimiedades. Rara vez se enfadan, y cuando eso ocurre, los niños sonríen a sus espaldas, sabiendo que es teatro, una falsa tormenta que pasará pronto. Incluso las bestias gritan solo cuando necesitan hierba o cuidados. Allí las personas no berrean como aquí. Cuando optan por el silencio, ríen incluso con los ojos. Y cuando hablan, todavía queda silencio escondido tras sus palabras. Cuando llegues con tus preguntas te ofrecerán, a guisa de respuesta, frases envolventes como olas, cuyo sentido se te escapará si por pereza o estrechez de miras las interpretas al pie de la letra. Si te salen con perogrulladas como que los dados tienen seis caras, o que a veces la noche es más larga que el día, no vayas a creer que son tontos y te dicen cosas sin sentido; es un consejo de amigo que te invita a ver la cara y la cruz de todas las cosas. Si te preguntan de qué serviría descubrir la artimaña de la que se sirve la leche, que no tiene piernas, para meterse en el corazón del coco, es que quieren que comprendas que pocas cosas merecen que averigüemos sus orígenes, sus porqués y sus

consecuencias. Que hay hechos sin importancia sobre los cuales ni siquiera merece la pena hablar, y otros cuyas causas son de tal profundidad que escapan a todo análisis y que, para ser feliz, es mejor dejar con su misterio. «Deja las cosas con su misterio.» Eso es lo que te responderán. Y eso es lo que mi tío le dijo al investigador venido de la capital «a informarse sobre el origen del incendio que había destruido las casas gemelas del hombre de negocios Robert Montès y del coronel retirado Pierre André Pierre, causando la muerte de dos ciudadanos ilustres a una hora indeterminada entre la tarde y el alba en el pueblo de Anse-à-Fôleur». Mi tío mismo, como la gente del pueblo, pertenece al misterio. Y, sin embargo, él no nació allí. Durante mucho tiempo vivió aquí, encerrado en su estudio, en pleno corazón del bullicio, y se ganó la vida pintando rostros por encargo, construyéndose con los años una excelente reputación como retratista. Ministros, señoras de la alta sociedad, notables, militares, matrimonios ancianos, matrimonios jóvenes... plasmó en sus lienzos los rostros de todos los que tenían cierta solvencia, independientemente de su profesión, edad, sexo o color. El rostro humano, dice, es la más pequeña unidad de belleza o fealdad en los seres vivos, el territorio más pequeño en el que se enfrentan la bondad y la crueldad, la estupidez y la inteligencia. Cuando los médicos le comunicaron que ningún tratamiento podría curar la ceguera que ya afloraba, guardó el secreto de su enfermedad y decidió retirarse a un pueblecito, a poder ser en la orilla del mar. Extrañamente, en la época en la que podía ver, el mar no le atraía en absoluto. Pero después de habituarse a las sombras, su casa en la costa es para él casi como su barca. Dice que bastan apenas unos pasos, unas brazadas, un gesto, para ligar nuestra vida al agua. Que, sobre todo cuando uno no ha nacido en él, un pueblo costero es una puerta y lo que hay tras ella, el interior, es menos grande, menos presente que lo que hay delante: toda la grandeza del océano. Todas las mañanas se levanta de la cama con la ayuda de Solène, y ella le abre la ventana y le instala en su butaca para que mire el mar. Es allí, delante de la ventana, ciego y vidente, donde hace veinte años recibió al investigador venido de la capital, que le contemplaba sin entenderle:

—Deje las cosas con su misterio. Ahora que ya no veo, no encuentro mejor uso de mi presencia en el mundo que mirar por la ventana. Sí, dos hombres han muerto, dos casas se han quemado. Pero lo más importante es esto: un día usted también morirá. Cuando le llegue la hora, hágase la pregunta que realmente importa: «¿He hecho un buen uso de mi presencia en el mundo?». Si la respuesta es no, será demasiado tarde para lamentarse y querer cambiar. Así que no espere. Las circunstancias de la muerte no nos dan la clave para comprenderla. La muerte es para los vivos el más banal de los actos, el único inevitable. La muerte no nos pertenece, ya que nos precede. Pero la vida...

Hablo demasiado, así que ahora te toca a ti. Me gustaría escucharte. Por tu padre. Y también porque mi tío me ha enseñado que le debemos siempre al otro un tiempo de escucha. Háblame de tu ciudad. Eso me ayudará. Podré enriquecer mis ciudades imaginarias. En una ciudad inventada, yo acompaño a los turistas en el tranvía por el barrio de los artistas. Ellos compran piezas a mis amigos, los escultores de la Grand-Rue, que practican el reciclaje como arte, y lo mismo te recortan en una chapa un par de aves migratorias que te fabrican una diosa con latas y desechos de todo tipo. Una vez acabada la visita, recorreremos la orilla del mar, y nos paramos durante el tiempo de un café o un helado en un bar del paseo marítimo. ¿Quién sabe? Puede ser que algún día me suceda algo parecido en la vida real. Incluso aquí. Tranvías. Un paseo marítimo. Y bares en los que la gente se siente para conversar. ¿Quieres conocer a mis amigos de la Grand-Rue? No hace falta que les compres nada. Ellos aprecian, simplemente, la compañía. Una voz que les hable en una lengua extranjera, que es muy chic, e incluso aunque no les enriquezcas, siempre es halagador creer que uno merece la visita. Y además eres guapa. Cuando te hayas marchado, ellos habrán atesorado un poco de tu belleza y beberán a morro un alcohol menos triste, mientras charlan de la suerte, del arte, de la vida, del destino. Aquí también hay chicas guapas. Pero a fuerza de buscarnos la vida junto a ellas, a fuerza de emparejarnos solo para que el uno o el otro no se queden en la calle, el deseo se marchita rápido, también los encantos, y olvidamos la belleza que tan cerca tenemos. Pero tú no quieres visitar a mis amigos de la Grand-Rue. Ni hablar sobre la belleza de las autóctonas. Ni hablarme sobre los tranvías y los paseos de la ciudad de la que vienes. Te importan un comino los artistas y los chatarreros. Simplemente necesitas un guía que te lleve hasta allí, hasta el pueblo de Anse-à-Fôleur, al que tu abuelo y su amigo el coronel llegaron para instalarse, beber por las noches, rememorando sus proezas, y morir. ¿Vienes a buscar la verdad? ¿Sobre qué? ¿Sobre quién? ¿Sobre ellos, sobre ti, sobre nosotros, sobre tu padre? ¿Sobre la arena? ¿Sobre el mar? ¿Sobre los que mueren y los que sobreviven? ¿Sobre lo que es mejor olvidar? ¿Sobre lo que tenemos que reconstruir con paciencia para dotar de sentido a nuestros pasos? ¿Y qué es la verdad? Mira. Yo no tengo nada que perder. Tú quieres ir allí. Yo te llevo. Como decía el

viejo peluquero de la calle Montalais, donde hay patrón no manda marinero. Un maldito bromista, Manigat, el peluquero de la calle Montalais. Sus cortes estaban numerados del cero al cuatro. ¿Qué número elegir? Yo tenía diez años y mi madre muy poco dinero. Elegí el cero, pensando que los números estaban relacionados con el precio y que un corte del cero costaría cuatro veces menos. Me afeitó la cabeza. Cuando volví a casa mi madre me dio un bofetón. Después fue a buscar a mi tío a su taller, exigiéndole que la acompañase a ver al peluquero, que la iba a escuchar. Le preguntó por qué demonios le había pelado la cabeza como a un preso a un chiquillo de diez años que no tenía sarna. Él respondió, sonriendo: «Señora, donde hay patrón no manda marinero». Mi tío se moría de la risa. Mi madre no. De vuelta a casa, me propinó una segunda bofetada para enseñarme a no volver a meterme en un asunto tan serio y concerniente solo a los adultos como era la economía doméstica. Yo me refugí en el taller de mi tío. Me dejó embadurnar sus lienzos con los pinceles, y me dijo que quizás algún día podríamos trabajar juntos. Ya lo sé. Te burlas de todas estas cosas. Si te hablo de mi tío, es porque fue él quien me llevó allí. Es él quien lo comprendió todo. Sobre la vida. Sobre la muerte. La de tu abuelo y la de su amigo el coronel, si es que había algo que comprender... Le he avisado de la hora de nuestra llegada. Podrás alojarte en su casa. No se encuentra demasiado bien. Creo que morirá pronto, pero tiene que conocerte. Serás recibida como una princesa. Digo como una princesa, pero allí ni las palabras ni los gestos establecen jerarquías. Serás recibida como todas las personas que merecen ser bien recibidas. Tendrás derecho a todo lo que ellos poseen, que es poco, pero no aprenderás nada sobre aquellas cosas a las que ellos no conceden importancia. Y regresarás o bien con las manos vacías, o bien enriquecida con un no sé qué que te acompañará durante toda la vida. Como el investigador que vino de la capital para «atrapar a los culpables».

Nos hará falta una hora para salir de la ciudad. A continuación tendremos otras seis horas de carretera. Llanuras. Montañas. Pueblos a lo largo de la carretera nacional. Más carretera nacional. Subidas. Bajadas. Y luego tierra apisonada. Y luego inmensos lechos de ríos. Y luego escombros. Y otra vez tierra apisonada. Y al final, ya estaremos allí. Cuando dejemos atrás la capital, el paisaje cambiará. También la temperatura. No realmente, pero es que aquí uno tiene la impresión de que el calor es más sucio, el sol más malvado y el sudor más espeso. Adivino lo que estás pensando. Como te dije, estoy acostumbrado a los *shit* y los *feo* de los clientes que vienen de los países del norte. Se instalan en mi vehículo, evitan la gramática y los verbos y prefieren los gestos y las frases cortas; me indican lo que desean como si diesen órdenes a un niño retrasado, y rápidamente se hacen sus propias ideas sobre todo. El turista suele ser una especie de cartera con patas que comenta lo poco que ve en un tono que no admite discusión. Seguramente piensan que la tarifa que han pagado les da derecho a opinar, que su dinero les confiere el título de expertos. Acaban de desembarcar y ya han encontrado tema para sus comentarios. A mí no me molesta. Mientras ellos charlan, yo estoy exonerado de hablar. Me contento con conducir, haciendo como que escucho, mientras pienso en otra cosa. Tengo una segunda ocupación: invento paisajes. También ciudades. Mientras hablan, aprovecho para dibujar imágenes en mi mente. Contigo es distinto. Es un poco como si ya nos conociésemos, por tu padre. Y por esa frase de tu carta: «Me gustaría escuchar y comprender». Así que dime lo que piensas de mi ciudad. Mi capital debe de parecerse extraña, pretenciosa y enloquecida, a ti que vienes de una auténtica ciudad, con leyes que lo rigen todo, incluido el volumen de ruido al que tiene derecho cada cual. Yo conozco algo de tu ciudad por las películas, los libros y las postales. Sé que tiene un río, con sus orillas, y tranvías y fuentes. ¿Vives cerca del río? Siempre me ha gustado la idea de una corriente de agua bañando una gran ciudad. Puedes hablar conmigo. Ya que has venido a escuchar, nuestras voces están en igualdad, incluso aunque aquello sobre lo que has venido a escuchar sea un asunto privado que solo a ti te concierne. En recuerdo de tu padre, comparte conmigo tus impresiones. Él no hablaba mucho. Quizás siguió siendo así hasta el final de su vida. Era un muchacho triste, poco dado a la conversación. No seas

como él. Cuéntame cosas de la ciudad de la que procedes. Háblame sobre las riberas y los tranvías. Una voz que cuenta es más auténtica que una foto. En mi infancia, me faltó una voz que me contase. Mi madre no sabía más que anunciar desgracias y hablar de mi padre, del «cerdo de mi padre». He aquí pues una cosa que compartimos, la ausencia de un padre. El tuyo murió demasiado pronto para poder contarte historias. Al mío le gustaban demasiado los caminos. Quizás al tuyo también le gustasen demasiado los caminos. La mañana del día de su partida, con su mochila y algo de dinero para el viaje, parecía bastante feliz. Tú buscas palabras, un relato para esa voz que a los dos nos falta. Yo encontré una motivación. De niño, le hablaba con los puños a la ausencia contra la que mi madre no cesaba de despotricar. Por la noche, a la luz de la lámpara, él se convertía en una sombra, y yo disfrutaba golpeándole en la cara. Tenía los puños magullados de aporrear el vacío. Mi tío me dejaba hacer, mi madre me reprochaba esos arranques de violencia. Sin embargo los golpes eran tanto por ella como por mí. Después crecí, y no volví a sentir la necesidad de escuchar o de hablar con «el cerdo de mi padre». Ni de golpearle. Uno se cansa de pegar a un ser ficticio. Me dije que tener un tío tampoco estaba tan mal. Cuando yo tenía preguntas, mi tío me ayudaba a encontrar las respuestas. Él te ayudará, a su manera. Si todavía le quedan fuerzas. Ahora es prácticamente un difunto. Pero si le queda un soplo de vida, te ayudará. Aunque no es seguro que pueda hacerte escuchar la voz que le falta a tu infancia. Es poco probable que en el pueblo de Anse-à-Fôleur, al que llegaremos cuando caiga la noche, se hallen las respuestas a tus preguntas. A pesar de todo irán a recibirte. Si la luna es clemente, podrás incluso distinguir sus sonrisas, una playa salvaje pero hermosa, frutas, pan dulce y canciones marineras en abundancia, pescado ahumado, manos abiertas, artistas de enorme talento que trabajan siempre con buen humor, hábiles artífices de cabañas y canoas, de cuentos y de leyendas que dotan de exotismo a la vida cotidiana..., pero no de respuesta a tus preguntas. Yo estaba allí cuando lo del incendio, y continué yendo todos los meses para ocuparme de los asuntos de mi tío. Pero nadie, ni aquella noche ni al día siguiente, ni años después, ha hablado jamás de la desaparición de tu abuelo y el coronel. Así que, si vas para eso, más te vale cambiar de opinión y nos ahorraremos seis horas de carretera; podrás comportarte como una auténtica turista, buscar el nirvana y quedar extasiada ante la primera pacotilla que te llame la atención en una tienda de artesanía. Si como fuente de fascinación prefieres la pobreza, prepara la cámara y te llevaré a los hermosos barrios antiguos, ahora en ruinas, o aún mejor, a los barrios de chabolas. Podrás entristecerte mirando la ropa colgada en cuerdas y muros destartados, llorar por las muchachas embarazadas y las ancianas inclinadas sobre los rescoldos en los que preparan la única comida del día, cercadas de montañas de inmundicias. Conmovidita ante el espectáculo, podrás verter todas tus caritativas lágrimas. Y después podrás pasar algunos días en un hotel de playa, comiendo fruta fresca y bebiendo leche de coco. Allí podrás conseguirte un semental negro, y la «experiencia sexual» no te saldrá demasiado cara. No te ofendas por mi proposición. No debe juzgarse a las personas por buscar los placeres que más las complazcan, cada cual según sus inclinaciones. Solo si lo convertimos en ley eso plantea un problema. Este es uno de los principios fundacionales

del código de Justin, el benévolo legislador del pueblo de Anse-à-Fôleur: todas las personas deben colaborar en la felicidad de su prójimo. Así pues, dime lo que buscas, y mi deber será encontrarlo. Discúlpame. Te he mentido un poco. Algunas veces me gana la cólera cuando pienso en los que no pueden moverse y en los que llegan aquí proclamando que han venido a «materializar sus sueños». Eso me lo dijo una chica que se ha quedado aquí a vivir. Por las mañanas, ayuda a los chavales de un barrio pobre a dibujar sus problemas. Terapia, lo llama. Como si los chavales no estuvieran deseando poder pintar otra cosa. Por las noches, frecuenta un bar y se emborracha con gran aplicación. Ahora ya no necesita mis servicios, y cuando me encuentro con ella se ríe de mí, me acusa de trabajar con esa gente que no comprende el país en absoluto. Y sin embargo, ella no ha cambiado: la única diferencia es que su falta de modestia se ha hecho perpetua. Una clienta que no se ha marchado... Pero muy parecida a todos los demás clientes. ¡Dios mío, mira que cuentan cosas! Yo anoto sus palabras y se las cuento a mi tío. Él me aconseja que recopile todas esas ocurrencias. ¡Pero, quién iba a querer leer un libro así! Quizás no hubiera debido proponerte lo del semental. Es una vulgaridad. Perdóname. Como dice Justin, en materia de palabras, si la disculpa es sincera, repara la injuria y merece el perdón. En el pueblo estas cosas no pasan. A mi tío no le habría gustado. Y además, con lo guapa que eres, deben de perseguirte hombres de todas las edades y colores. Pero con las bellas extranjeras uno nunca puede llegar a saber lo que tienen en la cabeza o en el corazón, por no mencionar otras partes del cuerpo. Una vez, una hermosa muchacha me pidió que le buscara tamarindos y compañeros para nuevas experiencias sexuales. Esas fueron sus palabras. Una chica tan guapa como tú. Una amiga le había dicho que los tamarindos de aquí tenían mejor sabor que los de cualquier otra parte... y parece que en tu país hay mujeres que se imaginan que, gracias al sol y a alguna poción mágica, los machos de aquí tienen sexos gruesos como baobabs. Lo de los tamarindos fue fácil. No tenía tiempo de ir a cogerlos al campo. Me fui a un supermercado, a la sección de frutas de importación. Compré dos paquetes. Les quité el envoltorio de plástico y las etiquetas. A continuación, convencí a una vendedora de carbón para que me vendiese la cestita mugrienta que le servía para medir. Le sacudí la porquería a la cesta y coloqué en ella la fruta. A la muchacha le pareció que los tamarindos de aquí tenían un gusto particular, un sabor salvaje. Era estudiante de arte. En cuanto a los hombres, creí que buscaba estetas. Le presenté a mis amigos, los artistas de la Grand-Rue. Ella eligió al que más se parecía a un zulú de dibujos animados, uno de esos casos en los que la realidad imita a la caricatura, y que no era ni artista ni nada, sino que se juntaba con el grupo por la cerveza y la marihuana. No intercambiaron ni tres palabras y se marcharon juntos. Cuando la llevé de vuelta al aeropuerto, no me atreví a preguntarle si había encontrado su experiencia sexual tan interesante como la de la fruta. Si vas a un hotel de playa no tendrás más que hacer una señal a un camarero o ir a tomar una caipiriña al bar; los hombres te seguirán como moscas, y en el lote seguro que habrá uno que sea de tu gusto. Las bellas extranjeras, y las no tan bellas también, son un poco como las organizaciones humanitarias o como la Cruz Roja internacional. Necesitan víctimas, cobayas, subalternos. La chica tan guapa como tú, estudiante de arte y

devoradora de tamarindos, deseaba un hombre-animal como una fruta. Entre mis amigos los hay poco dotados para la lectura y la escritura. Cualquier pregunta sobre su trabajo es para ellos una tortura. Las palabras se les dan mal, y si uno aprecia su arte, no va a escucharlos. Hay otros que no se andan con chiquitas con la historia y con la filosofía, y que se privan hasta de comer para comprar libros y estar al día en sus lecturas. A la bella esos no le gustaron. Su falta de ingenuidad la contrariaba muchísimo. Ella no quería perder su valor añadido. Yo noto que los turistas pasan rápidamente del asombro a la irritación cuando conversan conmigo. Como si no me perdonasen los dos años en la facultad de Etnología. Sí, dos años. Pero la Etnología no le daba de comer a un servidor. Prefiero hacer de guía y ejercer mi talento como artista clandestino. Yo tenía quince años cuando desaparecieron tu abuelo y su amigo el coronel. Ya andaba con mi tío de acá para allá. Lo de la Etnología llegó más tarde. Pero no me quedé en la facultad el tiempo necesario para obtener el título. Me compré un coche de segunda mano y luego me hice guía. Me gusta conocer gente, aunque sea de modo pasajero. Y cuando echo de menos una vida de verdad, me voy para allá, a tomar un trago con los pescadores, a comentar las nuevas leyes elaboradas por Justin, a hablar con mi tío y con Solène de mis ciudades imaginarias. Eso no es demasiado justo para ellos. Allí, yo soy un poco el turista que se aprovecha gratuitamente de su generosidad. Hago lo mismo que mis clientes. Tomo sin dar nada a cambio, y eso me avergüenza. Si vas allí, que no sea solo para consumir machos analfabetos y fruta demasiado madura. Penetrar en sus cuevas, trepar por sus sueños. Ya hay muchos expoliadores nacidos aquí trabajando a pleno rendimiento. Los salteadores venidos de fuera nos sobran. No vayas allí solo porque los necesitas para construir tu leyenda, para encontrar tu equilibrio y tu camino. Si vas allí, tienes que encontrar algo que poder darles. Pedir no entra dentro de sus costumbres, pero ¡a quién no le gusta recibir!

Perdón por hablarte de chicas. Cuando alguna me interesa, me hago un poco el tonto, y a veces funciona. En cualquier caso, si quieres podemos cambiar de itinerario. He llevado a bellas como tú a hoteles de playa para volver a buscarlas la mañana del mismo día de su partida. Mis estadísticas lo confirman: si han quedado satisfechas de su «experiencia», están de un talante un poco despilfarrador. Aprovecho su estado de beatitud para llevarlas a donde mis amigos los artistas. No solo los cuerpos, también el arte se compra. Atravesamos la ciudad en sentido inverso hasta el aeropuerto, y les entono una bella despedida. En poco tiempo y por poco dinero, han acumulado imágenes e impresiones suficientes para llenar su álbum de recuerdos. Tendrán sobre sus amigas la ventaja de haber visitado un país del Sur. Yo me las imagino en una hermosa ciudad como la tuya, en un apartamento cualquiera, con sus amigos, o en una reunión de trabajo. Un imprudente introduce en la conversación el tema de la vida en la otra punta del mundo, de lo ingeniosos que son los pobres y de las taras de los insulares. Entonces ellas hablan con autoridad, se hacen las interesantes, reivindican las virtudes del conocimiento directo, dicen: «Yo he estado allí», provocando la envidia de sus congéneres, que no tardarán en invertir parte de sus ahorros en el mercado del exotismo, pues apenas han llegado a tocar con la punta de los dedos el pedacito de cielo de suburbio que se ve desde su apartamento.

Te estoy molestando con mi charla. No quería ofenderte. No hubiera debido contarte todas esas tonterías sobre buscadoras de sementales y frutas tropicales. Tú has venido para encontrar una historia sobre tu padre. Algo que le mantenga con vida. Desvelar el misterio de la desaparición de tu abuelo. Comprender la elección de tu abuela de regentar hasta el día de su muerte una almoneda especializada en novelas rosas. Novelas. Un paraíso para las jovencitas que acudían allí no solo por los libros, sino también para chismorrear con la propietaria. Tú vienes a construirte una familia. Desconfía. Las familias no siguen siempre el dictado de los sueños. A la muerte de tu abuela, sus derechohabientes, primos, asimilados y demás colaterales, tiraron a la basura o quemaron sin ningún miramiento las historias de amor que fueron su felicidad, y transformaron la almoneda en un almacén de productos farmacéuticos. Me inquieta tu necesidad de saber. No hay nada que saber que ya no sepas. Pero te juro que a la vez me admiras. Mi tío tiene muchas ganas de conocerte. Su fin está cerca. Ya no se levanta prácticamente de la cama, y ahora mira el mar desde allí. Siempre ha vivido rodeado de imágenes, pero también sabe valorar la fuerza de las palabras. Al escuchar las de tu carta, se emocionó e hizo comunicar tu llegada a todos los habitantes del pueblo para que te hiciesen un buen recibimiento. Una recomendación inútil. Está recogido en el código de Justin y allí, instintivamente, se acoge a los visitantes con una enorme sonrisa. Pero mi tío piensa que eres especial, que lo que buscas, en el fondo, más que un origen podría ser un ideal. Que la verdadera pregunta que te haces mientras recorres este largo camino es la que él le hizo al investigador: «¿Qué uso debemos hacer de nuestra presencia en el mundo?». Por eso me ha pedido que organice contigo todos los detalles del viaje. No me debes nada. Paga el pueblo. Allí te esperan, pero una vez más te lo advierto, no te darán ninguna información sobre las circunstancias de la muerte de tu abuelo y su amigo el coronel. Incluso cuando estaban vivos nadie hablaba sobre ellos. Yo, que no soy de allí, con la inconsciencia de los adolescentes, hice comentarios sobre la forma de las dos casas. ¿Por qué eran idénticas? Interrogué a la gente sobre esa extraña familia: una lectora de novelas, un muchacho triste y un hombre de negocios que sonreía a todo el mundo con idéntica sonrisa, una sonrisa fría que no me inspiraba la menor confianza. Y las criadas

que cambiaban continuamente. Todos los años llegaban con una nueva de la capital. No se les permitía trabar amistad con los habitantes del pueblo. Hacían las compras rápidamente, y volvían a sus quehaceres. Se escuchaba la voz de tu abuela reprendiéndolas. Esa no era su voz de lectora de novelas de amor. Era una voz resentida y a la vez quejumbrosa. ¿Por qué les hablaba así? ¿Por qué esto? ¿Por qué lo otro? Yo tenía un montón de preguntas sobre ellos y sobre su vecino el coronel. A ese le precedía su reputación. En aquella época, cuando yo tenía quince años, uno tendría que haberse pasado la vida entre las faldas de su madre para no conocer los nombres de los militares y los milicianos que tenían poder sobre la vida y la muerte de los ciudadanos de la República. Tenía un porte muy juvenil para estar ya retirado. Vivía solo. Una vez por semana, dos soldados, siempre los mismos, atravesaban el pueblo a toda velocidad en un vehículo militar, y depositaban una mujer, nunca la misma, ante la entrada de su casa. Los soldados pasaban la noche dentro del vehículo, y al día siguiente, por la mañana temprano, la mujer salía de la casa con aspecto exangüe, montaba en la parte trasera del vehículo sin intercambiar palabra con los soldados, e igual que había llegado, el trío se marchaba. Durante nueve meses, las dos casas permanecieron deshabitadas. El pueblo tenía sus costumbres. Cuando había un enfermo en una casa, su enfermedad era cosa de todos. Caldos, sopas, ánimos. Los vecinos, amablemente, asediaban la vivienda y acompañaban a los de la casa en sus preocupaciones, animaban al convaleciente, y hasta que no se había curado no lo dejaban. Del mismo modo, cuando había un cumpleaños, se festejaba como en cualquier otra parte se celebraría una fiesta patronal. Todos participaban. Cada uno llevaba lo poco que podía aportar, a menudo nada aparte de la propia presencia de uno, un momento de compañía, un cuento, una anécdota, un viejo banjo y canciones marineras. Las casas de tu abuelo y de su amigo el coronel permanecieron deshabitadas durante nueve meses. Sin embargo, a nadie en el pueblo se le ocurrió acercarse ni para regar las plantas. Durante nueve meses nadie se acercó a las hermosas construcciones. Era como si no existiesen. Yo quise saber por qué, pero las respuestas me desanimaron. Dejé de importunar a los aldeanos con mis ocurrencias y mis interrogantes, y las cosas quedaron así hasta la noche en que las casas ardieron. Incluso después. Y es que, vivos o muertos, tu padre y su amigo el coronel nunca formaron parte de nuestras conversaciones. En revancha, le seguimos un poco la pista a tu abuela. Como yo era el que viajaba entre el pueblo y la capital, hice mis pesquisas con la ayuda del investigador, y supe que había abierto esa tienda de novelitas de lance, muy frecuentada por muchachas de distinta extracción que jamás se hubieran encontrado fuera de allí, pues no vivían en los mismos barrios, ni iban a los mismos bailes, ni estaban destinadas a acabar entre los brazos de los mismos hombres. Se había convertido en una vendedora de ilusiones que llevaba una vida modesta. Su única extravagancia eran los vestidos rígidos y pasados de moda que ella misma confeccionaba sobre los modelos que tal o cual heroína había lucido en sus nupcias. Todos, excepto sus clientas, la creían un poco loca. Los rumores decían que se entregaba a largas conversaciones, besos húmedos incluidos, con seres imaginarios. Yo fui una vez a la almoneda. No compré nada, las novelitas nunca han sido mi lectura favorita. Y no quise molestar en aquel lugar,

que me pareció una especie de taller de la pasión amorosa. Ella les leía pasajes a las jovencitas, que se deshacían en lágrimas por los desengaños de tal o cual criatura de papel. No me reconoció, y yo no me presenté. Había conservado el aura de heroína de novela rosa que tenía la mañana del día siguiente al incendio. Estaba lejos de allí y era feliz. La dejé en su mundo. Más tarde, también supe que a su muerte se había encontrado en un cajón de su dormitorio algo parecido a un manuscrito. Tu abuela vendía sueños idiotas a jovencitas idiotas. Pero yo estoy seguro de que aquellas muchachas, incluso en su vejez, se acordarán de la tendera de la avenida des Lauriers. Nunca tuvimos noticias de tu padre. Se marchó a pie, con una mochila. Y ahora mira con lo que nos hemos encontrado, una muchacha que dice ser hija suya, con la boca llena de preguntas y que, aparentemente, no le conoce mejor que nosotros. Quizás no deseaba ser conocido. Quizás su generosidad consistía en guardarse sus heridas para sí mismo. Quizás era un animal nacido para el vagabundeo que jamás pudo asentarse. Mi tío tiene una tesis. No es más que una tesis, en cualquier caso. Una tesis muy concreta, y Solène y yo le hemos ayudado a desarrollarla. Él la llama: «el bello amor humano». Según él, cada cual tiene su lugar. Y no debe pedírsele a nadie que ocupe el lugar de otro. A tu padre le pidieron demasiado a menudo que ocupase el lugar de otro. Ocupar un sitio en nuestro entorno es difícil. No todos lo consiguen. Tu abuelo y su amigo el coronel no lo hicieron. Ni vivos ni muertos. Yo creo que les traía completamente al fresco. Si había que reconocerles una cualidad, es que nunca buscaron la amistad del pueblo ni tuvieron necesidad de los demás para estar satisfechos consigo mismos. Los vuelvo a ver, impasibles, intocables, consagrándose a su paseo matinal en la playa. También veo el pueblo tal como tú lo verás, sin ellos y sin «las Bellas Gemelas», y me digo que no está tan mal.

Vino un investigador de la capital. Un señor bajito que, aunque no tenía un aspecto en absoluto temible, era considerado el mejor sabueso de la policía. Un especialista en asuntos importantes. Dos personajes notables habían encontrado la muerte y desaparecido sin dejar rastro en circunstancias cuando menos delicadas en una localidad que al ministro y a los miembros de su gabinete les costaba situar en el mapa. Dos hombres con buena salud, seguros de sí mismos, que habían hecho una honorable carrera en sus respectivas profesiones y conquistado un puesto envidiable en el seno de la alta sociedad. El ministro tronaba:

—¿Qué es eso de Anse-à-Fôleur?

—Lo verificaremos, señor ministro.

—¿Dónde está Anse-à-Fôleur?

—Hacia el norte, señor ministro.

—¿Hacia el noreste? ¿Cerca de la frontera?

—Hacia el noroeste, señor ministro. Su frontera es el mar, señor ministro.

—¿Quién vive en Anse-à-Fôleur?

—Nadie, señor ministro. Apenas unos cuantos habitantes, pobres y sin patronímico.

—¿Características generales? ¿Señas particulares?

—Nada, señor ministro. Una aldea sin ningún mérito reseñable, un lugar apartado de todo, resignado a vivir de cara al mar, cuyo nombre ha figurado una única vez en las crónicas de sociedad de los periódicos de la capital, en referencia a las dos residencias de veraneo, idénticas punto por punto, que los dos amigos se habían hecho diseñar y construir por un arquitecto de moda y que bautizaron como las Bellas Gemelas. Nada que destacar, excepto una imagen de Santa Ana que en ocasiones atrae a algunos peregrinos.

—¡Ah, Santa Ana! Una gran santa...

—¿Cuál de las dos, señor ministro? Hay dos al menos. Dos muy conocidas, y toda una pléyade de otras no tan conocidas...

—Bueno. No importa. Resumamos. ¿Qué tipo de peregrinos?

—Unos desharrapados, señor ministro.

–Unos desharrapados... ¡Morir en Anse-à-Fôleur! ¡Esto huele a crimen a distancia!

–Exactamente a doscientos setenta y cinco kilómetros, señor ministro. Cien kilómetros por la nacional uno, luego hay una bifurcación...

–No importa. Resumamos: dos personas acomodadas, dos *grands nègres*¹.

–Nada de negros, señor ministro. Ya he comenzado la investigación, y el hombre de negocios Robert Montès no lo era, en absoluto. Para él se trataba, incluso, de un tema de orgullo familiar, señor ministro.

–No importa. ¡Quién le ha mandado comenzar una investigación! Resumamos: no puede asesinarsé impunemente a personas de tal calidad. El coronel Pierre André Pierre ha protegido al Estado contra los apátridas, contra los trotskistas...

–Leninistas, señor ministro.

–No importa. Resumamos...

–Con su permiso, los matices son importantes, señor ministro... Los trotskistas, al contrario que los leninistas.

–No importa. Resumamos...

–Pero...

–Nada de peros, señor investigador. Resumamos: el coronel Pierre André Pierre ha protegido al Estado contra... los sinvergüenzas y los cabrones. Era uno de los valientes sobre cuya integridad reposa todo el edificio de la sociedad. Y respecto a mi amigo, en cuanto creador de empleo y filántropo, contribuyó al desarrollo de la economía nacional. La pérdida es inconmensurable. ¿Dónde decía que estaba Anse-à-Fôleur?

–Hacia el norte, señor ministro.

–¿Antecedentes criminales?

–Ninguno, señor ministro. No por lo menos desde la época de la colonia, cuando los piratas.

–No importa. Resumamos: atrápeme a los culpables. Y presente mis condolencias a la viuda. En mi nombre y en nombre del gobierno.

–Pero, señor ministro, no podemos excluir a la viuda de la lista de sospechosos.

–Escúcheme, señor investigador. Esa mujer ya tenía aspecto de viuda incluso en vida de su marido. O aspecto de fantasma, más bien. Los fantasmas no asesinan. Ha sido alguien de allí. Sea uno o sean varios, atrápelos.

–A sus órdenes, señor ministro.

Antes de regresar a la capital, el investigador nos hizo toda una puesta en escena. Se ha vuelto muy bueno en eso desde que se retiró. Tiene un bar en una zona poco recomendable, en la que nunca está demasiado clara la diferencia entre las prácticas a condenar y los méritos a recompensar. Delincuentes habituales y antiguos funcionarios de aduanas y policías van a beber y a recordar los viejos tiempos. La mayor parte de ellos ya han cambiado de actividad, y se ríen de su antiguo antagonismo. Practican la ayuda a los más necesitados, y a veces incluso vuelven a la acción cuando alguna causa les interesa especialmente: una mujer maltratada, una estafa a los más débiles. Entre la clientela también hay simples ciudadanos que jamás han llevado un arma de fuego ni forzado una cerradura. Van allí porque el ambiente es jovial, las peleas están prohibidas, los propietarios son simpáticos y el nombre atrayente. El investigador llegó con preguntas, una orden de actuación y todos los conocimientos necesarios para atrapar a los culpables. Regresó con una carta de dimisión y un nombre para su bar: el Anse-à-Fôleur. Yo voy por allí algunas veces a tomarme una cerveza. Entonces él deja a sus socios a cargo del local, y yo le cuento las noticias de allá, de mi tío, de Justin, de Solène que, aunque ya no es ninguna jovencita, no ha consentido que el tiempo añada la más mínima arruga a su salvaje belleza.

Habían enviado a su mejor investigador. Y esto es algo que debes saber, tú que has viajado y que has vivido en el corazón de las metrópolis: los centros no son muy amigos de las periferias, excepto cuando se trata de conquistarlas. Si hemos de prestar credibilidad a las informaciones que desde tu ciudad nos llegan, a los recién llegados que han ido a parar allí desde el culo del mundo se les pone un poco a prueba, para ver si podrán adaptarse a una nueva sabiduría. Como un liceo en el que solo pueden quedarse los mejores alumnos. Hay centros más poderosos que otros. Mi ciudad no es nada comparada con la tuya. Pero todos los centros se parecen. No soportan los vicios de la periferia. Manigat, el viejo peluquero de la calle Montalais, era un hombre de centro. Acusaba a la gente de provincias de venir a hacer el vago a su hermosa capital. Su mujer había recogido a una muchachita como doméstica. La llamaba «prima», rehusando utilizar el término «criada». Pero en la práctica, lo era. La chica estaba allí para servir, y como pago por su trabajo recibía solamente la pobre recompensa de asistir a la escuela nocturna, ropa limpia, un camastro improvisado y lo justo para matar el hambre. Pero la palabra «criada» estaba prohibida. Y Manigat, siempre tan bromista, hacía rabiar a su esposa dirigiéndose a la chica con voz melosa: «Prima, ve a por mis pantuflas; prima, tráeme un vaso de agua fresca». Una vez, y sin que sirviera de precedente, la señora Manigat compró por Año Nuevo ropa y zapatos a la niña. Cuando su mujer salía de casa, Manigat ordenaba a la chiquilla que se descalzase. A continuación, le ponía el zapato derecho en el pie izquierdo y el zapato izquierdo en el pie derecho, y así la mandaba a hacer los recados por el barrio. Un día, al volver a casa, la mujer vio a la niña cojeando por la calle. Montó en cólera y se plantó en el salón de peluquería escupiendo insultos. Manigat, sin perder la sonrisa, se defendió explicando que era solo una prueba a la que sometía a la chica. De otro modo, ella iba a creerse que las cosas eran demasiado fáciles aquí, en la capital. Los que dirigen el mundo y fijan sus leyes son todos como Manigat. Tienen un único principio: el centro hay que ganárselo, en la periferia, basta con sobrevivir. Es la ley del más fuerte. Y he aquí que, en el viejo pueblo de Anse-à-Fôleur, el más fuerte había muerto. Cualquiera habría hecho lo mismo y buscado un culpable. Un hombre de negocios. Un coronel. Un incendio. Las autoridades de la capital temían

que fuese una acción criminal que anunciase, quizás, el comienzo de toda una serie, una amenaza venida desde el mar a cortar las alas del orden. El ministro había dicho: «Encuéntrenos a los culpables». En el ministerio no habían vacilado. Habían delegado en un experto. En el mejor. A pesar de su corta estatura, imponía con sus cuadernos de notas, su palmarés de treinta y cinco casos resueltos, su disciplina de trabajo y su sentido del servicio, sus numerosas estancias en prestigiosas academias extranjeras, su fajo de billetes nuevos sacados directamente del Banco Central, su arma reglamentaria y su genio para la deducción. Un hombre así, con un currículo así, habría tenido éxito en cualquier otra parte. Pero en el pueblo de Anse-à-Fôleur están en paz consigo mismos. Y cuando un extranjero recalca por allá, los niños les dicen a sus padres: «Ha llegado alguien nuevo». Y los padres no preguntan a los niños por la estatura o el color del nuevo, por su acento, su peso o sus eventuales orígenes. Solamente les preguntan si parece triste o alegre. Y todos corren a recibir al nuevo con gestos de bienvenida y toneladas de sonrisas. Si es alegre, entonces todo es fácil, comparten con él su felicidad y él ayuda en la tarea de hacer reír a los heridos por un humor melancólico. Si es tímido, si vacila, se le concede el tiempo necesario para una adaptación gradual a los cambiantes colores del agua. Y el recién llegado se deja invadir suavemente por la enfermedad de la mar. En el viejo pueblo de Anse-à-Fôleur no se violenta a los visitantes, ellos mismos deciden los cambios que necesitan. Fueron suficientes dos días para convencer al investigador de que cambiase su traje oscuro por una camisa azul cielo de manga corta, guardó su arma reglamentaria en la maleta y escondió la maleta bajo una pila de acuarelas en el taller de mi tío. Se alojaba en casa de mi tío. En los últimos días de su estancia, tomaba café junto con su anfitrión, sentados delante de la ventana. Los aldeanos le hablaban como a un amigo. La bella Solène le llamaba «el señor bajito de la capital». Allí, ponerle un apodo a alguien es una señal de afecto. Justin es Sócrates por sus leyes, que no impone a nadie. A ti también te pondrán un apodo, como un plus, un reconocimiento al hecho de que tú eres tú y no cualquier otra persona. El investigador llegó con la boca llena de acusaciones. Al principio pensó que todo aquello obedecía a una argucia: los sospechosos le tendían los brazos como a un viejo amigo al que no veían desde hacía mucho tiempo. Después, comprendió que se trataba de un impulso sincero, como el de los niños cuando le invitaban a sus juegos. Los demás adultos eran demasiado altos y además perdían a propósito los partidos de fútbol o de balón prisionero. Los niños no eran tan tontos y querían ganar de verdad o perder sin remordimientos, siempre que fuese ante un igual. Estaban contentos de haber encontrado un adversario de su tamaño al que pudieran ganar en buena lid. Y en cuanto a los adultos, entre vecinos jamás se le negaba nada a nadie. Al igual que los de toda la vida, el nuevo vivía en sus corazones y se beneficiaba de la amistad debida a cualquier vecino. Así pues, lo normal era ofrecerle sopa y pan dulce. Como funcionario concienzudo que era, el señor bajito de la capital insistía en interrogarles y en levantar sospechas sobre unos y otros. Todos, niños y adultos, se sometían a esa rutina sin cólera ni impaciencia. Cuando se recibe a un huésped, es norma de cortesía prestarse a conversar con él sobre todos los temas que sean de su interés, por más nimios que puedan parecerle a uno. Al cabo de una semana de investigaciones e

interrogatorios, el señor bajito de la capital había anotado en sus cuadernos la vida y milagros de todos los habitantes del pueblo durante la noche del incendio, y vagas consideraciones sobre la vida cotidiana del pequeño pueblo de Anse-à-Fôleur. Había interrogado por separado a tu abuela y a tu padre sobre lo que habían hecho esa noche, pero no registró las respuestas en su informe. El día de su partida habló con mi tío. Tomaron café juntos, pero los niños interrumpieron la conversación cuando fueron en pos de su compañero de juegos para un último partido de fútbol. Jugó medio tiempo con cada equipo, perdió una vez como portero y ganó otra como delantero. Los niños le aplaudieron por sus proezas y le señalaron sus fallos amistosamente, como debe ser entre hermanos y compañeros de equipo. Luego dio un paseo en barca con un pescador. Después, volvió a ponerse el traje de experto de la policía judicial que llevaba el día de su llegada, y sacó la maleta de su escondite debajo de las acuarelas de mi tío. Parecía tristísimo. Para consolarle y a modo de prima por el partido, los niños le regalaron la más bonita de las caracolas que habían encontrado en la playa. Y Solène le besó en ambas mejillas, y todos le dijeron: «Hasta la vuelta, señor bajito de la capital».

No te hagas una idea errónea. Si no registró en su informe lo que tu abuela y tu padre hicieron la noche del incendio, no fue porque ellos provocasen el fuego y vieses arder a tu abuelo y a su amigo el coronel, sino porque a nadie concierne lo que aquella noche les aconteció, y menos a la justicia y a los poderosos que pretenden administrarla. En su informe, el investigador se contentó con dejar registrado, reproduciendo las palabras de los habitantes del pueblo, que «La esposa y el hijo del hombre de negocios Robert Montès no hicieron acto de presencia hasta el alba y, aparentemente inocentes de cualquier crimen y alejada cualquier idea violenta de su intención, marcharon cada uno por su lado, dirigiéndose la mujer hacia el este, con un paso lánguido de heroína de novela que no le conocían los habitantes del pueblo. Habitualmente salía poco, hablaba poco, evitaba la playa y a la gente del pueblo, y pasaba la mayor parte de las vacaciones riñendo de día a las criadas, siempre demasiado sucias y torpes, y leyendo de noche novelas rosas cuyas imágenes de cubierta contemplaba con aire extasiado, lo cual era bastante ridículo para una mujer de su edad, mientras su esposo departía en el salón con su amigo el coronel, el primero bebiendo solo vino de Burdeos, y el segundo, whisky escocés. El día siguiente al incendio se vio a la señora Montès, de nombre Hélène, recorrer la orilla del mar con paso de reina, hacia el este, como si, fruto de sus lecturas, se hubiera convertido en la protagonista de su novela favorita. Al otro lado del pueblo, hacia el oeste, su hijo, el más taciturno de los muchachos, probaba al fin las delicias de la conversación, se paraba a contestar a los saludos de los viandantes, y charlaba con ellos sobre las cosas importantes y las naderías de las que hablan los hombres, compartiendo con ellos el alba y el rocío».

Sí, podrás alojarte en casa de mi tío, y todos te dispensarán una excelente acogida, pero no descubrirás más que el investigador. A él nadie lo puede acusar de no haberlo intentado todo. Amenazas, encanto, deducciones, inducciones, acusaciones a la mujer y al hijo del hombre de negocios, a Justin y hasta a mí, a todo el mundo, a cualquiera. Las órdenes que traía eran terminantes: «Tráiganos a los culpables». Era necesario encontrar a un loco o a unos agitadores. Un drama familiar, en el peor de los casos. Volver sin haber resuelto el crimen era una amenaza para su ascenso y sobre todo un fracaso personal para ese apasionado de la lógica. Después de todo, se decía, las casas, sobre todo las de los ricos, no se incendian solas como por arte de magia, a pares, sin que sus habitantes tengan tiempo de escapar. En principio, tenía razón. En el mundo de tu abuelo uno no se muere así como así. De repente. Sin preparativos. Exceptuando los casos de glotonería o de dejadez que provocan crisis cardíacas y de los accidentes de distinto tipo. En el mundo de tu abuelo, uno toma las medidas necesarias para comprar tiempo al tiempo. La habilidad de las gentes de bien consiste en pasar la vida entablando una larga guerra contra lo inevitable. Mueren lentamente, se conservan, se momifican en vida como medida preparatoria para perdurar en el más allá, concediéndose a menudo el derecho a una postrera fantasía: una última vuelta al mundo, o un retrato de cuerpo entero. De niño, a veces acompañaba a mi tío cuando iba a entregar un encargo en la residencia de un banquero o de un alto funcionario. Susurros y murmullos, como si quisieran entristecer al moribundo aún más de lo que ya lo estaba ante la idea de su próxima desaparición. No tenían ningún sentido de la fiesta. En el pueblo de Anse-à-Fôleur, cuando la muerte amenaza a un adulto, se le gastan bromas y se le cantan canciones alegres, y él ríe con ganas. Y a hombres y mujeres se les ofrece la posibilidad de hacer el amor con quien llevasen mucho tiempo deseando hacerlo. Es una ley que Justin ha incorporado a su código bajo la rúbrica «Regalo de despedida», pues la risa y el placer sexual son quizás los únicos estados de gracia reservados a los hombres. En el mundo de tu abuelo se muere ampulosamente, en traje oscuro. Vemos adoptar aires semivirginales a mujeres de sesenta años cuyo cuerpo fue su principal recurso durante años, y a señores de dientes afilados y rostros herméticos como tumbas apiñados

alrededor del vencido. Todo perfecto y limpio. Los cabellos, los zapatos... Parecen estatuas atiborradas de antisépticos. En el mundo de tu abuelo, morir es un defecto individual, para el cual el vivo y sus seres cercanos se preparan con mucha antelación. Un mal en progresión, el paso del médico de cabecera al especialista, alarmas, aplazamientos, y cuando se pronuncia el veredicto final, los parientes verifican que los documentos están en regla, se aseguran, de mala gana, de que el moribundo esté cómodo en su habitación, mientras piensan en la herencia, y se consuelan ante la inminente partida recurriendo al repertorio oficial de fórmulas de circunstancia: «Es mejor así.... Dios ha puesto fin a sus sufrimientos...». Así lo dicta la tradición, y un hombre de negocios o un coronel se mueren a una edad avanzada y solamente de una muerte sin sorpresas, rodeados de sus seres queridos, y desde luego nadie se ofrece a acompañar al Más Allá a los seres queridos. Esto también os pasa a vosotros en la hermosa ciudad de la que vienes. Si lo piensas, comparados con nosotros, allí sois todos coroneles y hombres de negocios. El investigador tenía razón en cuanto a sus principios. En materia de muertes e incendios, a los ricos no les gustan las muertes colectivas. Esas son más habituales entre los pobres. La propia miseria, cualquier nimiedad, una paja o una mota de polvo, origina un gran fuego que destruye un barrio entero llevándose a todo el mundo por delante. Colchones podridos, pedazos de cartón, chapas viejas, toda esta amalgama de desechos que rodean las vidas de los pobres, todas esas cosas usadas que han vivido épocas mejores, arden rápidamente. Para los investigadores es fácil: negligencia de las víctimas o causa accidental. Tu abuelo y su amigo el coronel rompieron con la tradición, y fueron a morir al pueblo de Anse-à-Fôleur. También tu abuela, que no lloró a su esposo. Y tu padre, que se marchó a la semana con su mochila y algo de dinero para el viaje, y al que nadie volvió a ver jamás. La primera noticia que nos llega sobre él desde su partida eres tú. Creo que estarán contentos de conocerte. Tienes sus ojos. O quizás no. Siempre buscamos parecidos entre las personas cuyos lazos de parentesco conocemos. Es un modo de perder un poco el miedo a la individualidad, de meterlos en una serie. Esperamos que tengan tales tics, tal comportamiento, y como a menudo encontramos lo que nos habíamos puesto a buscar, al primer gesto que parece responder a nuestras expectativas, gritamos: «¡Estaba seguro, de tal palo tal astilla!», y otras expresiones manidas por el estilo. No, tú no tienes los ojos de tu padre. Para decirte la verdad, no me acuerdo de sus ojos. Sus rasgos han desaparecido. Solamente me acuerdo de que siempre estaba solo y de que no le gustaba entablar conversación con la gente del pueblo; tampoco con tu abuela, y menos aún con tu abuelo. No oí su voz más que el día siguiente al incendio, al alba. Pero sé lo que hizo la noche del incendio, y que a la mañana siguiente estaba contento. Pero si él no te contó nada, ¿por qué iba a contártelo yo! ¿Por qué venir aquí a buscar la verdad? ¿Qué verdad? Admitamos que yo te cuento lo que sé. O que algún otro lo haga. Solène. Mi tío. Da igual quien sea. ¡La fidelidad del relato nunca te remitirá a otra cosa que a la fe del narrador! La fe puede ser buena o mala, y a veces hasta las dos cosas a la vez. Por ejemplo, si yo te cuento que mi propio padre es un cerdo y que no lo he visto más que dos veces en mi vida, el día de mi primera comunión y el día de su funeral, que mi verdadero padre es mi tío, porque con

sus cuadros me pagó el colegio y me dejó embadurnar sus lienzos cuando era pequeño, esa es la verdad. Pero si te digo que encuentro circunstancias atenuantes en el cerdo de mi padre y que le supongo cualidades, que a veces echo de menos a alguien que nunca ha existido en mi vida, también sería verdad. No puede simplificarse al ser humano. Mi tío, que fue un gran lector, afirma que la novela es la más vulgar de todas las formas literarias, ya que siempre cuenta algo banal, la mezcla de las pequeñas virtudes y los pequeños defectos. Estaba cansado de pintar retratos de personas que, como todos, no tenían nada de excepcional, solo su locura por las grandezas y la vida eterna, pero que podían pagarle. Ninguna individualidad tiene valor ejemplar. Solo los destinos excepcionales merecen ser contados. Esos que, por el horror de un gran defecto o gracias a una gran cualidad, escapan a la pequeña historia. Tu abuelo y su amigo el coronel fueron parte de la excepción. O quizás no. He conocido a otros de su clase. Pero ellos habían alcanzado la pureza del modelo. El investigador consultó archivos y periódicos, interrogó a los conocidos de los desaparecidos. Se había remontado a su infancia, a su adolescencia, a su primer encuentro. El informe que presentó al ministro contiene más hechos concernientes a la vida de los difuntos que descubrimientos relativos a las circunstancias de su deceso. Mi tío posee una copia del informe. Tú podrás leerlo. Pero, si lo deseas, puedo citarte el texto y decirte quiénes eran tu abuelo y su amigo el coronel. Lo que tuvieron de excepcional o de ejemplar. En cuanto a su muerte, eso no es lo más importante. Lo más importante es que tu padre pudo darte la vida. También lo más increíble. Tu padre tenía los ojos muertos, no había mucha vida en él, no tanta como para pensar en reproducirla. Hasta aquella noche.

El ministro había dicho: «Tráiganos a un loco o a unos agitadores». Y el honesto funcionario, el señor bajito de la capital, los había buscado. Le seducía la idea de una locura colectiva. Sus lecturas y sus observaciones le permitían confirmar la existencia de tales fenómenos. ¡Quién no se acordaba de las oleadas de epidemias como el *mal du siècle*, el *spleen*, *l'appel du grand large* y otras derivadas del romanticismo! Y en el paraíso del que tú vienes, donde el investigador había pasado sus años de formación, las locuras colectivas no son precisamente algo que escasee. Solo con hojear los periódicos y escuchar las noticias las encontramos para todos los gustos. Desde grupos de jóvenes que se rasuran el pelo, porque el pelo es impuro, a asociaciones de defensa del pelo porque el pelo es el cuerpo en su estado natural. Sectas de gnósticos y agnósticos y sectas antisectarias. Desde los padres que practican el culto al niño-dios y para los que cada recién nacido debe ser tomado como una suerte de faraón a quien nada ni nadie debe contrariar, hasta que un día se le fundan los plomos, compre un arma automática y dispare a sus padres, a su profesor o a sus compañeros de clase, hasta la pareja de infanticidas que entierran a su progenie en el jardín o la conservan en un congelador. En tu país, al decir del investigador, cada gesto, cada estado de ánimo, no puede concebirse sin su doble. Cada locura supone una locura contraria. Respaldado por esa dialéctica, el señor bajito de la capital esperaba encontrar adeptos a la piromanía escondidos en un pueblo rodeado de agua, y agitadores ocultos tras miradas llenas de tranquilidad. Pero la realidad se divierte desobedeciéndonos. No se puede parar al viento. En el viejo pueblo de Anse-à-Fôleur, la agitación es dominio exclusivo del viento. El viento tiene el poder de hacer y deshacer sobre edificios y seres vivos. Si está de malas lo rompe todo, pero si está de buenas acompaña a los ciervos volantes y marca el camino a los pájaros. Tú lo vas a comprobar enseguida: aparte de las enfermedades comunes debidas a las privaciones, al tiempo que nos va triturando o a los azares de la genética, la única enfermedad que allí se sufre es la enfermedad del mar. Esto es algo que el investigador consignó en su informe. En el pequeño pueblo de Anse-à-Fôleur no tienen medios para permitirse una gran variedad de enfermedades mentales. La única enfermedad colectiva es la enfermedad del mar. Los hombres parten al mar todas las mañanas, y regresan a

sus hogares por la tarde con historias del mar en la boca, olor a mar en su ropa, imágenes del mar en sus ojos, y sus pasos, cuando caminan, se contonean al ritmo del mar. Las mujeres, sin estar celosas, le hacen confidencias y a veces le lanzan injurias. Y en el ejercicio ingrato de su labor como madres, cuando se ven obligadas a regañar a sus hijos, les murmuran: «Si sigues así, cuando seas mayor no tendrás barca». O peor aún: «Ten cuidado, si eres malo, un día partirás al mar y el mar regresará sin ti». Como no encontró ni locos ni agitadores, el señor bajito de la capital entregó al ministro su informe y su dimisión. Su conclusión fue que la verdad que yacía tras la historia, y quizás tras todas las historias, no era sino una materia deleznable, polvo gris que vuela al viento. Las dos casas, idénticas en todos los aspectos, y sus propietarios, el coronel retirado Pierre André Pierre y el hombre de negocios Robert Montès, dos conquistadores de los tiempos modernos, ardieron sin ruido, sin tregua, sin atraer una sola mirada, a ras de suelo, en una perfecta igualdad también en la catástrofe, y no quedó de ellos más que dos montoncitos gemelos de cenizas, cuyo volumen disminuyó con el paso de las horas, cuando el viento asumió la tarea de dispersarlas sobre el mar. Una semana después de su desaparición, era como si los dos hombres y sus residencias no hubieran existido nunca. De vuelta a la capital, el investigador guardó sus diplomas, sus certificados y sus medallas en un cajón, y sustituyó su vestimenta oscura por otra en tonos pastel. Hizo las paces con su amante, disculpándose por la estúpida riña que originó tras haberla espiado (deformación profesional propia de un genio de la investigación policial) y descubierto que tenía otro amante. Ella se excusó de haberle ocultado estos hechos de los que no se avergonzaba, pero es que no siempre encontramos las palabras adecuadas para hablar de cosas así... Ella le presentó al otro amante, y entre los tres crearon una sociedad que no les reporta sino beneficios. Ahora viven juntos y alquilan muy baratos los dos apartamentos que les sobran, de preferencia a parejas de enamorados que duermen con las puertas abiertas. Pero los mejores momentos de su reconciliación los pasan en el Anse-à-Fôleur. Como ya te conté, voy por allí de vez en cuando, y al ver al trío, yo, como todo el mundo, también me he hecho preguntas. El señor bajito de la capital me ha explicado sonriendo, muy tierno con sus colores pastel, que en su visita a Anse-à-Fôleur aprendió que lo único que importa es la felicidad. Que lo demás son estorbos. Que él es feliz. Que su amante es feliz. Que los únicos criminales a los que él perseguiría son aquellos que quieren quedarse para ellos solos con toda la felicidad del mundo. Que a veces la naturaleza o el azar se hacen cargo de enderezar las cosas. Y que por un principio de equidad superior lo necesario acaba aconteciendo por sí mismo, sin intervención de nadie.

¿Te estás durmiendo? Había una pregunta que atormentaba al investigador por encima de todas las demás. ¿Cuál era el origen de la amistad entre el coronel retirado Pierre André Pierre, antiguo comandante de tropa, antiguo jefe de la policía política, antiguo instructor de la academia militar, y el hombre de negocios Robert Montès, propietario de una agencia de viajes y organizador de vuelos chárter a Europa y a Israel, presidente de honor de la Fundación de Amigos de los Animales, miembro del consejo de administración de un banco y accionista principal de tres o cuatro empresas de tamaño mediano que servían de tapadera para el contrabando de productos alimenticios? Las informaciones que había reunido el señor bajito de la capital le presentaban el perfil de dos enemigos en potencia. Dos hombres con auténtico poder, pero cuyas formas de conseguirlo y de ejercerlo eran muy distintas. Sus orígenes y sus modales, sus temperamentos, sus hábitos sociales, todo los alejaba y los predisponía a enfrentarse sin tregua ni piedad en el contexto de las antiguas luchas de color, de origen y de estrategias de dominación, a menudo sórdidas y asesinas, que habían enfrentado a lo largo de toda la historia nacional a negristas y mulatistas, a la aristocracia terrateniente con la burguesía de despacho, a herederos y *self-made-men*.

El coronel Pierre André Pierre era un hombre de acción, que trabajaba siguiendo su instinto y deseaba tener libertad de movimientos. Frecuentaba poco la sociedad, hablaba poco, jamás emitía sus opiniones y nunca rendía cuentas a sus superiores, excepto cuando los reglamentos militares le obligaban a ello. No mantenía lazos con el pasado ni se embarcaba en nuevas relaciones. Incluso se había deshecho del recuerdo de sus padres, y él mismo había procedido al arresto de muchos de sus primos y familiares cuyas tierras tenían algún valor en el mercado inmobiliario. Cuando era adolescente, durante el curso escolar vivía en la capital, en una habitación de pensión, y pasaba las vacaciones en su pueblucho natal. Maltrataba a todo el mundo, a sus compañeros de clase, a sus maestros, a los hijos de su patrona, a sus familiares, a los niños campesinos que se bañaban en el río. En la ciudad y en el campo, su llegada era sinónimo de violencia. Las únicas personas a las que nunca había levantado la mano eran su padre y su madre, no por piedad filial, sino simplemente porque ya los tenía suficientemente

aterroizados sin necesidad de amenazarlos, y obtenía de ellos todo lo que quería sin demasiados esfuerzos. Cuando se inscribió en la academia, sus padres alimentaron durante algún tiempo la ilusión de que allí aprendería disciplina, y para asegurarse de que creciera por fin en sabiduría, antes de su gran partida a la escuela militar le llevaron al templo vudú del pueblo. Le aconsejaron que siempre se refugiase en el espíritu de sus leyes, que le protegerían de las angustias de la ciudad. Él visitó algunos templos, pero nunca fue un asiduo feligrés, pues rápidamente comprendió que el poder del uniforme y de las armas solía imponerse al de los dioses. Además, se decía a sí mismo, con su físico, su origen y su defectuosa pronunciación, la gente de la capital le tomaría igualmente por un iniciado al vudú que actuaba bajo la protección de los dioses tutelares de la nación. La ventaja de ser tomado por un gran iniciado era que no había ninguna necesidad de serlo de verdad, y no tenía que gastar en oraciones y libaciones un tiempo precioso que se podía utilizar en muchas otras cosas. En cuanto a la sabiduría que sus padres deseaban para él, todo lo que sabía sobre el asunto era que condenaba a la gente a morir de privaciones en el mismo lugar en que había nacido, sin haber osado satisfacer sus deseos, sin tan siquiera haber llegado a preguntarse cuáles eran sus deseos. Al contrario que un gran número de compañeros de promoción de origen modesto como él, no llevaba en su rostro las marcas de la humillación y el desprecio que un niño de campo debe soportar por parte de los niños de ciudad. Cuando uno se pasa la vida recibiendo puntapiés en el trasero, eso acaba por transparentarse en la cara. Muchos altos mandos de la armada tenían los rostros marcados por antiguas privaciones: la infancia llena de sopas aguadas y salazones rancias, las frustraciones sexuales del que ha sido un paria, el apuro del patronímico en vez del nombre de pila, los uniformes cien veces zurcidos, los cuellos sucios, los desaires... El coronel Pierre André Pierre no había sufrido menos vejaciones que sus colegas, pero no tenía ni la vocación ni la ideología para alimentar una teoría social sobre su experiencia personal, ni el odio del vencido sediento de venganza. Al menos no tenía la debilidad de dejar traslucir sus reflexiones ni sus motivaciones. Su promoción al grado de coronel no fue debida a juramentos de lealtad ni a intrigas palaciegas. Pierre André Pierre era un hombre de acción que nunca se quejaba de nada, no retrocedía ante nada, no dudaba jamás, y no conocía nada imposible.

El presidente, persona leída y estudioso del perfil psicológico de cada uno de sus hombres, al ser convocado por sus consejeros que acusaban al joven oficial de estar sobrepasándose en sus coacciones, con la correspondiente mala prensa para el régimen, les había recordado que el joven Pierre era, a su manera, un hombre sensualista y espontáneo, cualidades especialmente loables en un hijo de la revolución. Sus acusadores deberían, más bien, seguir su ejemplo. Pero el presidente, que era realmente un hombre sabio, sabía que las mejores cualidades solo son útiles durante un tiempo. Promovido a funciones más elevadas, cualquier hombre de instintos puede hundirse en el aventurerismo. Así que en lugar de al grado de general que le correspondía en la jerarquía, el coronel Pierre André Pierre tuvo derecho a un retiro anticipado que cambió en poco sus hábitos e ingresos. Recibía una pensión especial del Ministerio del Interior. Por lo demás, no necesitaba desear ni pedir nada. Un importador, propietario de una

cadena de supermercados, le proporcionaba gratuitamente whisky escocés y cigarrillos americanos. Se hacía invitar en los mejores restaurantes. A su espalda, había quien hablaba mal de él y le llamaba «Señor lo veo y lo cojo».

El hombre de negocios Robert Montès tenía ideas volubles en cuanto a política, sobre todo cuando ello no implicaba ningún peligro para su seguridad. No le costaba nada adoptar el punto de vista de su interlocutor. Como la confianza nos vuelve vulnerables, no existe nada mejor para que un ingenuo se confíe que hacerle creer que compartimos con él un punto de vista o un ideal. Sin embargo, si veía que aquello no avanzaba, se conformaba con aprobar con la cabeza, como emitiendo una reserva. Sus propósitos nunca quedaban claros. Cada una de sus frases podía significar tanto «sí» como «no». De este modo siempre podría defenderse si era acusado de haber tomado tal partido o haber elegido tal otro bando. Sin embargo, nunca se privaba de poner en aprietos a sus rivales en los negocios dejando caer, como sin querer, las intenciones del otro en presencia de alguna autoridad política que las pudiera encontrar poco pertinentes, e incluso peligrosas y hostiles al gobierno. Por ello el poder le consideraba como uno de sus más fieles aliados en el seno de la burguesía tradicional, y los mulatos más virulentamente opuestos al «poder negro» se sorprendían de no encontrárselo nunca como compañero de celda cuando los tribunales de excepción los condenaban a trabajos forzados y a la pérdida de la nacionalidad.

El coronel Pierre André Pierre tomaba sus decisiones bien por arrebatos o bien por impulsos. Era un verdadero animal inspirando terror, pero nadie podía acusarlo de actuar de modo frío y calculador. La noción del porvenir escapaba totalmente a su entendimiento. El porvenir era ahora, y su divisa: «Más vale pájaro en mano que ciento volando». Estrategias, previsiones y fríos cálculos mentales, todos esos truquitos y payasadas cuya eficacia no estaba garantizada y que se basaban en el largo plazo le aburrían a morir, y él no pensaba nunca en la muerte, ni siquiera en el día de mañana. Solo se vive plenamente el presente. Si había preferido el trabajo de campo al administrativo no era porque pensase, como la mayoría de los cadetes, que la excelencia en la ejecución de misiones difíciles y espectaculares le aseguraría una promoción más rápida, sino porque los entrenamientos cuerpo a cuerpo le gustaban más que la historia militar y los manuales de procedimiento. Había hecho carrera a golpe de improvisación, y la víspera ignoraba sus deseos para el día siguiente. Se contentaba con saber que, fueran cuales fueran esos deseos, él encontraría el modo de satisfacerlos. Después de todo, entre sus deseos y la satisfacción de los mismos, solo había obstáculos. De origen campesino y atleta de alto nivel, él sabía cómo saltar los obstáculos. No existe el término medio. Para desembarazarse de los obstáculos, uno no los deja para mañana: o se saltan, o se barren de en medio.

El hombre de negocios Robert Montès nunca se regía por arrebatos y mucho menos por impulsos. Podía dedicar años a la realización del más pequeño de sus proyectos. Planificaba su futuro y había desarrollado tal maestría en ese arte que era capaz de emplear una semana, día más día menos, en evaluar el tiempo que tendría que dedicarle a la consecución de cualquier objetivo: la ruina de un competidor, los favores de una esposa en dificultades sentimentales y financieras. Tenía cara de ángel y, muy importante, un físico que no inspiraba temor. Su propio cuerpo era una mentira, una especie de envoltura gelatinosa sin forma fija, que se adaptaba a cada circunstancia y le hacía pasar a los ojos de sus futuras víctimas por un tipo ingenuo y sin carácter. Era un hombre sumamente tradicional, hasta el punto de llegar a inventarse una filiación improbable cuando era necesario sustituir algún eslabón perdido. Poseía lo que él llamaba su museo familiar: una espada que habría pertenecido a su abuelo por parte de padre, un general que nunca fue a la guerra y sin ningún mérito en particular (sencillamente en aquella época todos los notables portaban el título de general); la chistera de su abuelo por parte de madre, un senador del departamento de Grande-Anse que había firmado la capitulación y acogido con los brazos abiertos la ocupación americana y frecuentado los círculos reservados a los Blancos, a los casi Blancos, a los amigos de los Blancos y a los servidores de los Blancos. Se añadían a esas dos piezas algunas otras antiguallas cuya procedencia no podía ser verificada, pero para las cuales había obtenido certificados de autenticidad emitidos por amigos notarios. Solo juraba por los miembros de su familia. Estaba muy orgulloso de los muertos, pero con los vivos (padre y madre, tíos, tías, primos hermanos y primos lejanos) había contraído deudas nunca reembolsadas, después de aconsejarles inversiones de las cuales al final él era el único beneficiario. Así, sus padres y demás socios se veían obligados a depender de la magra parte de los beneficios que él consentía en pagarles después de arduas negociaciones. Oficialmente, profesaba la religión católica. Había sido scout y niño del coro, y lo sacaba a colación siempre que se le presentaba la ocasión como prueba de su compromiso con la fe ya desde la infancia. Como toda persona importante que se preciase, consideraba un deber asistir al funeral de

los de su casta. Sin embargo, se quedaba en la puerta de la iglesia charlando con los conocidos, recordándoles hipócritamente todos y cada uno de los defectos del difunto.

El hombre de negocios Robert Montès estaba dotado de una prodigiosa memoria. No se olvidaba de nada, guardaba en un compartimento de su cerebro todas y cada una de las conversaciones mantenidas en su presencia, y a la más mínima ocasión recolectaba la mayor cantidad posible de detalles sobre unos y otros. Sabía no solamente qué propietario de una pequeña empresa con dificultades para pagar las letras a tal o cual banco estaba a punto de liquidarlo todo; qué funcionario, enamorado de una jovencita astuta y derrochadora, estaba maduro para dar sus primeros pasos en el mundo de la corrupción; incluso también qué medio hermano, hijo natural, le tenía ganas a tal otro medio hermano, hijo legítimo, y estaría dispuesto a cualquier alianza para vengarse de su condición de subalterno en el seno de su familia. Consideraba la espontaneidad como un defecto del carácter y recopilaba información sobre todas las personas que conocía, pensando en poder servirse algún día de ella. Un saber hacer del que había empezado a sacar provecho ya desde su más tierna infancia. En el colegio de curas, en primaria, había conseguido que le hiciera sus redacciones un chico tímido pero dotado para las bellas frases que se había dejado manosear por el hermano arcángel responsable del coro. De adolescente, había impuesto secretamente una relación incestuosa a la más bella de sus primas que había, imperdonable sacrilegio, concedido sus favores a un joven campesino musculoso y casi analfabeto que hacía las labores de guarda de noche y lavador de coches en la casa familiar. Con la edad Robert Montès fue mejorando, y a los veinte años ya conocía todas las técnicas, los acercamientos y las dosis exactas que son la base de la fortuna y la tranquilidad de los chantajistas.

El coronel Pierre André Pierre nunca hablaba de los demás. Ni de sí mismo. Tampoco les hablaba. Excepto para dictar una orden o exigir algo. Nunca compartía confidencias, verdaderas o falsas, fuese con quien fuese. No bromeaba. En la academia, durante su periodo de formación, jugaba a las cartas o a las damas chinas con sus compañeros de promoción, y se sometía sin rechistar a las humillaciones reservadas al perdedor. De idéntica forma, cuando ganaba, no dejaba traslucir el menor signo de alegría al dictar la sentencia de su desafortunado camarada. Cuando perdía, pagaba, cuando ganaba, exigía ser pagado. Sin demora y sin emoción. No entendía las quejas. Sin embargo, si llegaba el momento de dar, no reparaba en gastos. El coronel Pierre André Pierre solo economizaba en palabras. En la dirección de la policía política, dirigía él mismo los interrogatorios de un modo eficaz y despiadado, pero una vez acabada la sesión y conseguidas las informaciones, las transfería a quien correspondiese y al punto se olvidaba hasta de la existencia del prisionero. Llegaba incluso a interrumpir a un prisionero al que la tortura había vuelto excesivamente locuaz para indicarle que no necesitaba saber tanto, solo lo esencial. De las clases de lengua y literatura lo único que había retenido era la breve frase, proactiva, de una autora cuyo nombre no recordaba (pues para él conocer el origen de la sentencia no añadía nada a su valor): «Obrar es mi divisa». Nunca había sentido la necesidad de evaluar los defectos o las virtudes de los demás. Por qué empecinarse en disertar cuando todo el mundo conoce la ley de la selva: que cada cual se busque la vida. Para asegurarse la supervivencia, era suficiente con ser más osado que el resto y contar solo con las propias fuerzas.

El coronel Pierre André Pierre era negro, negro como su padre, negro como su madre, negro como lo habían sido todos los miembros de su familia por ambas ramas de su modesto linaje de campesinos. Negro como todos los habitantes de la aldea en la que había nacido. Forzudo y ágil en el cuerpo a cuerpo, había dedicado su juventud a partirles la cara a los blanquitos y a los mulatos. Por principios. Para dar ejemplo. Cuando se acercaba el carnaval, multiplicaba sus ejercicios de musculación. Su entretenimiento favorito era dejarse caer en mitad de la multitud danzante al paso del desfile, elegir a una tímida jovencita arrastrada hasta allí por su novio mulato y restregar contra ella su sexo de manera ostentosa hasta provocar la reacción de cólera del acompañante, al cual administraba entonces tal correctivo que la tez del joven de buena familia pasaba del blanco al rojo y perdía todas las ganas de jugar a los caballeros andantes. A decir verdad, cualquier persona o cualquier cosa podían convertirse en objetivos suyos. Bastaba con que esa persona o esa cosa se encontrasen en su camino cuando él tenía prisa por pasar. Sus dianas variaban según la ocasión, así que no se le podía acusar de tener aversión hacia X en particular. Sin embargo, los mulatos y los burros constituían sus principales objetivos. En su infancia, había vuelto locos a los burros de su pueblo metiéndoles colillas de cigarrillo por las orejas. Un consejo formado por los notables del pueblo (el sacerdote vudú, el cura, el policía y el maestro) le había interrogado sobre esta manía suya sin llegar nunca a obtener una respuesta clarificadora. ¿Por qué? Porque sí. De joven disfrutaba de los permisos sobre todo porque le daban la oportunidad de regresar al campo y divertirse con los burros. No tenía más que recoger las colillas que tiraban los adultos. Incluso a veces él mismo compraba cigarrillos americanos, que se consumían más lentamente que las marcas locales y hacían más duradero su placer.

El hombre de negocios Robert Montès había nacido en un barrio residencial de la capital, cerca del cruce de Trois-Bébés, pero en la parte alta (es muy importante la diferencia entre la parte alta y la baja, pues el cruce constituye la línea de separación entre los dos niveles de la escala social), en una casa de muros interiores decrepitos, pero cuya fachada, a fuerza de capas de pintura y de enfoscados, todavía recreaba el mito de una lujosa aristocracia. Su madre nunca le dejaba acabar el día sin haber pronunciado al menos una vez las palabras: «Nosotros, los mulatos» al comienzo de una frase cualquiera, que podía versar sobre el más peregrino de los temas. Nunca se había peleado a puñetazos, ni por una chica, ni por una bolsa de canicas, ni cuando un condiscípulo enfadado le había escupido a la cara la larga historia de matrimonios de conveniencia y de prostitución encubierta que habían permitido a su familia guardar las apariencias y actuar como ricos, cuando en realidad tenían más recuerdos y platería heredada que viandas que echarse al diente. Prefería dejar la violencia física para los demás y siempre conservaba la sonrisa. Había retenido dos lecciones esenciales de las enseñanzas familiares: prohibir a su rostro que traicionase su pensamiento y nunca decir la verdad sobre el estado de su fortuna. De adolescente adoraba que los auténticos ricos, con los cuales solo compartía el color de la piel, le creyesen igual de acomodado que ellos, pero no tenía ninguna vergüenza en empobrecerse cuando un amigo le solicitaba su ayuda. El hombre de negocios Robert Montès no sufría de un excesivo amor propio. No se dejaba afectar por los insultos. El estúpido orgullo de los belicosos les desvía de sus proyectos, y les empuja a situaciones imprevisibles e incontrolables de las que no se consigue salir si no es con grandes sufrimientos. Evitaba toda disputa vana y se dedicaba al desarrollo de sus cualidades. Había descubierto una temprana vocación de usurero y de intermediario, que le aseguró unos ingresos extras incluso mientras aún era menor. Éxito del que se guardó de informar a sus padres, y que le permitió enriquecer su agenda con estafadores de todo pelaje que, seducidos por sus cualidades, contribuyeron a su formación y le adoptaron como cómplice y asociado; y que acabarían tirándose de los pelos cuando obligó a muchos a la retirada anticipada del negocio. En su juventud había sido un mujeriego. Se había aprendido de memoria nociones básicas de botánica y

espiritismo y podía, si le hacía falta, hacerse pasar por ecologista o por místico. Las chicas cedían fácilmente a sus avances, con la esperanza de un matrimonio que él nunca prometía formalmente pero cuya posibilidad siempre dejaba entrever. Al final de las historias de amor se defendía cándido de las acusaciones de estafa y de abuso de confianza, argumentando que no se le podía condenar por algo que jamás había pasado de la vulgar hipótesis.

El hombre de negocios Robert Montès se había casado con veinticinco años con una joven ligeramente menos blanca que él, pero mucho más rica; ni demasiado fea ni demasiado guapa, ni demasiado ignorante ni demasiado instruida, ni demasiado elegante ni demasiado vulgar, ni demasiado piadosa ni demasiado moderna, un poco soñadora, pero sin llegar al punto de vivir en la luna; y cuyos padres creyeron hacer un buen negocio al consentir ese matrimonio, pensando que su capital financiaría el ascenso de su prole al estatus de la alta burguesía. Durante toda su vida de pareja, su esposa pareció ignorar sus numerosas aventuras: los burdeles, las citas en el apartamento de soltero de su amigo el coronel, las visitas nocturnas a la habitación de la criada; o bien nunca se preocupó de ellas. La pareja no tenía más que un hijo, pues había convencido a su esposa de que en estos tiempos difíciles la educación de un hijo necesitaba demasiado dinero y toda la atención de una madre, así que eran afortunados con haber tenido un solo hijo («¿Verdad querida? Eso era lo que los dos deseábamos, un chico para que algún día se encargue de sucederme en los negocios de la familia»). Jamás discutía con su esposa. Ella era una gran lectora y raramente salía de sus lecturas. Ingenua o desinteresada, se tragaba con tal facilidad las mentiras que su marido le soltaba sobre el empleo de su tiempo, que a veces él llegaba a reprocharse la minuciosidad con que las preparaba. Cuando, cosa bastante rara, le hacía alguna pregunta sobre el mundo de los negocios, él contestaba con una evasiva que a ella le bastaba y, sin alargar más la conversación, volvía a sumergirse en sus lecturas. Como a su entender su esposa no poseía las cualidades de una buena acompañante, el hombre de negocios Robert Montès quería desarrollar en su hijo una auténtica complicidad entre machos, transmitirle sus conocimientos e irle preparando para la dura tarea del sucesor. No por amor, sino porque una obra tan sabiamente concebida y pacientemente ejecutada merecía ser salvaguardada a mayor gloria de su creador.

El coronel Pierre André Pierre nunca había contraído matrimonio. Una esposa habría contrariado sus impulsos espontáneos. Dos veces había probado con el concubinato, pero esas experiencias no habían sido satisfactorias. Sus concubinas habían creído tener derechos, se habían puesto a hacer planes, y le habían preguntado sobre sus funciones. Él había reaccionado violentamente, ellas habían acabado con el cuerpo lleno de magulladuras y él con la convicción de que pasar las noches golpeando siempre a la misma mujer no le ofrecería nada apasionante y crearía un lazo demasiado íntimo, algo así como en la dialéctica entre amo y esclava. Se consideraba a sí mismo un hombre sencillo que evitaba las complicaciones y pensaba, además, que la adhesión a la pareja no era condición necesaria para la consecución del acto sexual. La soledad le convenía, salvo en los momentos de necesidades perentorias.

El coronel Pierre André Pierre no era un gran amante del arte, pero tenía dos locas pasiones: adoraba la pachanga, y había recibido clases de baile latino a domicilio con un profesor particular. Desde su primera lección ya se había sentido preparado para afrontar al público, y comenzó una *tournée* por todas las salas de baile, levantando de sus asientos al mayor número posible de damas y de jovencitas, monopolizando la pista durante horas, estrechando contra él a sucesivas parejas y manteniendo siempre el arma en el cinto. No era mal bailarín, en él prevalecía el gusto por la improvisación sobre la técnica, movía más las caderas que los pies y la pareja parecía simular el acto sexual más que seguir realmente la música. Su otra pasión era una colección de cómics violentos, *Tex Willer*, *Satanas*, que, aparte de los manuales militares, constituían su única lectura. Cuando era instructor en la academia subía la nota a los cadetes que le encontraban los números que le faltaban en su colección.

Pierre André Pierre no tenía la paciencia de los aprendices, pero había trabajado duro, había aprobado todos los exámenes y pasado todas las pruebas, a veces muy justito, pero siempre contando exclusivamente consigo mismo, y compensando cuando hacía falta las lagunas de su formación académica con sus cualidades atléticas. Robert Montès pasaba por ser un burgués letrado dotado de una cultura universal. Había comprado su diploma en una escuela de negocios privada frecuentada por niños mimados cuyos padres ya no sabían qué hacer con ellos, pero leía muchas contracubiertas de libros de todo tipo, números atrasados de *Science et vie* y del *Reader's Digest*, y podía mantener cualquier conversación en los ambientes mundanos. Era avaro con todo excepto con las palabras amables. Llevaba desde hacía cincuenta años unos pantalones que ya estaban pasados de moda cuando era joven, obsequiaba por Navidad unos regalos miserables que sus familiares, muertos de vergüenza, se apresuraban a esconder, y echaba continuamente sermones a su mujer y a su hijo contra los locos gastos que les sospechaba, pues para él, todo lo que no fuera gastar en acumular, era derroche.

Pierre André Pierre no se privaba de nada. Su filosofía era simple: cogía por la fuerza de su autoridad todo lo que le hacía falta, un cuerpo de mujer, los bienes ajenos, y con la misma desenvoltura, se desprendía de conquistas y ganancias.

¿Qué pudo haber acercado a dos personajes tan diferentes, unido dos trayectorias paralelas y sellado una amistad tan fuerte como para hacerse construir dos casas idénticas en un pueblecito costero olvidado por los mapas? ¿Sobre qué yacía la alianza que había llevado al hombre de negocios Robert Montès a hacer padrino de su único hijo al coronel Pierre André Pierre? ¿Qué había conducido al coronel Pierre André Pierre a interceder ante el jefe de Estado Mayor del ejército de tierra para facilitar el paso por la frontera de las mercancías no declaradas del hombre de negocios Robert Montès? ¿Qué era lo que hacía que pasaran veladas enteras bebiendo, riendo y charlando en su mesa reservada del restaurante Champ-de-Mars, el primero exclusivamente vino de Burdeos, y el segundo solo whisky escocés? Por último, ¿qué les llevaba a pasar juntos los meses de junio, julio y agosto en el pueblecito de Anse-à-Fôleur, en casas idénticas cuya construcción había comenzado y finalizado el mismo día, seis meses más tarde, ocupando sus veladas en reír, charlar y beber, el primero exclusivamente vino de Burdeos, y el segundo solo whisky escocés, igual que en su mesa reservada del restaurante Champ-de-Mars, en una intimidad apenas interrumpida por las idas y venidas de la esposa y del único hijo del hombre de negocios?

El señor bajito de la capital había acumulado pacientemente informaciones concernientes a los dos ilustres desaparecidos. Creía haber encontrado el fundamento de su amistad. Cito su informe una vez más: «Nada, excepto la crueldad, podía justificar la amistad que ligó hasta su muerte al coronel Pierre André Pierre y al hombre de negocios Robert Montès».

¿Ya te has despertado? Has estado una hora durmiendo. Los viajes largos en un país desconocido son agotadores. Con la única compañía de un guía que no deja de hablar y hablar. Sonríes. Eso es buena señal. Eso quiere decir que no hago tan mal mi trabajo. Cuando consigo hacer sonreír a un cliente estoy contento. Y tú, tú no eres exactamente una clienta. Por tu padre. Hacer sonreír a los clientes es algo que nunca está asegurado. A veces adivino las bromas que tengo que intentar con ellos, la actitud que tengo que adoptar para que se sientan superiores y seguros y se relajen. Hay quien baja del avión ya en son de guerra, y no se le pasa el enfado durante todo el tiempo de su estancia. Con sus deportivas y sus bermudas, las flores de sus camisas son solo un camuflaje que no engaña a nadie más que a ellos. Llegan con cara de que todo está siempre mal, sobre todo en este viaje en concreto, empezando por el aeropuerto de salida con los paneles de información apagados, hasta el taxi con un maletero demasiado estrecho y las maletas que no caben y que hay que poner sobre el asiento de al lado del conductor, las calles hediondas y los niños que tienden la mano y se agarran a las portezuelas del coche (se les llama «niños de la calle» o «hijos de la calle», como si la calle fuera su madre), pasando por el avión y su antipático personal de cabina, las turbulencias y el horrible acento de la azafata, el aeropuerto de llegada, un auténtico burdel, y el larguísimo tiempo de espera antes de poder recoger el equipaje.

—Y luego menuda idea —dice la mujer— haber elegido este lugar donde nadie viene de vacaciones con la familia, seguro que estaríamos mejor en cualquier otra parte del mundo.

Y ante el rostro no demasiado convencido de la mujer que, como buena ama de casa, piensa en su casa, de la que no le gusta ausentarse durante demasiado tiempo, y en su nueva batería de cocina, que debe de sentirse muy sola, el hombre añade:

—De ahora en adelante tendré que venir aquí a menudo en viaje de negocios, así que hay que aprovechar y acostumbrarse un poco. Quiero que Júnior y tú entendáis lo que hago.

Y ante el rostro, todavía no demasiado convencido, de la mujer, que ahora piensa en el gato al que la vecina ha prometido cuidar, pero nunca se sabe, sobre todo con el Júnior

de los vecinos, que es un verdadero salvaje (se puede decir que sus padres han fracasado y que les causará en el futuro grandes preocupaciones), no como su Júnior, que es un chico dulce, sensible, tan sensible que a veces lloriquea por nada, el hombre, herido en su orgullo, insiste:

—¡Pues tampoco me parece que sea pedir demasiado!

Y la mujer, conciliadora, que sigue con la cabeza en otra parte, pero en otra parte que se llama adulterio, abogados, divorcio, piensa ahora, pragmática y prudente, que mejor será no enfadarle demasiado, que cuando los hombres se enfadan, enseguida se van fuera, un fuera que se llama amante, joven, guapa y disponible, y es verdad que, después de todo, cuanto más cerca esté de él y al corriente de que lo hace, más seguro permanecerá nuestro hogar, y se adapta, se acomoda, se suaviza, se compadece:

—No querido, no es pedir demasiado.

Pero Júnior no está casado con su padre, no ha firmado ningún compromiso que deba durar toda la eternidad. No ha firmado ningún contrato que le obligue a ser conciliador y a tragar con las amantes de su padre, los humores de su padre, los líos de su padre, las labores del hogar, las exigencias y las quejas de un niño al que daría cuatro sopapos si fuera hijo del vecino, la soledad y la angustia cuando Sénior se va de viaje, la impotencia y la resignación cuando Júnior hace alguna de las suyas. No, Júnior no es su madre. No se ha casado con su padre y jurado fidelidad en las grandezas y miserias de su condición de ama de casa. Tampoco se ha casado con su madre y con la responsabilidad de entonar el canto a la unidad familiar al lado de una mujer que está envejeciendo que habla, habla, habla, a la que solo le interesan las baterías de cocina y los programas de la teletienda y los potingues. No juega a ser el gran jefe de familia que se larga de casa, lo más lejos posible, tantas veces como le es posible, porque ningún hombre, las noticias lo dicen, ni siquiera el presidente del gobierno más poderoso del mundo, puede desempeñar el mismo papel las veinticuatro horas del día. Júnior no tiene la edad de los compromisos que les provocan arrugas a sus padres. Y además le molesta ver que enseguida hacen las paces y se olvidan de él. Júnior nació en un capullo que se llama *Forget me not*. Y Júnior no es tonto. Sabe que todo le pertenece, su padre, su madre y el resto del mundo. Siempre ha sido así. ¿Por qué tendrían que cambiar ahora las cosas? Y Júnior tiene calor, aquí hace mucho calor. Y Júnior, que tiene calor, mucho calor, y que piensa que sus padres exageran y que no le prestan la suficiente atención, y sobre todo que no tiene ninguna necesidad de saber cómo se gana la vida Sénior, pregunta una primera vez, una segunda vez, una tercera vez con un tono de *Forget me not*:

—¿Cuándo llegaremos al hotel? Tengo hambre. Tengo calor. Tengo ganas de hacer pis, los baños del aeropuerto no estaban limpios. Esto está sucio.

Y la madre:

—Sí, está sucio.

Y el padre:

—Sobre todo a ver dónde pones las manos.

Al menos Júnior, Sénior y la Mamá conciliadora comparten algo: el culto a la higiene. Y aparte de eso, cada cual vive en su mundo. Y eso supone tres manojos de nervios

sentados en el asiento de atrás del coche. Y los niños de la calle que se han cansado de vivir con sus madres, de ir detrás de sus madres, siguen agarrándose a las portezuelas del coche, con los pies suspendidos en el aire durante un instante, no quieren soltarse, no se sueltan. Y Sênior, Júnior y Mamá comparten el mismo pensamiento: «¡Vaya usted a saber cómo lo hacen, eso es de monos o de saltimbanquis!».

Y Júnior encuentra en su habilidad un segundo motivo de cólera. Él nunca podría hacer eso. Basta con que se ponga a correr para que Mamá le diga: «Cariño, vas a hacerte daño».

Y el coche que avanza lentamente y se somete a las leyes del embotellamiento. Y los niños de la calle, que a fuerza de callejear se han convertido en pequeños maleantes, han visto a Júnior en el coche. Saben por experiencia que las parejas que viajan con niños suelen tener mala conciencia, que se compadecen y les dan algo con más facilidad que los jóvenes esposos que están todavía en la edad en la que uno todavía no quiere más que a su pareja. Pero Sênior no da nada porque:

–Dar es promover la mendicidad, ¿comprendes, mocoso?

Pero aprovecha la ocasión para explicar a Júnior:

–Tú no te das cuenta de la suerte que tienes de vivir en una familia unida, pues tu madre y yo nos queremos, en un país democrático, donde la alternancia es una institución, en un universo que te protege, tu madre y yo te queremos, tu maestra te quiere, tus titas y titos te quieren, tus abuelitas y abuelitos te quieren, sí, no tienes más que un único abuelo, el otro está muerto y en su tumba, perdón, en el Cielo, pero también te quiere, así que mira a los niños de aquí que no tienen nada, los pobres, y ponte en su lugar.

Y Júnior, que no entiende nada del sermón del padre, que habla como un comercial (de hecho es comercial, y lo único que le interesa en la vida es vender la mayor cantidad posible de programas y de tecnología), Júnior, que no quiere ponerse en el lugar de los demás y que no entiende por qué de repente se le pide que haga cosas que nunca se le han enseñado. Su padre le ha enseñado que para ser competitivo se debe contar con uno mismo. La psiquiatra le ha enseñado que para hacerse comprender debe expresarse. El presidente, cuando se dirige a la nación, dice que somos una gran nación que debe contar consigo misma, llevar una política agresiva para ser competitiva. En el nombre de su padre, de su madre, de su maestra, de su psicóloga, del presidente, de la nación, de los medios de comunicación, Júnior quiere que alguien le escuche y ser competitivo. Por el momento tiene que competir con las preocupaciones de sus padres que rehúsan escuchar que tiene necesidad de hacer pis, de comer, de ver la piscina del hotel. En el nombre de la democracia y de la libertad de expresión, Júnior continúa quejándose y reivindicándose. Pero hace calor. Y Sênior se pregunta si fue buena idea viajar allí con esos dos. Habría podido venir solo, trabajar durante el día para convencer a algunos cretinos del Ministerio de Comercio de que compren su mercancía, divertirse por las noches con las bellezas negras. Sênior no se perdona su error de juicio y le suelta a Júnior:

–Vale, está bien, me estás irritando. No se puede tener todo lo que se quiere a la voz de

ya. Yo he tenido que esperar tres años para conseguir el puesto de director de ventas, a pesar de que me lo merecía desde mucho antes. Sé un hombre y cállate.

Y Júnior que repite las palabras que la maestra le ha ayudado a memorizar para casos de emergencia, si un adulto se le acerca demasiado, le toca los genitales o amenaza con pegarle:

–Soy un niño y los niños tienen derechos, los niños son sagrados.

Y Sénior, que todavía no ha cerrado el negocio, que necesita serenidad para elegir en su cabeza las palabras con que convencer a sus potenciales clientes de que la tecnología que vende será útil a todos aquí, al gobierno, al sector de los negocios, incluso a los niños de la calle, tiene ganas de endiñarle un bofetón y mandarle que cierre la boca. Y Mamá conciliadora quiere evitar la tormenta, se encuentra incómoda entre Sénior y Júnior, con el trasero rígido en el asiento de atrás del coche, se pone en modo *flashback*, regresa a su programa favorito para buscar en el pequeño manual de arbitraje femenino de conflictos familiares alguna receta aplicable a la situación, se toma muy en serio su papel de pedagoga a domicilio al servicio exclusivo de los dos hombres de su vida, tiene en cuenta todos los factores:

–Querido Júnior, querido Sénior, no os peleéis, por favor –se vuelve hacia su derecha y explica a Júnior–: Tu padre intenta hacerte entender que... –se vuelve hacia su izquierda y recuerda a Sénior que–: Tu hijo es impaciente, como todos los chicos de su edad, con el tiempo...

Pero Júnior no escucha, refunfuña, chilla:

–Tengo hambre, me hago pis, ¿cuándo llegamos al hotel?

Y Sénior, que considera que el arbitraje está amañado, se vuelve hacia Mamá conciliadora, que a fin de cuentas no le parece tan conciliadora:

–Ya me sé la copla, cuando da por saco, es «tu hijo». Yo hago lo que puedo, me enfrento al difícil mundo de los negocios, eres tú la que tienes que hacer un hombre de él.

Y Júnior está contento de que Mamá conciliadora haya sido desautorizada. Sin ser un niño de la calle también él es un pequeño maleante que se sabe muy bien el dicho «Divide y vencerás». Quiere poner a Mamá conciliadora de su parte y ahora se dirige solo a ella con la misma voz quejumbrosa que puso cuando se rompió el brazo jugando a la pelota con el Júnior de los vecinos:

–MAMÁ, Papá no me quiere decir cuándo llegaremos al hotel, MAMÁ, tengo ganas de hacer pis, MAMÁAAA...

Y Sénior:

–Si es así es por culpa tuya...

Y Mamá conciliadora, ahora Mamá desesperada, Mamá ya no aguanto más, pierde la fe en los clichés sobre el control parental, las recetas para la vida en pareja y la psicología infantil, reconoce su fracaso y se encierra en el silencio. Y la atmósfera pesada, más pesada que las maletas que no he podido meter en el maletero, de tantas como hay. Y yo que sonrío mirando por el retrovisor. Y Sénior:

–*Could you please look at the road and drive carefully?*

Y yo:

–*Yes Sir.*

Me trago la sonrisa y conduzco *very carefully* mientras me digo que hay gente que no soporta ver una sonrisa en el careto de los demás.

¿Estás sonriendo? ¿Es mi historia lo que te está haciendo sonreír? Llevo tanto tiempo trabajando en esto que tengo muchísimas más como esa. He paseado a mis visitantes por todo el país, y de todos los que he conocido, tú eres la única que ha venido aquí buscando algo distinto al poder o a los placeres. Tu abuelo sonreía constantemente, pero no era una sonrisa sincera. Había algo tras ella que no invitaba a compartirla. Su amigo el coronel era todo lo contrario. Él no sonreía nunca. Nunca alzaba las cejas, ni subía la voz, ni dejaba traslucir jamás la más mínima emoción. Sin embargo había llevado a cabo al arresto de decenas de jóvenes, se había puesto al frente de pelotones. Y en la capital, cuando se recuerdan las ejecuciones y las torturas que fueron tan comunes durante aquellos años negros, su nombre sale a relucir continuamente. En el fondo ambos se parecían: una sonrisa inmóvil y una cara como de escayola, indiferente a los sentimientos. A mí me encantan la complicidad y el afecto que se pueden expresar mediante una sonrisa. Y las carreteras cuando el día agoniza, y viajar a través de la noche. En la carretera, al crepúsculo, se avanza hacia la sombra, y cada minuto es como un paso más hacia un vasto dominio que nunca podremos acabar de penetrar. La noche es el más vasto de los territorios. Todas las mañanas abandonamos ese territorio para adentrarnos en otro que no nos ofrece las mismas riquezas. Todas las noches, al ponerse el sol, volvemos a entrar en él. La mayoría de las personas se acostumbran a una geografía reducida y se contentan con pasar sus vidas caminando o durmiendo en una pequeñísima parte de la noche. Hay quienes buscan pequeños rincones o vastos espacios donde nunca antes hayan estado. Como Solène. Ella conoce todos rincones del pueblo, todas las calles y todos los senderos, todos los atajos que llevan al mar, todos los claros y todos los matorrales, pero sigue penetrando en la noche en busca de nuevos descubrimientos. Ya lo hacía de niña. Los habitantes del pueblo sabían que no había que molestarla. Desde la muerte de su madre hasta el momento de la desaparición de tu abuelo y de su amigo el coronel, salía todas las noches. A veces no regresaba hasta por la mañana. El día del incendio había salido. Regresó sonriendo y diciéndonos a mi tío y a mí que nunca antes había llegado tan lejos. También le dijo a mi tío que jamás, ni siquiera uniendo las fuerzas de ambos, conseguirían reparar lo irreparable, devolver la

vida al pasado. En compensación, comenzarían algo que realmente merecía la pena. Yo entonces no entendí el sentido de sus palabras. Después me las explicaron.

Y lo vi. Esa noche comprendí que, ya que el buen Dios no existe, son los hombres los que, sin tomarse por él, deben intentar hacer las cosas bien en la medida de sus posibilidades, y buscar en su interior el modo de ayudar a los demás a cumplir sus sueños. Fue mi tío el que inventó la expresión «ayuda a la felicidad». Me decía:

—A ti, que te ganas la vida llevando a los demás allí donde ellos quieren, te irá bien.

Aunque lo cierto es que él no suele preocuparse por ese tipo de cosas. Es como si nunca necesitase nada. Antes de cada una de mis visitas, le hago llegar el recado:

—¿Qué quieres que te lleve?

Y siempre la misma respuesta:

—Nada.

A pesar de eso, siempre le llevo alguna fruslería, como sombreros, o mantequilla de cacahuete, o pilas para la radio. Me gruñe, recordándome el tiempo que hace que no come mantequilla de cacahuete, y que en realidad nunca le gustó mucho. Mi madre tenía sus cosas de hermana mayor, y cuando eran pequeños había decidido que la mantequilla de cacahuete era la comida favorita de su hermano menor porque, una noche en que el niño tenía hambre y no encontró otra cosa que echarse a la boca, se había comido medio bote. Desde la muerte de los abuelos hasta la muerte de ella, desde la casita de la calle des Fronts-Forts hasta la casa de tres habitaciones de la calle des Miracles que mi tío alquiló con sus primeras ventas, mi madre le había alimentado de mantequilla de cacahuete. Y yo continúo llevándosela. Por más que él me repita que ya no la toma, yo se la llevo. Con los sombreros y las pilas sucede algo parecido, y me recuerda que no tiene más que una cabeza y que la radio rara vez la escucha, excepto las noches en que necesita escuchar la música del mundo. En el coche llevo una para él. Siempre las escojo muy bonitas. Él se las regala a la gente del pueblo. A lo mejor, a ti te regala la que está envuelta al lado de tu equipaje, ahí en el maletero. ¿Perdón? ¿Quieres que pare el coche? No, aquí en estas carreteras no hay ni talleres ni servicios. Tendrás que hacerlo a un lado de la carretera. Yo te taparé con el coche. Y te prometo no mirar.

El cadete Pierre André Pierre y el estudiante de la escuela de negocios Robert Montès se conocieron una noche de aguacero, a la hora del cierre del burdel de la calle Saint-Honoré. Lo llamaban simplemente «el burdel de la calle Saint-Honoré». Aquel no era el barrio ideal para ese tipo de negocio. La gente se preguntaba cómo pudo el propietario llegar a pensar en el placer en esa calle polvorienta, llena de día de mecánicos incultos y comercios minoristas especializados en la venta de artículos defectuosos, y de noche de cojos, de borrachos y hasta de algunos místicos que iban allí a practicar exorcismos y recitar sus letanías. El burdel de la calle Saint-Honoré tenía escasa visibilidad y atraía a la clientela que no podía permitirse ir a otro lugar. No era un inmueble de lujo, como los que había en el Carrefour por aquel entonces, con mujeres nuevas todos los meses, pistas dignas de un gran *night club*, *juke boxes* con infinidad de temas clásicos y modernos, y habitaciones aireadas provistas de sábanas limpias y ventiladores y acuarelas e imágenes de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro en las paredes. Era una casa fatigada, torcida, medio en ruinas. La pista solo podía acoger a tres parejas a la vez, y la música de baile se limitaba a unos cuantos viejos discos rayados. La escalera que llevaba al piso de arriba desembocaba en un corredor sombrío que olía a naftalina. Las habitaciones se cerraban por dentro con cerrojos roñosos, y por toda decoración ofrecían unas fotos amarillentas de viejas revistas de moda de hacía un cuarto de siglo. Los tabiques de contrachapado rezumaban miasmas y humedad. Las grietas que el tiempo había abierto en los tabiques impedían cualquier tipo de discreción. Las ratas a veces visitaban las habitaciones, y su paso turbaba los retozos de los más sensibles y novatos. Entonces las mujeres bajaban en ropa interior, y amenazaban al gerente con privarle de sexo durante una buena temporada si era incapaz de proveerlas de habitaciones como Dios manda. Las ventanas daban sobre las vías del tren y ofrecían a los clientes un paisaje de mendigos y esqueletos de automóviles que habían ido a parar junto a los restos oxidados del antiguo ferrocarril. La mayor parte de las mujeres había sobrepasado hacía tiempo la edad de la jubilación, y las tarifas que allí se aplicaban estaban muy por debajo de la media. Los clientes precavidos tenían cuidado de no dejarse sorprender allí por la lluvia. Al primer chaparrón, la parte baja de la ciudad se transformaba en un pantano

poblado de pequeños montículos formados de objetos pesados, cacharros, troncos y barras de hierro que el torrente no conseguía arrastrar. El agua le llegaba a las rodillas a un hombre de talla mediana, y además de caminar sobre el cieno, había que ejecutar piruetas acrobáticas para salvar los obstáculos.

En el burdel de la calle Saint-Honoré, las mujeres no se llamaban Muñeca, Nina o Estrellita, sino Mamasita, Yesterday, Messaline. Era la no *man's land* en la que los tarados y los perdedores iban a hacer el amor con mujeres que ya estaban al final de sus carreras. Artistas en declive, viejas damas que consentían en labores y condiciones que las *vedettes* en lo alto del cartel jamás habrían aceptado. El cadete Pierre André Pierre apreciaba la resistencia de las trabajadoras del burdel que le dejaban hacer sin preguntas, se sometían a sus juegos y bailaban la pachanga al son de la salsa y los ritmos isleños. Cuando, la excepción que confirmaba la regla, alguna de ellas se atrevía a protestar, pagaba los platos rotos por partida doble. A la violencia de los golpes administrados por el cadete se añadían la humillación de no ser apoyada por el patrón y la multa con que la dirección la sancionaba por haber armado escándalo en el establecimiento. Robert Montès, estudiante de la escuela de negocios, no apreciaba demasiado a las trabajadoras del burdel. No tenían el fuerte olor de las criadas, de las que abusaba amenazándolas con acusarlas de hurto y haraganería. Tampoco la elegancia de las jovencitas de su clase. Pero posiblemente estaba ya cansado de multiplicar los engaños y las promesas para conseguir un momento de placer con una de esas chicas de la alta sociedad, y según sus cálculos, si no alternaba entre burguesitas y prostitutas, las aventuras sexuales acabarían por mermar su presupuesto. El estudiante Robert Montès llevaba un control muy estricto de sus haberes, y para cada uno de sus gastos preveía una cantidad máxima que no debía superarse bajo ningún concepto. Al frecuentar el burdel de las vías del tren, conseguía ahorrar incluso por encima de sus previsiones a la vez que satisfacía su apetito sexual.

Cuando se conocieron bajo el porche de ese burdel infame contiguo a las vías, el cadete Pierre André Pierre aún bebía ron nacional y otras bebidas de pobres, y el estudiante Robert Montès podía pasarse toda la noche con un solo vaso de vino. Ni el uno ni el otro tenían coche. El cadete contaba con volver andando a su academia. Le encantaba hacer ejercicio después de sus veladas de placer. Poco dotado para el esfuerzo físico pero de espíritu ahorrador, el estudiante de la escuela de negocios había planeado coger un taxi hasta el cruce de Trois-Bébés, una carrera razonable, y continuar luego a pie hasta la residencia familiar. Después de estar un buen rato mirándose y sin cruzar palabra, decidieron aliarse contra la mala suerte y despertaron al gerente del burdel, al que el cadete Pierre André Pierre administró un par de bofetones por tardar en abrirles. Para contentar al gerente, el estudiante de la escuela de negocios le prometió una propina, que recibiría en su próxima visita. Las prostitutas se asustaron y se encerraron en sus cuartos. Pero los jóvenes ya habían terminado con las mujeres por aquella noche; se desvistieron delante de la barra vacía del bar, tendieron sus ropas empapadas sobre las sillas, se instalaron en una mesa, se presentaron mutuamente, se hermanaron en su desnudez, y juntos esperaron la llegada del día. El gerente del burdel jamás llegó a recibir la compensación prometida por el estudiante de la escuela de negocios. Los dos jóvenes nunca volvieron a poner el pie en el burdel de la calle Saint-Honoré. Al día siguiente, ocuparon una mesa en el restaurante de Champ-de-Mars, y pidieron que les fuese reservada en lo sucesivo todos los miércoles por la noche. Era una especie de contrato de duración indefinida. El propietario rara vez llegó a ver el dinero de la cuenta. Al cabo de los años, el estudiante se había convertido en uno de los hombres de negocios más poderosos del país, el cadete había llegado a ser coronel del ejército, y habían acumulado una deuda incalculable con la institución. El primero, por principios, firmaba la cuenta y nunca pagaba, y el segundo, siguiendo el consejo de su amigo, una mañana hizo detener al restaurador por complot contra la seguridad del Estado, y lo liberó él mismo a las veinticuatro horas, haciéndole saber que siempre podría contar con su ayuda ante cualquier situación difícil.

Nadie fue testigo de la conversación que aquella noche de lluvia mantuvieron el cadete Pierre André Pierre y el estudiante de la escuela de negocios Robert Montès en la sala de baile del infame burdel contiguo a las vías del tren. Ni las viejas prostitutas, insomnes a causa de sus reumatismos y enfermedades pulmonares, que no se atrevieron a bajar ni para beber un vaso de agua. Ni el gerente, que jamás llegó a oler la prometida compensación, pues los jóvenes, que no se marcharon hasta el alba (el aguacero duró toda la noche), nunca volvieron a pisar el mugriento burdel de la calle Saint-Honoré. Pero podemos imaginarnos que, al verse y reconocerse tal como realmente eran, no consideraron que mentirse fuera útil ni eficaz. Por primera vez, Pierre André Pierre conoció, en la vida real, a un antihéroe tan despiadado y astuto como los personajes de los cómics no aptos para menores a los que tanto admiró de adolescente. En cuanto a él, Robert Montès valoraba mucho su facilidad para la simplificación, su fuerza fuera de lo común, y que los juicios de valor no le afectasen en absoluto. Hacer teatro no tenía ningún sentido. Las veladas que pasaba en compañía de su nuevo amigo constituían sus únicos momentos de respiro, la ocasión que le permitía ahorrarse la máscara. Al principio, al margen de su encuentro semanal, los dos jóvenes continuaron con su ascensión social, sin cultivar especialmente sus lazos. Pero mientras más progresaban en sus respectivas maneras de ser, más se reforzaban aquellos, y más sentían esa necesidad de complicidad, como los dos miembros de una anciana pareja que al cabo de los años se transforma en una sola entidad. Cuando Robert Montès decidió que ya era hora de contraer matrimonio, la primera persona a la que informó de su decisión fue el teniente Pierre André Pierre, que no se ofendió por no ser elegido testigo. El teniente asistió a la ceremonia de uniforme, obsequió a la joven esposa con una colección de las más hermosas óperas de la historia, y deslizó en el bolsillo del joven esposo un duplicado de la llave de su apartamento de soltero. Cinco años más tarde, cuando para poder disponer de mayor libertad de movimientos dejó embarazada a su mujer, el vicepresidente del consejo de la sociedad Montès et Montès provocó un shock entre sus amigos mulatos al elegir al mayor Pierre para conducir a su futuro hijo a la pila bautismal. Diez años más tarde, el coronel Pierre André Pierre y el hombre de negocios Robert Montès acudieron a

un arquitecto recién llegado del extranjero y le encargaron los planos de dos casas gemelas para pasar las vacaciones y la jubilación. El arquitecto reclamó los planos topográficos del terreno para poder trabajar según todas las normas de su arte. Ellos le respondieron que lo único que tenía que hacer era dibujar su casa ideal. Ya se ocuparían ellos más tarde de encontrarle un emplazamiento. Todavía tardaron algunos años en decidirse sobre el lugar idóneo. El hombre de negocios Robert Montès recurrió a algunos agentes, el coronel recurrió a los servicios del Ministerio del Interior y de las Colectividades territoriales. Visitaron muchos pueblos y playas vírgenes, y su elección recayó sobre el viejo pueblo de Anse-à-Fôleur. Fieles cada cual a su propia naturaleza, el coronel fundamentó su elección en un impulso espontáneo, y el hombre de negocios sopesó las ventajas y las desventajas, preguntó a unos y a otros sobre la historia del lugar, y concluyó que aquel era efectivamente el mejor emplazamiento para erigir las casas hermanas. El hombre de negocios recurrió al contrabando para hacerse traer las lámparas de araña, las puertas y los vidrios de las ventanas. El coronel ordenó reabrir canteras de arena ya clausuradas, y envió a sus ayudas de campo a hacer requisas por todas las ferreterías. Trajeron albañiles de la capital. Y una mañana, los habitantes del pueblo costero de Anse-à-Fôleur vieron llegar al hombre de negocios con su familia y una sirvienta, y al coronel con todas sus medallas y sus aparatos de gimnasio. Aquella mañana, al jefe de sección le supo amargo el café de su concubina. Casi se olvida de besarla. Se armó de valor, y fue a llamar, tímidamente, a la puerta del coronel. Muy recto y sin atreverse a entrar, se extravió entre las frases que, a modo de bienvenida, traía preparadas en su cabeza. El coronel se contentó con responderle que ya tenían todo lo que les hacía falta. El hombre de negocios Robert Montès le interrogó sobre el perfil de los habitantes y sobre la vida en el pueblo, y enseguida aconsejó a su amigo el coronel que no le quitase el ojo de encima a Justin. Un legislador, por muy benévolo que sea, puede convertirse en una fuente de problemas.

Estaremos allí en una hora. Si quieres, antes de ir a instalarte a la habitación de invitados de mi tío, haremos una parada en casa de Justin. Vive a la entrada del pueblo. No es un sitio de paso obligado. No es como una aduana, un peaje o un puesto fronterizo. Al lugar umbroso en el que ha construido su casita lo llamamos «La Bella Entrada». Desde allí se ven muy bien las estrellas. Justin tiene el don de hacer sentir a gusto a la gente. Una infusión, una silla, una sencilla frase de bienvenida: «¿De qué hablamos?». Y podrás quedarte con él pero seguir hablando contigo misma, como si hubieses encontrado un viajero que aceptase hacer contigo un alto en el camino. Tal cual. Y además te invitará a beber algo. Sin que eso te genere la más mínima obligación hacia él. Podrás responderle: «De nada. No tengo ganas de hablar». Y no te guardará rencor. También podrás hablarle de tu padre. De tu vida. De tus amores. Repetir las palabras de tu carta: «No estoy buscando un refugio. Más bien me gustaría llegar a comprender y conocer lo que dejó atrás, de lo que huyó aquel hombre que fue mi padre. Yo apenas lo conocí. Su salud era frágil y nos abandonó demasiado pronto. Yo era una niña. Sé, por mi madre, que nunca hablaba de su país de origen. Excepto una vez. Había mencionado un lugar: Anse-à-Fôleur. Investigando, supe que mi abuelo, Robert Montès, murió en Anse-à-Fôleur. Intenté sin éxito ponerme en contacto con algún miembro de su familia. Nunca tuve respuesta. Entonces decidí ir a ese lugar desconocido. Mi memoria está incompleta, y me gustaría llenar esas lagunas, aunque no sé si usted podrá realmente ayudarme. Quizás lo único que haga sea molestarle. Y no me gustaría imponerle una presencia molesta ni importunarle con mis preguntas. La única información que he podido encontrar sobre Anse-à-Fôleur es que allí reside el pintor Frantz Jacob, un artista que abandonó el retrato y se especializó en paisajes desde su retiro de la vida mundana y los ambientes artísticos de la capital. Ese es, pues, el motivo por el que le escribo a usted». Tu carta estaba dirigida a mi tío. Es verdad que él es la única celebridad que vive en el pueblo. Todavía sigue habiendo algunos supuestos entendidos que se apresuran a comprar cualquier cosa que lleve su firma, creyendo que están haciendo un gran negocio. Se piensan que son cuadros pintados hace mucho tiempo que él habría querido ocultar y que, al notar cercano su fin, había decidido poner de nuevo en circulación. Que ellos

mantengan sus ilusiones, pues eso nos asegura ingresos y una pizca de notoriedad. Si no fuera por mi tío, jamás recibiríamos el correo. Cuando muera, esto va a ser un desastre. Y eso ocurrirá pronto. En mi opinión, apenas le quedan unas semanas, quizá días. Es un poco nuestro portavoz, nuestro vendedor de imágenes. ¿Dónde vivimos, en los lugares o en las imágenes? Tú le has escrito a él, pero tu interlocutor somos todos los del pueblo. Todos nosotros. Yo me incluyo, pues también soy un poco uno de los suyos. Entro y salgo, soy como un enlace. Pero te quedes o te marches, una vez hayas cruzado el umbral, estarás en tu hogar. Entrás en la imagen y ya formas parte de ella, incluso cuando te marchas. Las noches en las que me falta inspiración para colorear los tejados de mis ciudades imaginarias, voy a tomar una cerveza al bar *à trois* del señor bajito de la capital. Nunca se olvida de preguntar sobre la vida del pueblo: ¿Cómo les va a sus compañeros de juegos, que ya serán adultos? El pequeño zurdo, el que corría más rápido, se ha convertido en un robusto pescador. ¿Y aquella chiquilla que le llevaba la sopa por las mañanas? Tiene tres hijos, dos niños y una niñita que se parece a ella como dos gotas de agua. ¿Y tu tío? Mi tío... no le digo que morirá pronto. A menudo invento cosas. Para no decepcionarle. Muchos han muerto desde entonces. Otros se han marchado. Pero yo prefiero no darle más que buenas noticias. Qué importa que sean falsas. ¿Por qué robarle su pueblo? Él lo llama así: su pueblo. Como si se tratase de su localidad natal. Y sin embargo él no estuvo allí más que una vez, en las circunstancias que te he contado, y nunca regresó. Habrá que pensar que es uno de esos lugares que permanecen en ti, que viven en ti para siempre una vez que has puesto los pies en él. Y Justin es la entrada al pueblo. Tu padre iba a veces a su casa. Era la única persona del pueblo con la que se relacionaba. Si es que se puede llamar relación a eso. Iba donde Justin, y los dos permanecían durante largo tiempo sentados sin decir nada, mirando al mar o mirando en el interior de ellos mismos, o sin mirar a nada. ¿Que qué sé sobre eso? Lo que sé es que el año de su fallecimiento, tu abuelo y el coronel estaban particularmente irritados con Justin. Tu padre, sin decírselo a nadie, se había traído de la capital y había tirado al mar todos los regalos que su padrino le había ido haciendo desde su más tierna infancia. Un montón de cajas de cartón. Una caja de madera. Armas y nada más que armas. Soldaditos con los uniformes de todos los grandes ejércitos del mundo. Un tanque lo suficientemente grande como para que un niño cupiese dentro, con mandos en su interior y una metralleta por fuera. Un magnífico blindado, solo que más pequeño que los de verdad. Y una auténtica escopeta de caza, el regalo por su decimoquinto cumpleaños. El coronel decía: «Si con quince años no es ya un hombre, no lo será nunca». Tu padre, con la escopeta en bandolera, acarreó él solo cada una de las cajas. Lo metió todo en la barca de Justin, la escopeta de verdad con sus cartuchos de verdad y las mil y una imitaciones, la llevó tan lejos como un hombre solo podría llevarla, y vació todo su contenido en el mar. Adiós a la escopeta con la que había practicado el tiro bajo la supervisión de su padrino. Adiós a los cascos, a los cartuchos y a los fusiles ametralladora. Una buena colección. El coronel, al contrario que tu abuelo, a quien todo le parecía carísimo, no reparaba en gastos. Soldados rasos y oficiales de todos los cuerpos del ejército, fusiles de asalto, miniaturas de destructores y de bombarderos,

sables, granadas, pinturas de camuflaje. Allí había de todo. Un soberbio arsenal para acostumbrar al niño al espíritu militar. El pequeño soldado crecería y había que empezar pronto. Tu padre, Robert Montès júnior, tomó él solito la decisión, sin hablar con nadie. Tu padre y el coronel buscaron un cómplice. Ni siquiera le reconocían el derecho de obrar por sí mismo. Fueron al jefe de sección y le ordenaron que procediese al arresto de Justin. Aquel valiente farfulló. Había heredado su cargo en un lugar en el que jamás había conflictos. Nunca había arrestado a nadie. Entre su concubina y él había un pacto tácito: no arrestar a los vecinos. Toda transgresión de esa orden sería causa de separación. De hecho, ella le lavaba toda la ropa excepto el uniforme. Él no quería cambiar de vida. Estaba a gusto, es más, era feliz con su concubina. Antes de dormir compartían cuentos, adivinanzas y refranes, y así se convertían en los niños que nunca pudieron tener. Teniendo eso en cuenta, y sin dejar de farfullar, prefería perder su puesto antes que perder a su concubina. ¿Y por qué iba él a querer proceder al arresto de un hombre que jamás había matado ni a un lagarto, ni había hecho otra cosa en toda su vida que no fuese escribir leyes que nunca imponía, recibir a los amigos, recibir a todo el mundo como si fueran amigos, y ejercer su oficio de pescador? ¿Y dónde lo encerraría en una localidad sin calabozos ni celdas? ¿Y cómo le iba a impedir al pueblo que le llevase pan, risas, chocolate, sardinas rosadas y tortas de maíz? Sin alzar la voz, el coronel anunció al jefe de sección que en efecto perdería su empleo, puesto que un hombre que no entiende en absoluto el ejercicio del poder y que además carece de todo espíritu de iniciativa no merece ocupar una función llamada a la acción y a las decisiones firmes. Mientras tanto, iba a acompañarles a casa de Justin llevando cemento y una pala. Ya encontrarían por allí arena, agua y un barreño de hojalata para hacer lo que tenían que hacer. Bajo la amenaza del arma del coronel, el jefe de sección les siguió llevando los accesorios que le habían exigido. Cuando llegaron a casa de Justin, el coronel lo agarró por el cuello, lo tiró al suelo, le puso un pie en la garganta y pidió al jefe de sección que fuese a buscar un barreño de hojalata. El coronel soltó a Justin, salieron todos de allí y fueron hacia la barca. Pusieron el barreño en mitad de la barca, y el coronel obligó a Justin a meterse, con los pies bien rectos, en el barreño. Después ordenó al jefe de sección que echase en el barreño agua, arena y el cemento que había traído, y que lo removiese todo bien con la pala. Justin tenía los pies hundidos hasta los tobillos. Los otros se sentaron en la barca y esperaron que se secase el hormigón. Durante el tiempo de la espera, tu abuelo aprovechó para redactar un reconocimiento de deuda por el montante correspondiente a su evaluación del coste de los objetos perdidos, así como los daños morales causados a la familia Montès. Justin lo firmó. A continuación, el coronel le pasó alrededor del cuello la cuerda que normalmente amarraba la barca a una piedra, y ordenó remar al jefe de sección. Fueron hasta donde un hombre de talla normal ya no podría hacer pie, y más lejos aún, más allá de los límites habituales de los pescadores. Detuvieron la barca, y el coronel le dijo a Justin que lo tiraría al agua con los pies atrapados en el hormigón si no le revelaba los motivos que le habían impulsado a aconsejar a su ahijado que se desembarazase de todos los regalos que le había hecho. Tu abuelo añadió que, aun pasando por alto la mala influencia ejercida sobre su hijo, cosa

que podría ser reparada con una cuantiosa suma de dinero, podría dar por hecho que el coronel le arrojaría al agua con los pies atrapados en el hormigón si no les revelaba el escondite de la vasija.

—¿Qué vasija?

—¡La vasija escondida por los filibusteros hace más de doscientos años en alguna parte de ese pueblo de mierda! ¿Por qué, tú que te las das de sabio sin haber estudiado nunca nada, crees que le pusieron a ese maldito lugar el nombre de Anse-à-Fôleur, Ensenada del Buscador? Porque los filibusteros escondían aquí sus botines, entre ellos esa vasija, cuya existencia ha sido corroborada por un gran número de cronistas.

El jefe de sección quiso acudir en ayuda de Justin, y gritaba que no había ninguna vasija, y que aunque la hubiese, nadie del pueblo conocía su emplazamiento, que ellos vivían de la pesca: pescaban, comían pescado, para poder comprar sus escasas posesiones vendían pescado, y no tenían ni idea ni de monedas antiguas, ni de historias de la época de la Colonia, ni de mapas, ni de búsquedas. El coronel le sacudió un bofetón al jefe de sección, advirtiéndole que si defendía al sospechoso, sería él mismo considerado como un enemigo del orden y una amenaza para la seguridad del Estado. El jefe de sección se tragó la rabia y, muy a su pesar, ayudó al coronel a levantar el barreño, en el que el filósofo legislador ya no podía mover los pies, atrapados por el hormigón, y a arrojarlo todo al mar. Fue entonces cuando vieron al pueblo entero, hombres y mujeres, mayores y niños, todos aquellos excepto los que no podían andar por algún impedimento de fuerza mayor, de pie en la playa. Todos llevaban una vela y cantaban una melodía de la que los ocupantes de la barca no podían escuchar más que fragmentos. Cantaban: «El que golpea a un perro deberá hacer frente a la justicia de su amo; aunque la calabaza no nace del calabacín, nunca digas nunca jamás, quizás llegue el día en que una fuente brote al pie del árbol seco; a quien nunca se le dio la oportunidad de poseer su propio árbol, viajará errante y desheredado, e irá sembrando plantas subterráneas». El coronel le propinó a Justin un buen puntapié en toda la cara, diciendo que, como gran iniciado del vudú, él ya comprendía el significado de las palabras de la canción pero que de todos modos quería saber la interpretación que el sospechoso les daba. Justin respondió que las palabras estaban muy claras y que no hacía falta ningún rito de iniciación para entenderlas. ¿El perro? Nadie y todos. El pequeño (tu padre, ese era el pequeño) tenía los ojos de un perro perdido, y su amo es la libertad. La vida, afortunadamente, hace que a veces las personas no den descendencia a su triste semejanza. Y el hombre sin territorio siembra a veces el grano de las tierras venideras, para quien alimenta en él el sueño de habitarlas. El coronel le propinó un segundo puntapié en la cara, y el jefe de sección condujo la barca de regreso a la orilla. El coronel y tu abuelo volvieron a sus casas dejando a Justin con la boca llena de sangre y los pies atrapados en el hormigón del barreño. El jefe de sección se marchó apenado, con los ojos bajos. Su concubina le acogió entre sus brazos para reconciliarle consigo mismo, asegurándole que para seguir queriéndolo todavía durante mucho tiempo ella no le pedía que fuera valiente, cualidad que se le escapaba, sino solamente un hombre de bien. Todos los niños se emplearon en bajar a Justin de la barca. Rompieron el hormigón con martillos. Más tarde, los adultos

llegaron con pomadas e infusiones para volver a traer la sangre y el movimiento a los pies de Justin. La semana siguiente, el vehículo militar que llevaba a las visitantes a la residencia del coronel se detuvo ante la casa del jefe de sección. Un soldado bajó del vehículo y le entregó un sobre. Contenía su carta de destitución. Conservaría su puesto a la espera del nombramiento de su sucesor y podía pues considerarse en periodo de prórroga. Durante este intervalo, debía presentar un informe sobre las actividades sospechosas de los habitantes del pueblo y tener especialmente vigilado al llamado Justin, según todos los indicios un agitador enviado por una agrupación de apátridas con la misión de corromper a la juventud.

Al ser informado sobre este incidente, el investigador sospechó al principio del jefe de sección. A este ya no le había vuelto a temblar la voz. Había recibido su carta de destitución, pero había salvado la relación con su concubina, y ahora tenía más tiempo para sus concursos de cuentos, refranes y adivinanzas. Por las mañanas, el primero que se levantaba le proponía al otro un acertijo que debía adivinar por la noche. Si no encontraba la respuesta correcta, el perdedor tendría que contarle un cuento al ganador. El día en que el señor bajito de la capital sometió a un duro interrogatorio al jefe de sección, el acertijo propuesto por su concubina al despertarse había sido este: «Un pequeño ataúd oculto bajo tierra roja». Sin vergüenza ninguna, después de responder lo mejor que pudo a todas las preguntas del señor bajito de la capital, el viejo funcionario dijo que estaba buscando la respuesta a una pregunta esencial, porque:

–Me ha robado usted muchísimo tiempo y no he podido inventar un cuento para esta noche. ¿A qué le remite la imagen de un pequeño ataúd escondido bajo la tierra roja?

El investigador era muy aficionado a los acertijos, y aunque su lógica no le estaba ayudando en absoluto en la búsqueda del asesino, en otros asuntos seguía siendo bastante eficaz.

–Debe de ser el árbol del pistacho. O el pistacho, más exactamente. Sí, eso debe de ser.

El jefe de sección concluyó que los de la capital no eran tan tontos, al fin y al cabo, y el señor bajito de la capital tachó al viejo funcionario de su lista de sospechosos. El hombre había perdido poca cosa con el cambio al preferir sus juegos a su empleo, y de todos modos, a no ser que trajesen a alguien de fuera, el ministerio tardaría mucho en encontrarle un sustituto, ya que nadie del pueblo se había ofrecido voluntario para reemplazarlo en sus funciones. Justin incluso había redactado una nueva ley recomendando la eliminación de la palabra «jefe», excepto en el amor y en las relaciones afectivas en general, para decirle al otro: «Yo te prefiero a mí mismo». A falta de otro culpable, el señor bajito de la capital se concentró en Justin. Humillación, amenaza de muerte y comienzo de ejecución de la misma, esos eran motivos que generalmente conducirían directamente a la venganza. A la misma hora en la que el jefe de sección,

una vez resuelto el acertijo propuesto por su concubina, se dormía tranquilamente, el investigador se personaba en casa de Justin. Los pies de Justin ya no le obedecían y su rostro conservaba las huellas de los golpes. Pero había mantenido su afable sonrisa. La conversación duró largo rato. Antes de marchar, el investigador se sacó la libreta del bolsillo y tachó con su lápiz el nombre de Justin de un solo trazo. En un solo día había perdido a sus dos potenciales culpables. Como honesto funcionario y servidor del orden público, debía admitir que un hombre que ya no vivía en el presente, ya fuese demasiado tonto o demasiado listo, no tenía nada que ver con la venganza. Es cierto que nuestro Justin decidió hace ya mucho tiempo que el presente es como es y la verdad carece de toda importancia. Él mira el mañana. Esconde sus penas y se reserva las alegrías. En realidad solo tiene una.

«¿De qué hablamos?»

Cuando te haga su pregunta de bienvenida, con los pies al calor de una manta de lana por los problemas de circulación causados por el hormigón, si le respondes «Del futuro», él será el más feliz de los hombres.

¿Cómo dices? Esta es ya la última recta. Bueno, en realidad no es tan recta, pero llegaremos enseguida. ¿Quieres oír música? ¿Cuál te gusta? A mí me gusta todo. Pero rara vez escucho la música que me gusta. Los clientes piden algo distinto. «Caliente.» Entonces los llevo a restaurantes con pista de baile o a clubs, y nada más entrar, comienzan a mover el cuerpo en todas las direcciones. Todo un espectáculo, y además gratuito. Se retuercen. Saltan, brincan. Sus cuerpos se quiebran y se recolocan como en esas películas de terror protagonizadas por muñecas asesinas. Por más que les rompan o arranquen los miembros, las desarticulen y las retuerzan del derecho y del revés, todas las partes recuperan su forma inicial. Mis clientes, cuando bailan, son como muñecas asesinas. Chocan sin darse cuenta con sus vecinos de pista. Se «expresan», y eso es lo más importante. Qué importa que entre la música y sus movimientos haya la misma distancia que separa los polos. Vale, ellos quieren música y los lugares donde esas cosas pasan, y yo se los doy, y allí los llevo... Como decía Manigat, el viejo peluquero de la calle Montalais, «donde hay patrón...». Ya te he hablado de Manigat. Creo que ya te lo he contado todo sobre mí, o casi todo. Date cuenta de que tampoco es que haya gran cosa que contar. Y no es que me guste hacer confidencias. Y los clientes no vienen a escucharlas. Al contrario, a veces a algunos les da por explayarse y me toman por su confesor. Por una parte están los huraños, que se quejan de todo y lloriquean de camino al hotel de playa como si los estuviese arrastrando al muro de las lamentaciones; y luego están los joviales, que han pagado por su alegría y nunca pierden la sonrisa. Al escucharlos parece que no han conocido otra cosa que la felicidad durante cada segundo de su estancia. Todo les parece hermoso. La cala más anodina les abre las puertas del séptimo cielo. Han pagado y por tanto todo está bien. Escuchan las noticias, y les parece que los jefes de bandas son como el buen salvaje. Toman las chabolas por una forma estética, aquí han encontrado un paraíso junto al mar. Son como las personas que en el restaurante se comen hasta el último pedacito, sea el papeo bueno o malo. Para ellos es una cuestión de honor o una forma de pragmatismo: consumen hasta la altura de sus gastos. Yo serví de guía a un restaurador durante toda una semana. Nos pusimos de acuerdo en una cantidad por mis servicios. Durante los siete días quiso renegociarla a la

baja. Me contó lo duro que era en los negocios y que, por principio, siempre regateaba. Y también cómo engañaba: el arte de reutilizar las sobras, de pagar en negro a los trabajadores, de comprar a granel ingredientes de mala calidad, de tomar el pelo a los de Hacienda. Rácano hasta decir basta. Pero cuando iba de vacaciones, calculaba una gran suma de dinero. Y la gastaba. Quería reconsiderar a la baja mis prestaciones. Para él, cualquier empleado estaba siempre demasiado bien pagado, pero iba dejando dinero en las ventanillas de mi coche y en su habitación de hotel. Yo no podía ocultar mi asombro. Me explicó que le sentaba mal no gastar todo el dinero que tenía previsto gastar. Al final, todavía le quedaba mucho dinero en metálico. Para deshacerse de él, compró cestas de fruta y las dejamos a un lado de la carretera. Le había bastado el gastar la cantidad que había previsto para pasar unas vacaciones buenísimas. Regresó, satisfecho, a seguir explotando a sus empleados y a vender mierda a sus clientes.

La verdad es que prefiero los joviales a los que apestan a miedo. Los miedosos, antes de desembarcar en la «isla maldita», seguramente han consultado varios catálogos de los horrores, recopilado la máxima cantidad posible de estadísticas y anécdotas horripilantes, ido al médico y elaborado una lista de enfermedades tropicales con la descripción de los primeros síntomas. Vienen cargados de medicamentos, se untan la piel con miles de cremas. El pánico les atrapa cuando atravesamos los barrios populares. Se diría que esperaban encontrar un país deshabitado, una tierra virgen que se iría desplegando a su conveniencia. Cuando bajan del coche para volver a su habitación del hotel o para entrar en una tienda, avanzan con una mano delante y otra detrás, una como protegiendo sus partes o con la palma por delante como si dijeran: «No os acerquéis a mí»; la otra, agarrando el monedero o comprobando sin cesar la cartera, con miedo a que un espíritu malvado meta una pata invisible y les birle algunos billetes. Llevan ya preparada la misma respuesta a cualquier palabra procedente de un desconocido. No malgastan su tiempo aprendiendo alguna palabra de la lengua local. Responden a todo con un «no». Es sencillo. «Buenos días.» «No.» «¿Puedo ayudarle?» «No.» «Se le ha caído algo.» «No.» Los mendigos los distinguen fácilmente y los evitan. Los profesionales con experiencia alertan a los principiantes: «Ese de ahí es un “No-No”, no merece la pena ni que te acerques a él». Me pregunto por qué los miedosos se molestan en moverse de su país, pues vayan a donde vayan siempre esperan encontrar lo mismo que allí dejaron. La misma pitanza. Los mismos colores. Se asombran, se enfadan de que aquí no se coma carne de cerdo como en su país, de que la gente no tenga los mismos nombres que en su país, de que los neones no sean tan luminosos como los suyos. No dejan margen a la duda y desearían que el mundo fuese una copia de su propio universo. Con tu padre uno podía equivocarse y tomarle por un «No-No». Rehuía a los demás y vivía inmerso en el silencio. Sin embargo, un día cortó las amarras y se marchó en busca de algo distinto. Tu padre lo tenía todo. Un hermoso barrio en la capital. Una residencia en la parte alta. Un chófer. Una habitación lo suficientemente grande para contener la montaña de juguetes estúpidos y asesinos que su padrino le había regalado. Toneladas de cereales y vitaminas. Pediatra. Dentista. Y todo lo necesario para un crecimiento equilibrado. Dos familias

numerosas, envidiables y envidiadas. Por el lado materno, numerosas fiestas de cumpleaños, hoy la de una tía, mañana la de un primo, pasado mañana la del primo de un primo. Por el lado paterno, afecto y propinas para compensar la racanería y la frialdad del padre. Un futuro asegurado. Acciones aquí y en el extranjero. Bienes muebles e inmuebles que heredaría. Bienes muebles e inmuebles ya puestos a su nombre por motivos de seguridad. Una madre amante y un padre de indudables recursos. Los mejores maestros en el mejor colegio. Una segunda residencia en el pueblecito de Anse-à-Fôleur. Lo tenía todo, pero en el fondo no pertenecía a ningún lugar. No había sabido desarrollar el hábito de los ricos de vivir entre comodidades. Cuando se fue no se llevó nada. Quizás un poquito de Anse-à-Fôleur. Lo digo por tu nombre. No se ven muchas Anaïse correteando por las mansiones de más arriba del cruce de Trois-Bébés. Anaïse suena a campo, a baile folklórico, a pueblo olvidado y a ternura campesina. Era el nombre de la madre de Solène. Yo no la conocí. Decían que era aún más guapa que Solène. Más salvaje. Más ella misma. ¿Quieres saber cómo murió? Para celebrar la toma de posesión de las Bellas Gemelas, tu abuelo y su amigo invitaron a sus amigos a una cacería. Oficialmente, ojeaban patos salvajes y palomas torcaces. Habían reclutado como guías a pescadores del pueblo. Cacería, sí, sí. No eran los patos salvajes y las palomas torcaces lo que tanto les interesaba. Tu padre les había vendido la leyenda. Antaño unos filibusteros habían ocultado una vasija en esa región. Estaban buscando la vasija. Habían hecho venir a empleados de comercio y a cadetes de la academia, que no eran mucho mejor cazadores que tú y que yo. Para tomarnos el pelo, de vez en cuando disparaban un tiro. Los empleados de comercio y los soldaditos cavaban, tiraban, tiraban, cavaban. Tu padre era muy pequeño, pero también se lo llevaron con ellos. Su padrino quería iniciarle en el manejo de la carabina. No sé lo que vio, lo que hizo, a qué tiró. Fuera lo que fuese, tu padre jamás habló de ello. Anaïse recibió un disparo. Había ido, como hacía a menudo, a deambular por los bosques, quizás a soñar. Al ver que no regresaba, la gente del pueblo fue en su busca. La encontraron muerta: un cadáver, la mitad de un rostro. Comprendieron que había sido alcanzada por un cazador. Quizás la horda ni siquiera se dio cuenta de que le habían disparado a un ser humano. O quizás la habían dejado allí a propósito. Tu abuelo y su amigo el coronel nunca volvieron a organizar cacerías. Nunca volvieron a hablar de la vasija hasta el día en que quisieron ahogar a Justin después de apresar sus pies en una cubeta de hormigón. Pero tu abuelo jamás abandonó. Durante todos esos años la vasija debió de obsesionarle. Ese era sin duda su único fracaso. Un doble fracaso: la vasija que jamás pudo encontrar, y tu padre, que aunque no decía nada, en absoluto era un «No-No». Tu padre tenía casi la edad de Solène. Él no hablaba. Ella hablaba con todo el mundo. Él tenía los ojos tristes y la cabeza gacha. Ella reía continuamente y jamás bajaba los ojos. Él renunció a su herencia. Ella tomó el relevo de su madre y comenzó también a caminar por los bosques. Caminar, esa era su manera de llorar. Nadie sabía cuándo ni cómo comenzó aquello entre ellos dos. ¿Cuándo sellaron su pacto? ¿Era un entendimiento tácito que no tenía necesidad del lenguaje de las palabras? ¿Una conclusión a la que llegaron juntos estrechándose el uno contra el otro? Aquel año, tu padre arrojó sus armas al mar, y la noche del incendio

siguió a Solène al bosque en el que fue hallado el cadáver de Anaïse. E hicieron el amor. Esa fue la venganza de Solène. Abandona las armas y haremos el amor. ¡Quizás los legalistas y los vendedores de la vieja moral juzgarán que su proceder se asemejó al chantaje! Pero al demonio con los moralistas. Aquella noche hicieron el amor. Y aquella noche de amor alejó para siempre a tu padre de su mundo de cazadores verdaderos y falsos, de burgueses verdaderos y falsos, de nuevos ricos, de antiguos ricos, de mentiras, de estirados, de tiradores de élite y tiradores nefastos, de perros amaestrados y de falsos sabios, de matrimonios infieles y de matrimonios de conveniencia. Tu padre quiso perderse, tanto en sentido literal como figurado. Todo lo que se llevó consigo fue el nombre que te puso. Y que te convierte, vengas de donde vengas y seas de donde seas, en uno de los nuestros. En cuanto a la muerte de tu abuelo y de su amigo el coronel, si lo piensas bien, si tu padre hubiera querido matarlos no habría tirado su escopeta al mar. Su padrino le había adiestrado en el arte del tiro. Todo eso está en el informe del señor bajito de la capital, excepto lo de la noche de amor, de la que no hubo testigos. Solo nos la podemos imaginar. A la mañana siguiente, tu padre ya había aprendido a dar los buenos días, a hablar de pesca con los pescadores, a salir al encuentro de los demás.

Ya casi estamos. El pueblo queda a la izquierda. A la derecha, la estatua de la Abuela Santa Ana. Los peregrinos se congregan aquí e imploran su socorro a la santa. Aquí es costumbre pedir a vírgenes, madonas, santos, deidades mayores y menores, espíritus y serafines que acudan en ayuda de los humanos. Santa Ana es su favorita. La consideran como una vieja pariente. La llaman Abuela, como si fuese la vieja abuela de todos los miserables, la patrona buena de todos los pobres. Sin embargo, si los peregrinajes y las peticiones sirviesen de algo, después de tanto tiempo ya se sabría, y los ricos se habrían apropiado de ella. Tu abuelo habría instalado un comercio a los mismos pies de la estatua. Como buen vendedor de promesas, es en cierto modo lo que hacía con los viajes que organizaba para los buscadores de ciudades santas y de la fuente de la juventud. Tienen medios para pagarlo, así que no voy a ser yo el que se compadezca de ellos. Y además, en sus viajes al extranjero para comprar milagros, van en avión o en vehículos climatizados. Mientras que aquí los que van a ver a la Abuela lo hacen en viejos camiones atestados de cabras y de gallinas, cruzando ríos y tragando polvo. Cuando llegan a los pies de la santa, tienen ya tan mal aspecto que si ella no los ayuda, habrá que creer que no tiene ningún poder. Aquí los ricos no dejan nada para los pobres. Nada de valor, quiero decir. Ni siquiera hermosas imágenes ante las que llorar su miseria. Solo vírgenes sucias y rotas que necesitarían una buena mano de pintura para volver a ser hermosas y un genio de la albañilería para volver a colocarlas sobre su peana. Tenemos las abuelas que nos podemos permitir. Santa Ana es la abuela de los pobres. A falta de algo mejor o por necesidad de identificación, a causa de su aspecto cansado, la gente se ha entregado a amarla, a encontrarle otras virtudes que acunen sus ilusiones. A mi tío le recomendaron que fuese a visitarla. Quizás algunas ofrendas fueran suficientes para devolverle la vista. Él no lo creía. La vista ya la tenía perdida, y tampoco se las arreglaba tan mal sin ella. Yo fui allí sin decirle nada. Un poco para ver qué pasaba. Hice una rogativa, sin creer demasiado en ella. No debí de ponerle a mis súplicas la convicción necesaria. Mi tío sigue tan ciego como antes y a un paso de la muerte. A decir verdad, a aquellos que depositan toda su confianza en el poder de la Abuela Santa Ana no les quedan ya muchas más opciones. Los que habían fracasado en los exámenes o en los

amores. Los que querían un hijo o los que no querían tener más, bien porque su vientre estuviese enfermo y no diese frutos o bien porque fuese excesivamente generoso y no cesase de darlos. Los que habían invertido sus ahorros en una tienda de ropa usada o en un bazar que había dejado de atraer a los clientes. Los que estaban hartos de trabajar la tierra para nada, porque es lo único que saben hacer, y desearían aprender a hacer algo distinto. Asesinar. Conducir un automóvil. Atracar un banco. Pintar. Robar. Llevar por el buen camino a jovencitas descarriadas. Da lo mismo. Cualquier cosa que no sea trabajar esa tierra que ya no sirve para nada. Las que llevan toda la vida esperando un príncipe encantador, no necesariamente guapo, ni siquiera necesariamente príncipe ni encantador, basta con que sea honrado, con que sea el padre de sus hijos, con que sea un hombre como los demás, que lo único que saben hacer es follar, gritar, golpear, marcharse, regresar, follar, gritar, golpear, marcharse. Un hombre. Aunque tenga los dientes podridos, aunque le huelan los pies, aunque ronque, y no tenga modales, y carezca de virtudes e ideales. Sería suficiente con que supiese estar allí cuando hace falta estar allí. Sí, yo he visto a hombres y mujeres, enfermos e inválidos, implorando a la Abuela Santa Ana. Abuela, Abuela, concédeme llevar una vida insignificante, una vida como la de todo hijo de vecino: sencilla, banal, aburrida, sin sobresaltos ni complicaciones, traza en mi mano una pequeña línea de la suerte, igual que la que todo el mundo tiene, bien recta, sin interrupciones. Mi propia línea, ni especial ni ejemplar, sin desviaciones ni sorpresas. Un cinco raspado, ni más ni menos, lo justito para aprobar. Los he visto llegar con las manos llenas de ofrendas. Pero, después del éxtasis, se marchaban con las manos vacías y los ojos tristes hacia la vida que les quedaba por delante. Hoy en día las cosas van tan mal que ya ni siquiera las ilusiones son como las de antes. Y si la gente sigue pidiendo a los dioses es más por costumbre que por convicción. Seguro que conoces el dicho: «Las costumbres son como los vicios». Así que la Abuela Santa Ana, la Abuela Brígida, Erzulie Fréda, Erzulie Dantor, Ogún Ferraille, Ogún Badagri, Santiago el Mayor, San Carlos Borromeo, Nuestra Señora del Monte Carmelo, Nuestra Señora de Esto, Nuestra Señora de lo Otro, todos los dioses y patronas, no son sino la rutina de los mendigos de milagros. A no ser que hagan como tu abuela: retirarse de la vida real y vivir en sus ilusiones. Tu abuela, aquella noche, rezó a la santa, y obtuvo lo que quería. El retiro de la vida real. Estaba cansada de buscar excusas para despedir a las criadas. Estaba cansada de escogerlas cada vez más feas. Estaba cansada de hacerse la tonta mientras espiaba a las muchachitas. Pero la belleza o la fealdad no tenían nada que ver, era su olor lo que le gustaba a tu abuelo. La primera vez que tuvo ladillas, hizo como que le creía cuando le juró que no la había engañado:

—Querida, ya he desvelado el enigma: ha sido la criada, que se ha puesto tu ropa interior. Para hacerse pasar por una dama. ¡Ya sabes cómo son! Dispuestas a lo que sea con tal de gustar a los hombres.

—Querido, tienes razón.

La pareja unida despidió a la criada. Tu abuela le dio una gratificación en contra de la opinión de su esposo, que le reprochó el recompensar así el vicio. Pero aquello continuó. Tu abuelo era un maestro. No tenía igual inventando historias. Pero ella lo sabía todo.

Los engaños. Los cuernos. La bella Hélène estaba cansada de escuchar las quejas de sus padres, las quejas de la familia de tu abuelo, de todos aquellos a los que él había engañado, saqueado, humillado. Estaba cansada de sentirse envejecer. Todavía no era la época en la que las burguesas viajaban al extranjero para comprarse unos flamantes pechos nuevos. Hoy en día, en el mundo de tus abuelos, es normal ver a mujeres cuyo rostro acusa la cincuentena con la piel del cuello arrugada como un pavo, las piernas cansadas de tanto trajín y un pecho hinchado que no pega nada con todo lo demás. Tienen unos senos completamente autónomos junto con los que han comprado su juventud. Es una moda que viene de tu país. Aquí, en lo referente a la moda, todo es muy fácil para los ricos. No hace falta inventar nada. No tienen más que seguir las modas que vienen de fuera. Tu abuela no estaba al tanto de los recursos de las modernas tecnologías. Ella se resistía, anclada en la adolescencia. No quería ni afrontar la realidad, ni envejecer, ni ninguna de las cosas sucias y vivas que alimentan la existencia. Estaba cansada de ver crecer, sumido en el silencio, sin proyectos, torpemente, a ese hijo al que no conseguía amar, porque lo real es vil, y es más fácil amar a los hombres y a los niños que existen solo en los sueños. Estaba cansada de esa casa de veraneo, el único gasto importante en comodidades que su marido había consentido hacer. Estaba cansada de sentir el deseo del coronel, que no se parecía en nada a los héroes de sus novelas. Demasiado negro. Demasiado brutal. Demasiado silencioso. Ella podía permitirse el lujo de salir de la vida real. Refugiarse en sus historias de amor. Vivir dentro de una ilusión, cerrar los ojos al mundo; esas son las ventajas de los que no tienen que ganarse el pan. La santa, o su locura, cumplieron sus deseos. Lo ignoraba todo acerca de la realidad. Le contó al señor bajito de la capital que aquella noche había venido a buscarla un hombre muy hermoso. Tenía el cabello negro. No, castaño. Era delgado y de piel blanca. Rubio. No, moreno. Habían paseado por la playa cogidos de la mano. Apenas habían intercambiado un beso. Tímido. Había comprendido que ella no deseaba ir más allá en la expresión de su ternura. Ese tipo de cosas requieren su tiempo. Deberían esperar a que ella estuviese preparada. A conocerse mejor. ¿Le gustaban los caballos? Sí, a ella también le apasionaban los caballos. ¿Le gustaba viajar? Sí, se pasaba la vida soñando con viajes. A él también le encantaba viajar. Entonces, se marcharían juntos. El señor bajito de la capital rápidamente se dio cuenta de que no se trataba de un solo hombre sino de varios, y de que todos tenían nombres extraños y títulos nobiliarios y vestimentas de otra época, y de que ninguno de ellos se había materializado para ayudar a la bella Hélène a incendiar la casa de veraneo.

Su único retorno a la realidad: había llorado con sinceridad la pérdida de sus libros. Ella nunca habría quemado sus caballeros blancos y sus vestimentas de tafetán. Incluso para desembarazarse de su marido y de la muda concupiscencia del coronel, nunca habría consentido renunciar a todos esos nobles que la tomaban de la mano, alababan su belleza y le concedían el estatus de novia eterna. El señor bajito de la capital había desaprendido a juzgar. Pero cómo no encontrarla ridícula y sublime a un tiempo, prisionera de sus prejuicios y admirablemente loca. No escribió nada de eso en su informe. Solamente que era incapaz de matar. Él no era quién para decidir sobre el devenir de esa dulce locura. El

único daño que podía cometer era el de arrastrar a las jovencitas a sus amores imaginarios. Eso les ahorraría, durante un tiempo, las penas y decepciones propias de los amores vulgares que en un futuro nutrirían su día a día. Hasta que una auténtica pasión, un giro del destino, las llamase de repente al orden de la realidad. Y aunque estas cosas suceden en todas partes, en los barrios pobres siempre han escaseado los libros. Una almoneda, a falta de algo mejor, hizo florecer la lectura en ellos.

Todos teníamos razones para desearles la muerte. Tu abuelo y el coronel habían descubierto la artimaña. Lo de los lienzos que yo pintaba y firmaba mi tío. Los lienzos eran a la vez auténticos y falsos. La gente quería un Jacob, y nosotros les dábamos un Jacob. Eso era algo que en el pueblo no tenía la más mínima importancia. Nadie reclama los derechos de autor de nada. La vida no es más que una obra colectiva. Pero tu abuelo y el coronel, tu abuelo en particular, podían revelar la verdad a esas damas y caballeros de la capital y arruinar nuestro pequeño negocio. Solo nos quedamos con el dinero que nos hace falta y el resto lo compartimos con los demás. La pesca no es un oficio seguro. Cuanto más amamos al mar, peor rostro nos muestra. Así que en el pueblo nos ayudamos los unos a los otros con nuestras pequeñas ganancias. Tu abuelo y el coronel no formaban parte de ese paisaje. Por eso están muertos. Pero yo no los maté. En aquella época, mi tío todavía era capaz caminar y aún conservaba fuerza en los brazos, pero ¿te lo imaginas tanteando en medio de la negrura para ir a incendiar las Bellas Gemelas? Cuando Solène regresó de su noche de amor con tu padre, sugirió a mi tío que comenzasen juntos una nueva obra. Todas las mañanas, mientras ella le ayudaba a instalarse en su sillón delante de la ventana, conversaban sobre el lienzo que iban a pintar y que daría testimonio de la belleza de la vida. ¿Qué pondrían en él? Personas y colores. Pedazos de la vida sencilla y del trabajo de los hombres. Aquella noche, Solène consideró que el momento de comenzar ya había llegado. El punto de partida para representar el mundo y la vida sería el pueblo mismo, y al llegar la noche, añadirían las personas y las situaciones. El lugar allí ocupado había que haberlo merecido. Se divertían como niños eligiendo a los personajes. Tu abuelo y el coronel no merecían figurar allí. Esa fue su sanción. Todo lo que hicimos fue no incluirlos en un cuadro. Al día siguiente, como todo el mundo, nos dimos cuenta de que las casas se habían quemado. Ignoro si habían muerto antes de que fuese trazada la primera pincelada de azul. Incluso en los peores de nosotros cabe suponer algo bueno. Quizás habían comprendido que su presencia era incompatible con el mundo tal y como nosotros queríamos representarlo, y por eso decidieron marcharse. Pero no, sinceramente no pienso eso. Mira toda la miseria que nos rodea, esa fue su obra, su riqueza. Y los maestros no se marchan así como así,

solo por un arranque de buena voluntad. A los de esa calaña hay que echarlos, si no, permanecen hasta que se pudren y revientan como colofón de un ciclo que acaba. Quizás no fue sino un accidente, una colilla o una chispa. Quizás alguien del pueblo quiso asumir la responsabilidad de borrar su presencia sin contárselo a los demás. ¿Quién sabe? ¿Y de qué serviría saberlo? Sea mentira o verdad todo lo que yo te cuente sobre las muertes, ¿cambia en algo el fondo de las cosas? ¿Es que acaso puede un crimen producir la felicidad? Solène y mi tío me lo han enseñado. Hace ya veinte años que trabajamos en el lienzo. Pero mi tío morirá pronto. Ha llegado el momento de parar. Nunca estará terminado, pero la belleza continúa, hay que correr tras ella, descubrirla en el día a día. Cuando mi tío haya muerto, Solène y yo dejaremos la tela tal y como está. Con la pequeña parte que hayamos captado. Otros, muy lejos, en ciudades como la tuya o quizás en un pueblecito como el nuestro, puede que estén haciendo algo similar. No hay nada de excepcional en dar nacimiento a cosas que prefiguren la felicidad o busquen atrapar la belleza. Incluso en tu país, en el que los bienes materiales son algo tan corriente que la gente se olvida de sonreír a la luz del día y de dedicarle un momentito a saludar a la gente que pasa. Aquí no siempre tenemos electricidad. Dos generadores idénticos alimentaban a las hermanas gemelas las veinticuatro horas del día. Desaparecieron en el incendio. Por la noche, cuando no soplaba el viento, no se oía otra cosa. Escucha qué bella es la noche ahora. Escucha. Sí, ya estamos allí. Vamos a parar donde Justin. Luego irás a instalarte a casa de mi tío. ¿Cuántos días has pensado quedarte? Dímelo y te llevaré de vuelta al aeropuerto. Supongo que tendrás que regresar pronto. Dicen que en tu país el trabajo es como un cuartel. Que las vacaciones son como estar de permiso. Hay que aprovecharlas al máximo antes de volver a incorporarse al pelotón. Por eso los turistas, cuando aterrizan, quieren comerse el mundo y satisfacer sus apetitos en apenas unas horas. Pero tú no, tú no eres una turista. De hecho, no sé ni quién eres ni lo que quieres. Pero me ha gustado hacer el viaje contigo. Una última cosa: en el viaje de vuelta, tú serás la que hable.

Thomas

Perdóname. No estoy acostumbrada a las noches cerradas. Vengo de una ciudad de luces inventadas, que engaña a la noche a golpe de lámparas, neones y faros. Soy de un mundo en el que de noche todo está iluminado. La luz es para nosotros como una especie de vigilante de seguridad, y para poder dormir con tranquilidad o caminar por las noches, necesitamos saber que hay siempre una fuente de iluminación al alcance de la mano. Perdóname. Lo único que he visto es la negrura de la noche. No pude ver a ese a quien llamas tío, muriendo. La voz te cambió cuando me dijiste:

—Se muere.

Ya no era tu voz de guía, de narrador o de seguidor. Una voz de hombre. Solo eso. En el coche, durante el viaje, apenas hablaste de tus heridas. Como si nunca sangrases. Eso me había irritado un poco, ese miedo tuyo a la intimidad, esa modestia en la que te obcecas sin llegar jamás a conseguirla. Después de que me acompañases a la habitación tras el encuentro con tu tío en la oscuridad, se me quedó grabada esta frase, esta fragilidad que la cháchara del camino había ocultado:

—Se muere.

Esa fragilidad en tu voz ha sido lo que me ha emocionado y me ha hecho reflexionar. Cuando me pasó las manos por el rostro, estábamos ambos en igualdad de condiciones, ciegos los dos. Pero pude sentir la dulzura de sus viejas manos, y eso me hizo pensar en mi abuelo materno, que murió en una habitación de hospital. Mi madre fue informada de su defunción por medio de una llamada telefónica. Yo escuchaba desde la cama, sin oír muy bien, y no tenía muy claro si había pasado algo grave. Un día normal jamás habría sonado el teléfono estando mamá y yo acostadas. Los días comunes no se molesta a la gente a las dos de la madrugada. No es cierto que las personas mueran rodeadas de sus seres queridos. Hace ya mucho tiempo que no morimos en familia. El hospital te ofrece la ventaja de poder dejar al moribundo a cargo de extraños. Vengo de una ciudad en la que desde hace ya mucho tiempo hemos desaprendido a morir en nuestras casas. Y como mi madre quiso evitarme el trauma del funeral, la última vez que vi a mi abuelo no era más que un cuerpo entubado, oficialmente vivo, pero sin el más mínimo movimiento en él. No pensé en cogerle de la mano. Y sin embargo, coger la mano de un moribundo,

o dejar que nos recorra el rostro con ella, es un bello gesto de complicidad. Una suerte de confidencia que la muerte le hace a la vida. Mis propios muertos nunca me dijeron nada. Incluido mi padre, que se marchó antes que los demás. Parece que mi presencia te incomoda. Dime, ¿qué tiene de malo venir a buscar aquí las que pudieron ser sus palabras, sus sueños! Aunque, si he de creerte, no encontraré aquí más que la memoria de su silencio. Aunque, para desvelar el sentido de sus misterios o de su ausencia, me fuese más útil aprender a conocer el ritmo colectivo de los corazones. Ya lo sé. Te estás riendo de mí. Porque quiero entender vuestra vida, pero según tú, jamás lo haré. Aunque tú mismo lo dijiste. Hay tantos lugares diferentes dentro de un mismo país o de una misma ciudad. ¡Y dos personas nunca podrán vivir de la misma manera el mismo lugar! ¡Ni sonreír ante los mismos colores! ¡Y no debemos conformarnos con seguir las leyes comunes, sino elegir, elegir! Por lo que parece mi padre eligió los caminos. Yo también quiero elegir. Pero no un lugar. Y como dice tu tío, en todos estos mundos que componen el mundo, ¿qué uso debo hacer de mi presencia en él? ¿A quién regalaré mi risa? ¿A quién dirigiré mi rechazo, mi cólera? En la universidad —ni soy estudiante de arte ni me gustan los tamarindos; sí los hombres, algunos, y no por cuestión de tamaños—, un profesor nos propuso como tema de debate: «¿Contra quién podemos hoy en día seguir rebelándonos?». La mayoría de mis compañeros encontraron excesiva la palabra rebelión. Yo, la verdad, no sé. Mi madre aún siente nostalgia del radicalismo. Al ver las noticias, cuando hay una revolución, un gran cambio en algún país lejano, destella en sus ojos un antiguo resplandor y se revuelve en su salón. Mi madre era ya vieja a los cuarenta años, y se manifiesta desde su sillón. Me reprocha el que yo no tenga ninguna causa, pues a mi edad ella sí las tenía. Sin embargo, toda su labor como madre ha consistido en protegerme. De niña se me concedieron todas las libertades. Sin llegar hasta el punto de aquella familia que una vez llevaste en el taxi. Sí, tu historia me hizo reír. Yo no era tan pesada como Júnior, y el cabeza de familia era mamá. Estábamos las dos solas. Pero yo me beneficiaba de la libertad de llorar más allá de lo razonable por cualquier tontería, y de expresar mi propio punto de vista sobre todas las cosas. En mi ciudad de origen, cuando yo era pequeña, todo estaba organizado para evitarme los «traumas». Esa fue mi infancia: de protección contra los traumas. La única libertad que me faltó fue la de la soledad de una auténtica herida, y poder descubrir, por mí misma, todas aquellas cosas del exterior que merecían la pena. Yo soy la única causa que le queda a mi madre, y yo misma no tengo ninguna. Aunque pienso que el verdadero problema con las causas y las motivaciones no es el no adoptarlas a los veinte años, sino el perderlas a los cuarenta. Respeto la elección de mi madre. En cierto modo perdió su causa cuando yo decidí venir aquí. No protestó. Seguramente a sus ojos sigo siendo una niña pequeña, y quiso evitarme el trauma de su desaprobación. Al menos, pude ver en sus ojos la dificultad que le supuso el tener que elegir entre dos fuentes de sufrimiento. Decirme que no era ahogarme. Verme marchar era dejarme expuesta a los riesgos de lo desconocido de los que durante tanto tiempo había querido protegerme. Le agradezco que me haya dejado elegir por mí misma el destino de mis andanzas, mis motivos y mis futuros «traumas». Me pregunto qué causas habré perdido cuando llegue a su edad. Y

cuáles habré adoptado. Esas son las cosas que te contaré durante el camino de vuelta. Seguramente, comenzaré por mi madre. Siempre se empieza por los padres y enseguida se pasa a otro tema. Sobre mis padres tengo poco que contar, y todavía no he decidido cuál será ese otro tema. Manigat, tu peluquero de la calle Montalais, tu tío, el señor bajito de la capital, Justin, tu legislador benévolo... ¿ninguno de ellos se atrevió nunca a decirte que a veces hablar sirve para encontrar las palabras exactas, para sacarlas de su escondrijo, para ayudar a revelarnos? No escuché todo lo que me contaste. ¡Dios mío, mira que puedes hablar! El viaje en avión me dejó agotada, y me quedé medio dormida. En medio del duermevela, a veces lo único que oía era la música de las palabras. Y en ocasiones, la violencia de las ciudades. Como una carrera de fondo que se corre a la velocidad de los cien metros. Otras veces, un aire frío, glacial como un crimen. Y otras, el murmullo del mar. ¿Será contagiosa esa dolencia que tú llamas enfermedad del mar?

Tampoco me había dado cuenta de que la habitación en la que me has instalado estaba llena de lienzos empaquetados. Te agradezco que me dejases delante de la puerta. Podría adentrarme en los confines de la noche con un hombre siempre que mantuviésemos ambos los ojos abiertos, pero agradezco el poder descubrir por mí misma el cuarto que cobijará mi sueño. Esa es mi concepción de la intimidad. Me ha costado un poco acostumbrarme a la luz de las velas. De donde yo vengo solo las encendemos cuando hay cumpleaños o fiestas, o en habitaciones mal aireadas, pero no por la luz sino por el aroma, para eliminar el olor a cerrado o a tabaco de los apartamentos. A lo mejor he pisado los cuadros. Debería decir tus cuadros. Antes de que tú me lo dijeras, yo ya había adivinado que eras tú quien los pintaba. ¿Por qué guardáis ese secreto? Tu tío y tú debéis de ser muy habilidosos para poder mantener durante tanto tiempo una mentira de ese calibre. ¿Por qué? ¿Por el dinero? Los compradores pagan por el nombre. Eso os permite ganar algo para vosotros y también dar algo al pueblo. Una especie de estafa caritativa. Me imagino que también es un juego entre vosotros dos. Tu tío oculta su ceguera y tú ocultas tu talento. Lo del talento lo presumo. Todavía no he visto ninguno de esos cuadros. Y tampoco soy, ni mucho menos, ninguna experta. Un amigo de mi madre que nos visita a menudo siempre me regaña por no haber aprendido a sentarme. Para escuchar o para mirar. Es verdad que me gusta todo lo que tiene movimiento, como los ritmos calientes. A veces las palabras no son suficientes. He traído mi música. Había pensado escuchar durante el camino mis temas favoritos de jazz y de rock, pero no he querido parecer maleducada. Cuando escucho mi música, tengo que moverme, tengo que bailar al compás de las canciones. Necesito moverme para que puedan entrar en mi cabeza. Sé que es necesario esconderse. Es peligroso ser de lectura fácil para los demás. He visto cómo me mirabas. Dejar que resbale por mi rostro o por mis piernas la mirada de los demás es mi modo de desaparecer. Me escondo detrás de mi cuerpo. Tengo un vestido muy corto que me encanta ponerme para ir a fiestas y a bares, por puro espíritu de provocación. Y cuando el viento lo levanta, a veces se me olvida recolocármelo. Entonces, los desconocidos me preguntan quién soy. Por quién soy en realidad quieren decir qué soy, pero no se atreven a preguntarlo así, de una manera tan directa. Les

respondo: «Una puta de lujo». Siempre funciona. Se preguntan si estaré diciendo la verdad con una increíble desfachatez o si me estoy burlando de ellos. Y se otorgan un momento de duda antes de tomar la decisión. Marcharse. Ofrecerme dinero. Es raro que, después de semejante respuesta, continúen sencillamente hablando conmigo como con una persona «de verdad». También sucede a veces que me lo pongo para una sola persona, y me digo, quizás con una pizca de vanidad, que eso le gustará y que lo que ante los demás me oculta ante él me revelará. En parte. Con tu afición por interpretarlo todo, querrás preguntarme qué escondo tras mi cuerpo. Cuando voy provocando o cuando bailo. No lo sé. Sin duda, lo mismo que tú escondes cuando haces de guía más que cuando firmas tus lienzos. El deseo y a la vez el miedo de desvelarnos ante un extraño, cuyo conocimiento de nuestras motivaciones íntimas podría afectarnos. Hacernos daño. Entiendo a la gente del pueblo. Me resisto a creer en un accidente o en la providencia. El azar no enciende fuegos. Quizás, como en las intrigas de las viejas novelas policiacas, decidisteis obrar todos juntos, y luego inventasteis esas extrañas coartadas para protegeros mutuamente. Pero os comprendo. Tal y como me los has descrito, mi abuelo y su amigo el coronel no tenían cabida en ese paisaje que todavía no he visto. Y sin embargo, ¿teníais derecho a hacerlos desaparecer? No lo sé. El mundo mata todos los días. Todos los días vemos morir gente. En mi barrio había un sintecho que dormía en la calle, justo delante de nuestro portal. Por las noches lo escuchábamos gemir y toser. Lo vimos morir durante años. Tengo amigas que se tiran de cabeza a misiones humanitarias y que al cabo de unos meses regresan, o muy satisfechas consigo mismas, o todavía más desesperadas que antes de marcharse. Cuando les pregunto, me doy cuenta de que han vuelto porque estaban hartas de ver morir gente, o porque hacen un alto antes de irse de nuevo a lugares con estadísticas aún más pavorosas. Un profesor nos puso una vez ante el siguiente dilema: «Un hombre, o una mujer, está al borde de un acantilado y le dice a otro hombre, o mujer: “O me das la mano o salto”. Usted es el hombre o la mujer a la que se dirige esa petición. ¿Qué hará?». La mayoría de las respuestas dejaron que el «loco» acabase al pie del acantilado. Yo sigo formando parte de esa mayoría. ¿Cambian las cosas cuando hay que elegir entre mirar a alguien empujar a ese hombre o mujer al pie del acantilado o empujar a un asesino? Eso es más o menos lo que vosotros habéis hecho. Sin embargo, me cuesta imaginarte como un justiciero. Dicho esto, apenas te conozco, y las personas no siempre son lo que parecen. Lamento no haber podido hacer la parada en casa de Justin. Estaba demasiado cansada. Y no sé qué le hubiese respondido a la pregunta «¿De qué hablamos?». Mis amigos y yo hablamos de todas esas cosas de las que se habla a mi edad, en mi mundo, intento pertenecer a mi tiempo. Sin saber qué significa eso exactamente. Tú has hablado de enfermedades colectivas. Sin duda esa es la que yo padezco: ser de mi tiempo sin saber lo que significa eso. Algo sobre lo que me niego a cuestionarme pero por lo que me sacrifico. Es verdad, usando tu expresión, que hasta llegar aquí no había tocado más cielo que el que se ve desde mi ventana. Los únicos seres humanos que conozco son aquellos junto a los que crecí. Busco otros cielos. Para aumentar mis paisajes humanos.

Pretendes hacerme creer que aquí tenéis la costumbre de llevar la risa a los moribundos. Sin embargo, tras nuestra llegada, la noche pasada, y todo el día de hoy lo has pasado encerrado junto a tu tío en su habitación. Esta mañana, muy temprano, os he oído. A ti, a él y a esa mujer de cuyas manos tomaste la bandeja del desayuno para traérmela. Llamaste muy suavemente a la puerta. Como si tuvieses miedo. Cuando conducías tenías más aplomo. Las manos te temblaban un poco cuando, torpemente, me tendiste la bandeja. Fui tan tonta de no preguntarte por tu tío. Simplemente te di las gracias. También la vi a ella. Sonreía mientras te daba la bandeja. Afectuosamente. Su sonrisa es hermosa. No hace falta que me lo digas. Ya sé que es Solène. Es verdaderamente bella. Y quizás ya, extrapolando, vi algo en sus ojos que podríamos llamar insolencia. La gente suele respetar cosas que no son muy respetables por sí mismas a no ser que se inscriban dentro de una tradición. Su mirada y su porte responden a la impresión que me dejó la descripción que me hiciste de ella. En realidad no me la habías descrito, solamente me contaste su historia. Uno puede darse cuenta de si una persona es libre a través de su sonrisa. El viejo amigo de mi madre, la mitad de una pareja bastante original, no es como mamá, que siempre considera que el pasado fue más interesante que el presente, y afirma que, aparte del precio de los alquileres y de las nuevas tecnologías, pocas cosas han cambiado. Mi generación será más conservadora que la precedente no solo porque sin saberlo acarrea a aquella, sino sobre todo porque nuestras sonrisas y nuestras actitudes carecen de autonomía. Tu Solène me da la impresión de no ser una persona que siga las convenciones. Debía de ser apenas una adolescente cuando conoció a mi padre. Aparte de la edad y del deseo: ¿qué tenían en común?, ¿qué recuerdos habrán conservado de aquella noche? Me fascina la idea de una noche de amor entendida como celebración de una especie de adiós a las armas. El placer y lo simbólico... Le encantaría a uno de mis profesores que, de vez en cuando, como premio nos deja proponerle un tema de debate o de investigación. Sé que mi madre militó, en otra época, en los movimientos pacifistas. ¿Marchaban juntos por las calles, mi padre y ella, blandiendo pancartas? Mi pareja y yo nunca blandimos pancartas ni nos contamos viejas historias. Somos sin duda demasiado jóvenes para tener historias

que contarnos, y demasiado displicentes con el pasado como para enrolarnos en causas que defender. Pero ay, el amor, el amor podría ser el compartir historias. Todas las historias del ser amado se convertirían en propias para el amante. Ese sería un bello punto de encuentro. Yo no soy celosa. Mis novios me lo reprochan. Me gustaría mucho compartir esas historias que, aunque en puridad no serían mías al no ser yo su protagonista, sí lo serían porque aprendería de ellas sobre el amor de las personas amadas. Quizás mi padre le habló a mi madre sobre su noche de amor con Solène. Su historia, la de Solène. A mí me cuesta imaginar la escena. No consigo ponerle cuerpo a mi padre. No sé cómo son los pájaros de aquí, ni cómo de altos son los árboles, ni cuáles son los colores de la noche. Me da miedo situarlos en un decorado más exótico que el real. Pero sí consigo imaginarme a Solène de joven. Me siento feliz al saber que ese hombre al que apenas conocí llegó a probar la felicidad antes de que yo existiese. ¿Acaso no es la felicidad lo único a lo que el ser humano tiene, por naturaleza, derecho a aspirar? Mis amigos y yo solemos ahorrarnos las palabras abstractas en nuestras conversaciones. No hablamos sobre «felicidad». Y vuelvo a poner como ejemplo a esa pareja que se pasa las noches enteras hablando con mi madre. No sé si alguna vez hablan de cómo se conocieron. Quizás se conocieron en la calle. El hombre, acercándose a la mujer, le diría: «Buenos días. Presiento que voy a amarla, mucho». «¿Disculpe? ¿Por qué? Si ni siquiera me conoce.» «Sí, sí la conozco, es usted el amor mismo.» Y no es que a partir de entonces nunca se hayan separado. Ni siquiera estoy segura de que alguna vez hayan vivido bajo el mismo techo. Pero siempre, después de viajes e incluso rupturas, han vuelto a estar juntos de nuevo. Quizás, durante el tiempo que dura una noche, Solène fue eso para mi padre. El amor mismo. ¿Crees que se enfadará si me atrevo a pedirle que me hable de él? Esta mañana encontré la respuesta que le daré a Justin cuando me haga su pregunta: «¿De qué hablamos?». Yo le responderé que vamos a hablar de un adolescente que se marchó hace veinte años, sin más equipaje que una mochila y un poco de dinero. Un muchacho que arrojó al mar todo un arsenal de armas de pacotilla y una escopeta de caza de verdad. El cabello pelirrojo lo he heredado de mi madre. Pero creo que las piernas largas son de él. Y ese deseo que a veces me asalta de volver a nacer al azar de los caminos.

He dado un paseo por el pueblo. No he encontrado ni violencia ni indiscreta curiosidad en las miradas. Yo no he viajado demasiado, pero me imagino que debe de ser raro encontrarse en un lugar desconocido, y aun siendo de otra cultura y de otro color, sentirse acogido como si la presencia de uno en aquella tierra fuese una cosa natural, simple, como que el día amanezca o se ponga el sol. Fui yo la que tuvo que hacer el esfuerzo de recordarme a mí misma que era extranjera. Para no hacer como si ya lo hubiese comprendido todo. Antes incluso de subir al avión, ya me figuraba que era imposible medir la distancia entre mi ciudad y la tuya. Cuando me desplegabas el inventario de los ruidos de la calle, yo me asombraba de que las bocinas fuesen más eficaces que los semáforos y otros mil pequeños detalles más. También me di cuenta de que el pan de cada día no es algo que se dé aquí por sentado. Ni siquiera podría enumerar las cosas de las que carecéis. Aquí, en el pueblo, simplemente caminando por las calles, he podido constatar todos esos vacíos en el interior de las casas. Ante esa pobreza no puedo sino sentirme extranjera. Pero tuve ganas de entrar en las casas. Las miradas me invitaban a ello. Reconocí la de Justin, solitaria a un lado de la carretera principal. Llamé a la puerta, y él me invitó a entrar. Nos sentamos en la galería y me ofreció un té de guanábana. Yo no conocía esa fruta. Había esperado encontrar un hombre anciano. La idea que uno se hace de la sabiduría es la de un señor mayor que apenas puede moverse. Pero el Sócrates de tu pueblecito marineró no es tan viejo, y aún se mantiene robusto. Me explicó que había aprendido a leer en la escuela de la prefectura, pero que luego quiso regresar al pueblo. Esa manía de inventar leyes, me contó, la había adquirido siendo maestro, con los niños. De aquellos niños de hace veinte años, la mitad se ha marchado de aquí, y la otra mitad que se ha quedado son pescadores, y también le llevan a sus hijos. Les enseña lo poco que sabe, y aprende mucho de ellos. También posee una barca, pero no sale a la mar demasiado a menudo. Prefiere que los demás le cuenten sus viajes. Los brazos los conserva fuertes gracias a la reparación de redes, que es su segunda pasión. Ya ves, no soporto ver la pobreza de las casas, pero sé escuchar. Él no tenía ni treinta años cuando le agredieron mi abuelo y su amigo el coronel. ¿Por qué no se defendió? ¿Y por qué no reaccionasteis todos

respondiendo con violencia a la violencia? ¿Y por qué haber esperado para quemar las casas? Justin me dijo que las cosas debían ocurrir de ese modo, que hay que esperar a que los árboles pierdan la hoja, que nadie del pueblo había incendiado las casas. Mierda, de eso hace veinte años. Hasta yo, que no tengo mucha idea de derecho, he oído hablar de la prescripción de los crímenes. ¿Y qué riesgo iba a correr él confiando en mí, que pronto me marcharé de aquí y que no represento ninguna amenaza? Yo no he venido aquí para vengar a un abuelo cuya existencia y modo de ser me eran desconocidos. He venido a buscar la amistad de un ausente, y a ofrecerle la mía años después de su desaparición. Justin me ha revelado cosas que tú ni siquiera me habías mencionado. Que mi padre no frecuentaba la compañía de los jóvenes del pueblo simplemente porque no sabía cómo abordarlos. En su ambiente, en la ciudad, solo se relacionaba con mulatos. No sabía hablar el idioma de los jóvenes del pueblo. No sabía andar con los pies descalzos, como ellos, ni hacer peleas de ciervos volantes. Él había aprendido a nadar en los cursillos de una piscina privada de la capital, en la que los padres esperaban el fin de las clases mientras debatían sobre el estado del mundo. Pero admiraba secretamente la gracia natural de los nadadores y nadadoras del pueblo. Los miraba marchar en grupo montados en la barca de un pescador. Se marchaban sonriendo, se tiraban al agua cuando la barca estaba lo suficientemente alejada del pueblo, y regresaban a nado, siempre sonriendo, avanzando de modo indolente pero a la vez rápido, con alegría, sin esforzarse demasiado. Les envidiaba el saber nadar igual que un niño habla su lengua materna, mientras que él solamente sabía hacer las cosas aprendidas en el marco de las convenciones sociales y los prejuicios. Tampoco se atrevía a dirigirse a las chicas, especialmente a Solène, que tenía casi su misma edad. Lamentaba no poseer en su vocabulario las palabras ligeras y francas necesarias para llegar a Solène, para poder detener el tiempo el día que ella le abriese los brazos. No poseía esas palabras. Solamente conocía el lenguaje de negociantes y sinvergüenzas que usaba su padre con las mujeres; las palabras anticuadas de las viejas novelas que su madre atesoraba, y las palabras de los chicos de su nivel social. ¡Qué ironía el no poseer las palabras para decirle al otro que él o ella son para nosotros el amor mismo! Justin concluyó diciendo que en la desigual distribución de las riquezas que impera en el mundo, el injusto reparto de las palabras no era ni mucho menos un mal menor. Mis amigos y yo poseemos las palabras para nombrar todo tipo de objetos y chismes, pero carezco de ellas para jugar con los niños del pueblo. Un grupito de ellos me abordó en la calle para preguntarme si quería jugar con ellos. Yo nunca había jugado más que al voleibol. Pero lo intenté. Me acordé del señor bajito de la capital. Lo imaginé hace más de veinte años en la playa, con otros niños. No jugué durante mucho tiempo. No estoy acostumbrada a correr sobre piedras y los niños me dijeron que era demasiado mayor para jugar con ellos, pero que estaría genial si quisiera arbitrar su partido. Lo arbitré. Concienzudamente. Era la primera vez en mi vida que me confiaban semejante responsabilidad. La de elegir la decisión más justa ante un problema externo. Más allá de la banalidad de un juego de niños, sin consecuencia alguna sobre su futuro o el mío, valoré la confianza que ellos habían depositado en mí. Más tarde me di cuenta de que ellos podían arreglárselas sin mí y que

adoptaban sin mi ayuda las decisiones correctas. Comprendí que querían ponerme a prueba. Y de repente tuve mucho miedo: parece que aquí todas las cosas, desde una casa que se quemó hasta un partido de balón prisionero, remiten a la misma pregunta: «¿Qué uso debemos hacer de nuestra presencia en el mundo?». ¿En qué trampa he venido a caer como la más ingenua de los viajeros?

Tu nombre es Thomas. Esa es otra cosa que me llama la atención. En mi mundo y en mi generación hay muchísimos Thomas. No debería encontrar nada extraño en el hecho de que compartas nombre con algunas de las caritas de mis viejas fotos de guardería y con dos o tres de mis compañeros de curso. Pero es que a fuerza de frecuentar las mismas cosas llegamos a pensar que nos pertenecen exclusivamente a nosotros, que existen solo para nosotros. Gracias, Thomas, por haber preparado mi encuentro con Solène. No te contaré de qué estuvimos hablando. Mis amigas y yo solemos tener conversaciones femeninas, como las llaman los chicos, en las que compartimos pequeños secretos y confidencias: una ha salido con un chico que no es su novio, a otra en realidad no le gustan las felaciones, pero las consiente solo por no contrariar a su amante, que es a quien realmente le gustan. Con Solène he tenido la sensación de compartir algo realmente único. Paseamos por el bosque. Fuimos primero al lugar en el que antaño se levantaron las Bellas Gemelas. He comprobado que después de que las casas desaparecieran, árboles y plantas han ocupado espontáneamente su lugar. Dan sombra y flores, y el lugar produce una sensación de paz. Luego continuamos bordeando la costa, hacia el oeste, siguiendo el mismo camino que mi padre debió de iniciar hacia el lejano lugar de donde vengo. Al final llegamos a un bosquecillo. Donde vivieron su noche de amor, supongo. El señor bajito de la capital tenía razón. Lo que allí hicieron solo les concierne a ellos. Pero sí puedo asegurarte que Solène no ocultó su animadversión hacia el mundo de mi abuelo y su amigo el coronel. Cuando mencioné sus nombres, sentí bullir en ella una fuerza que me impresionó. Aquí hay demasiada gente así. La creo. Ellos no eran ninguna excepción. ¡Qué tiene de excepcional considerar que el mundo es de su exclusiva propiedad, corromper si con eso se obtiene algún beneficio, y pensar solo en términos de pérdidas y ganancias! Así es en todas partes. En la ciudad de la que vengo ya se nos ha olvidado. Nos hemos acostumbrado. Siempre hay luz, cachivaches. Siempre hay algo para comer, así que uno come y punto. La diferencia entre tu capital y la mía es que en la mía los pobres son lo suficientemente ricos como para olvidar que son pobres. Pero esto es similar en todas partes. Yo vengo de una ciudad atiborrada de realidades virtuales y en la que nadie arriesga el pellejo por nada que no sean sus propios asuntos.

Lo que mató a mi abuelo y a su amigo el coronel fue su falta de discreción. Hablando sobre sistemas políticos con mi profesor, comprendí que la estabilidad de un sistema no tiene nada que ver con sus virtudes, sino con la provocación. Basta con no restregar las riquezas por las narices de los demás, y hacerles creer que también participan en el festín. Pero no he venido aquí a hablar sobre teoría política. He venido a oír el latido del corazón de un adolescente mimado que no encontraba su lugar. Un adolescente que abandonó las comodidades para renacer, aquí, a la vida, y que inmediatamente después partió hacia un más allá incierto. Mi padre murió cuando yo tenía tres años. Mi madre nunca me dijo de qué. Tampoco me contó cómo había sido su vida juntos, cómo se conocieron, qué les unió. Yo sé que se querían mucho. También sé que fue él quien la abordó a ella. Eso debo agradecerérselo a Solène. Ese primer amor le dio las fuerzas para llegar a conocer al segundo. Me imagino que algo así uno no puede inventárselo. Hablando en tu idioma, o en el del señor bajito de la capital, podría decirse que el coronel Pierre André Pierre y el hombre de negocios Robert Montès nunca encontraron a nadie así. Nunca llegaron a conocer esa armonía fugitiva que a veces se establece con el otro, y que puede salvarnos de la indiferencia. Tienes razón. Qué importa el origen del incendio. Por una vez la vida habrá vencido a la muerte y, como tú dices, eso no está tan mal. Pero ninguna victoria es definitiva. Cuando Solène y tú salisteis de la habitación, vi lágrimas en vuestros ojos. Tu tío ha muerto. Sí, me gustaría estar en el velatorio. Sí, me iré mañana, si te parece bien llevarme. No, no puedo decirte que he encontrado lo que estaba buscando, pero te diré que, además de la pregunta sobre el uso de nuestra presencia en el mundo, también podemos hacernos otra sobre el lugar que otorgamos al ausente. Siempre reconstituimos a los ausentes, a los que dejamos marchar y a los que nos acompañan. Mi padre será uno de esos: me llevo conmigo, a mi país, los pedazos de una infancia triste y una hermosa noche de amor.

El bello amor humano

La muchacha ha decidido ponerse su vestido corto. No para esconderse detrás de su cuerpo. No tiene nada que esconder. Tampoco porque tenga nada que mostrar. Simplemente, porque se encuentra a gusto con ese vestido. Cuando estamos acompañados de gente, es mejor encontrarse a gusto. Y esta noche se ha prometido estar con la gente. Sus compañeras le dirían: «Apenas conoces a esas personas». Ella se dice que tampoco conoce mucho mejor a sus compañeras. A menudo no comparten más que un ritual, las últimas tendencias. Hoy también comparte un ritual, una tendencia. Eso es lo que se dice a sí misma en el momento en el que comienza a escuchar las canciones. Él había querido esperarla, pero ella rehusó, obligándole casi a que fuera a reunirse con los demás. Desde la casa, lleva todo el día escuchando los trabajos de construcción de la enramada. Desde la ventana ha visto acarrear los postes de madera, clavarlos en la arena. Los ha mirado montar una techumbre de hojas de banano, llevar sillas, mesas y bancos. No ha pedido participar, ayudar. Entre las anécdotas del coche, había una sobre turistas de gran corazón que, pretendiendo ayudar, lo habían mandado todo a tomar por culo. Ella no quería mandar nada a tomar por culo. Solo estar. Estar allí mientras pudiera. Cuando Solène le preguntó:

—¿Estarás con nosotros?

Ella le respondió que sí. Solo eso. No siguió con la vista a los cuatro hombres que sacaban el cuerpo de la casa. No sabe dónde le llevan. Sabe, porque Solène se lo ha contado, que van a seguir las instrucciones del difunto. Está preparada. Ha guardado sus cosas. Han acordado que se marcharán al día siguiente, temprano. Fue él quien lo propuso. Encara el viaje como una especie de evasión. Para soportar una pérdida, a menudo emprendemos la huida hacia ninguna parte, no importa adónde. Puede ser también que vayamos en busca de lo que hemos perdido. Deseo vano de llenar un vacío. Ella vino a buscar un padre. No lo ha encontrado. Solo ha encontrado seres humanos. Vivos. Caminando hacia la enramada, oye risas, cantos, ruidos de vida. Se cruza con parejas que van hacia el bosque, alejándose de la multitud. Es una cacofonía distinta a la de la capital. Una armonía. Aquí los ruidos no están en guerra los unos con los otros. No logra distinguir la voz de él entre todas esas voces de hombres, mujeres y niños. No es su

voz la que le hubiera gustado oír, sino la de un adolescente al que ella no conoció, y al que le cuesta imaginar como padre. Un adolescente que no formó parte de ningún grupo. Imagina la soledad de ese hombre niño y su primera auténtica felicidad, aquí mismo, en algún lugar de este bosque. Una voz se impone sobre el resto. Una voz de mujer. Es la voz de Solène. Clara, sin fisuras. Una voz capaz de tomar decisiones. Siente una ligera desazón. A menudo, cuando no entendemos la letra, nos equivocamos sobre el auténtico valor de una canción. Es lo que les ocurre a sus amigas y a ella cuando cantan machaconamente canciones que en su lengua materna les hubiesen parecido tontas. Tal es el atractivo que ejercen sobre nosotros las modas extranjeras. Pero suele ocurrir que, cuando descubrimos lo que dicen las viejas canciones de culto, nos sentimos completamente estúpidos. Sin embargo, ella está segura de que esas palabras cuyo significado se le escapa tienen algo poderoso, intemporal. Pero no, lo intemporal no existe. Siempre hay un tiempo. Incluso cuando el tiempo se detiene. Puede ser que las guerras no sean sino la violencia del choque entre dos tiempos que se ignoran. ¿Es posible reunir en un solo mundo todos esos desencuentros? Piensa en el derrotismo que a veces vence a los pacifistas. Piensa en su madre. Lo ve entre el grupo, bajo la techumbre. Le parece legítimo sentarse a su lado. Más incluso que el padre que vino a buscar y al que no ha encontrado, él es su pasaporte, el vínculo que explica su presencia allí. Entre la multitud, reconoce a algunos con los que ha tenido ocasión de trabar amistad: Justin y los niños con los que jugó al balón prisionero y para los que hizo de árbitro. Seguramente es solo una impresión, pero le parece que los niños le sonríen con un poquito de burla. No piensa en su aspecto mientras se agacha para sentarse a su izquierda en el banco. Él se retira un poco para hacerle sitio. Su vestido no desentona. Es más corto que el de las demás, pero nadie lleva ropas tristes. Mucho blanco, y también colores. De hecho, ¿cómo saber si los colores de la tristeza son los mismos en todos los lugares? Dobla sus largas piernas y pone las manos sobre las rodillas. Si le preguntase qué aspecto presenta, él le diría que la ve tal como es, sencilla, viva. También ágil. Pero ella no le pregunta qué aspecto tiene, pues no está pensando en su aspecto. Está sentada a su lado e intenta acostumbrarse a la claridad de las velas. Hay muchísimas: puntos luminosos que se agitan, mueren, reviven al contacto con el viento. También hay lámparas. Ella no sabe cómo se llaman esas cosas de hojalata con un mango, un vasito y una mecha. No las hay en su país, ni las vio de pequeña en sus libros ilustrados. Pero todo se aprende, ¿no?

—Candiles —le dice él.

¿Cómo es posible que haya oído una pregunta que ella todavía no le ha formulado? Sin duda, a fuerza de tratar con los turistas, los guías consiguen anticiparse a sus deseos. Ella tiene ganas de decirle: «Yo no soy una turista». No hace falta. Él no la mira como a una turista. Así que piensa en otra cosa. «Candiles», se repite, qué importan los nombres. Dan una hermosa luz que también deja espacio a las sombras. Como la luna. Pasan mujeres sirviendo bebidas en vasitos esmaltados. Infusión de melisa y salvia, sopa y ron de caña. Por segunda vez, él se adelanta a su pregunta. Ella bebe de todo. Menos sopa.

—No, no me gusta la sopa —esta vez es ella la que se anticipa a la pregunta—. Mi abuela

materna me obligaba a tomarla cuando mi madre y yo íbamos de vacaciones a su casa, en el pueblo.

«Todos tienen su propio Anse-à-Fôleur.» Los dos lo piensan al mismo tiempo. Para espantar el pensamiento común, ella observa a los niños. Si le preguntase, él le diría que ellos también están hablando de la luna, que juegan con ella. Algunos llevan sombreros, demasiado grandes para sus cabecitas. De fieltro. De paja. Oscuros. Claros. La noche está llena de sombreros. Es uno de los regalos que el difunto le ha hecho al pueblo. Los niños con más imaginación han decorado los sombreros con flores y cintas, y corren todos con ellos a través de la noche. Su carrera es una comitiva de fragmentos de arco iris. Se detienen, se reagrupan y hacen un corro. La luz de la luna atraviesa la enramada. Uno de sus escasos recuerdos de las clases de literatura es un poema de Baudelaire: «La luna, que es el capricho mismo...». La poesía es algo pesada. Anticuada, piensa. Tiene una compañera, estudiante de periodismo, que considera unos viejos gilipollas a todos los hombres de su gremio con una experiencia humana más prolongada que la suya y, en general, a cualquier hombre de cuarenta años que tenga la osadía de desearla. Ella no está segura para nada de la pertinencia de esas categorías: su madre a veces la tacha de vieja. Los niños, sin necesidad de ser Baudelaire, han entendido a la luna, y sus pasos son ligeros. Escucha la palabra «luna» y sonríe al corro. La poesía de Baudelaire le parece ahora más ligera. No se acuerda de lo que sigue a «el capricho mismo». Pero se imagina que lo que viene a continuación es hermoso. El corro da vueltas:

—Tres veces pasará, la última se quedará. Mi hija se ha perdido...

Mientras cantan, balancean sus cabecitas, demasiado pequeñas para los enormes sombreros que casi les tapan los ojos. Una niña pequeña está prisionera en el círculo. El corro da vueltas.

—Tres veces pasará... —y la pregunta—: ¿Qué eliges, la luna o el sol?

—La luna.

Es la respuesta correcta. Y la niñita prisionera en el círculo es liberada por la luna. Otra la reemplaza y el corro continúa.

—Tres veces pasará, la última se quedará...

Y sentados juntos, alternado infusión de salvia y ron de caña, siguen desde su banco el juego del corro. Es una de las primeras cosas que hacen juntos. De común acuerdo. Sin palabras. Están sorprendidos por el cambio de fase. O de estatus. La sorpresa se agota en silencio. La armonía se rompe. Ahora les incomoda un poco sentirse tan cercanos. Tanto en el sentido literal como en el metafórico. Esta acción conjunta, el movimiento de sus rodillas que de forma autónoma se aproximan, se tocan, se separan, se vuelven a tocar, se quedan así, la una apoyada suavemente en la otra, esta proximidad repentina no era esperada. Ni necesaria. Intentando escapar, ella mira hacia la derecha, hacia las mesas de los jugadores. En una mesa, hay un jugador de dominó que está de pie mientras los demás permanecen sentados. Lleva un enorme sombrero. Un sombrero realmente feo. Gana, le pasa el sombrero al que acaba de perder y vuelve a sentarse, ocupando la silla del otro. Son las normas. El que pierde la partida está condenado a hacer el ridículo durante el tiempo que dura una risa. Es una especie de servicio social: hacer reír a los

demás, cada cual cuando le toca. Un poco más allá, bajo la dirección de Justin, mayores y niños hacen revivir a los muertos. Uno de los miembros del grupo, niño o adulto, se levanta e imita a una persona. Los demás tienen que reconocerlo. Es la memoria del pueblo. Un chiquillo se levanta y trastabilla. Lleva puesto un viejo casco y tiene un silbato en la boca. Todos han reconocido al viejo jefe de sección, y una anciana que estaba sirviendo bebidas, suelta la bandeja y persigue al chiquillo gritando que su hombre no bebía tanto, y que era un buen hombre. Sí, la verdad es que era un buen hombre. La anciana abandona la persecución del chiquillo y vuelve a coger su bandeja, sin cesar de repetir que su hombre era el más guapo del pueblo, y que era un buen hombre. Continúa el juego de las identidades. Un hombre, sólido como los hombres que han pasado la vida enfrentándose al viento y a la violencia del mar, se levanta. Es una montaña de músculos. Pero hete aquí que se contonea. Se transforma. Es hermoso, elegante, orgulloso, camina erguido, responde con sonrisas a las miradas que le siguen, sigue andando, hacia el bosque, no pregunta nada a nadie, va sembrando la belleza allá por donde pasa, vuelve sobre sus pasos y lanza el desafío:

—¿Quién soy?

Y vuelve a convertirse en una montaña de músculos sentada en el suelo. Pero todos la han reconocido. Es la madre de Solène. En este lugar es así como mantienen vivos a sus muertos. Los llevan consigo, en sus propios cuerpos. Para evitar cruzarse con su mirada y también porque el homenajeado era un ser muy querido para él, mira hacia la derecha, hacia el mar. Ella intuye su tristeza y mira también en la misma dirección. Después de todo, aunque no lo hayan previsto, ni lo necesiten, qué tiene de malo mirar juntos en la misma dirección mientras fingen no enterarse de que sus rodillas se tocan. Al final de sus miradas hay una barca solitaria, iluminada por velas y candiles. Ella se da cuenta de que es la última morada del difunto antes de su gran viaje por el mar. No es la partida sino el tránsito lo que celebran. Qué talento ha de tener un hombre para que el día de su funeral solo se piense en la vida. Deliberada o inadvertidamente, la rodilla de él se apoya todavía un poquito más en la de ella. Ella no rehúye el contacto. De una rodilla a otra, percibe un ligero temblor en el cuerpo de él. Está llorando e intenta ocultar sus lágrimas. Ella tiene ganas de volverse hacia él, pero no sabe ejercer el arte de la consolación. Nadie se lo ha enseñado. Tendrá que inventarlo. Escoger los gestos. Las palabras. Pero no sabe. Los niños la salvan. Dos de ellos la cogen de la mano, la obligan a levantarse y la empujan, riendo, al centro del corro. No se atreve a mirar atrás. Le gustaría decir: «Discúlpame». Pero los niños no le dejan. La arrastran. Se abre el círculo y allí está ella, en el centro. Prisionera, gira en medio del corro.

—Tres veces pasará...

El viento juega con su vestido. Nota cómo él la mira mientras da vueltas. Si mirarla le seca las lágrimas, a ella le parece bien que la contemple. Al principio la observa con miradas furtivas. Ella da vueltas. El aire juega con su vestido.

—Tres veces pasará...

Es verdad que a veces mirar puede secarnos las lágrimas. Él ya no esconde su mirada. Así que ella sigue dando vueltas, se equivoca a propósito de respuesta, una, dos veces,

para seguir dando vueltas todavía un poco más. Está ya un poco mareada cuando finalmente se deja liberar por la luna, y vuelve a sentarse a su lado. Él le sonríe. Ella vuelve a ocupar su lugar, y sus rodillas el suyo, con total naturalidad. La enramada reivindica sus derechos. Sube el volumen de los cantos. Los niños, sin interrumpir sus juegos, se muestran más atentos al ritual de los adultos. Solène se convierte en el centro de atención. Todos o casi todos cantan. Le observa. Él mueve los labios, pero ningún sonido sale de su boca. Tiene ganas de pedirle que le traduzca los cantos, pero vacila, esperando que también esta vez la respuesta se adelante a la pregunta. Pero él no dice nada. En ese momento no está pensando en ella. Está con los demás. Cuando las voces flaquean, Solène se levanta y retoma el canto. Canta primero sola, luego los demás la siguen. Decide no esperar más, le gustaría entenderlo todo, se gira hacia él y comienza a formularle su petición, pero él se da la vuelta en ese mismo momento y comienza a preguntarle si desea que le traduzca las letras de las canciones. Las palabras salen a la vez:

—¿Quieres?

—¿Puedes?

Los niños los miran y en esta ocasión ella está segura, hay en sus ojos una complicidad benévola y burlona. Él no los mira, o finge no darse cuenta de cómo, mientras juegan o cantan con los adultos, bajo sus sombreros con cintas de arco iris, los niños los observan y los acompañan, quizás anticipan incluso lo que va a pasar. Los niños suelen entenderlo todo, incluso las cosas que no existen o no existen todavía. Él le explica que las canciones son a la vez alegres y tristes, que alternan sueño y dolor, promesa y melopea. Son como los seres de la naturaleza, que cambian de humor, de color y de tono.

—Mira el mar. Esta noche está tranquilo porque espera a un amigo. Y si penetras en el agua, se abrirá a ti. Mañana estará celoso de sus peces, y pobre del que se atreva a desafiarlo. Con los cantos pasa algo parecido. Son tristes porque la partida de un amigo nunca nos deja indiferentes. Alegres porque se cantan en honor de alguien a quien no le gustaba la tristeza.

Y ella escucha las voces que lloran una extraña melopea, que parece ascender hacia el sol como una herida de tierra. Mira los cuerpos crispados que se balancean lentamente, como recordando antiguas travesías, como encadenados juntos, como un único cuerpo derrotado, acucillado o arrodillado sobre la playa. Dicen:

—*Batala, m son zèb até a, yo pa konnen sa ki nan kè mwen.*

«Batala, soy una hierba bajo el sol, nadie sabe lo que oculta mi corazón.» Aquí, como en todas partes, hay personas como el hombre de negocios Robert Montès y el coronel Pierre André Pierre, que lo cogen todo para ellos y a los demás no les dejan más que las sobras, y eso cuando hay sobras. Y derrotados, olvidados, qué pueden hacer los demás sino cantar: «Batala, soy una hierba bajo el sol, nadie sabe lo que oculta mi corazón». Ella no responde nada, pero ha entendido. Cuando los cuerpos doblados sobre el suelo se yerguen, engrandecen de repente, cuando:

—*Chwal mwen mare nan poto m pa priye pèsonn o, lage li pou mwen.*

Las voces se reafirman, se encabritan, luchan, triunfan, y él traduce:

–Até a un poste mi caballo, y no le he pedido a nadie que lo suelte en mi lugar.

Ella escucha. Y cuando las voces explotan, y piafan vigorosas e indomables:

–*Lè m a lage chwal mwen gen moun k a kriye* –a la luz de los candiles y las velas, ve a un grupo de hombres que se acerca a la barca, la desliza hasta el agua y rema hasta alta mar; antes de que él traduzca, ella ya lo ha comprendido: «Habrà quien lllore cuando libere a mi caballo».

Las lágrimas de la canción no son las que derraman los ojos que acompañan al pintor Frantz Jacob hasta su última morada, el mar al que nunca miró antes de haber sido iluminado por la ceguera. Las lágrimas que acompañan al pintor Frantz Jacob son lágrimas de ternura. Lágrimas de amistad inquebrantable con la que la muerte jamás podrá acabar. Las lágrimas de la canción no son las de los niños que hacen gestos de adiós con sus sombreros adornados de arco iris. Hay lágrimas y lágrimas. Las lágrimas de la canción no son las del vecino que la coge de la mano y le dice: «Ven, te voy a enseñar algo». Son las del hombre de negocios Robert Montès y del coronel Pierre André Pierre. De todos los André Pierre y de todos los Robert Montès de cualquier parte del mundo. Porque los hombres acaban por devolver el golpe. Ahora Solène baila. Gira sobre sí misma en el centro del círculo. Sale del círculo, titubea, se pone en pie, se dirige hacia un hombre, le toma de la mano, baila con él, le deja, va hacia una mujer, la toma de la mano, baila con ella, la deja, se acerca a una pareja, baila a su alrededor y les hace gestos para que se marchen, baila yendo hacia atrás, regresa a su lugar en el centro del círculo, baja, se incorpora lentamente, más grande que antes. Ese cuerpo que canta y que baila encierra toda la energía de la rebelión, toda la rudeza y la elegancia de un cuerpo, de una voz, de una vida que reclama su derecho a cantar. Una voz, un cuerpo, para rendir honores a la vida:

–Maldito sea el hombre que, olvidando sus deberes, por avidez o por deseo de medrar, traiciona la mano tendida y el rito de compartir. Pero benditos sean aquellos que vienen y que van, y comparten con el otro la dulzura del reposo.

Sus manos se tocan. Él la coge de la mano. Lejos de allí, la madre de la muchacha debe de estar un poco preocupada, una madre temerosa, que se pone nerviosa durante un momento mientras ve en su salón las noticias que suceden en el mundo. Lo mismo que sus compañeras, con las que seguramente no hable sobre esa noche. Por lo menos no enseguida. Y no de cualquier modo. Estas cosas tan lejanas hay que saberlas traer a colación. Se dirigen a la casa. Él le ha soltado la mano. Ella se alegra. No le gusta que la cojan de la mano. «No soy táctil» es una de sus frases favoritas. Al día siguiente le preguntará por qué no subió a la barca, por qué no acompañó a su tío al mar. En la carretera. Piensa más en el tiempo que pasarán juntos en la carretera que en el regreso a su verdadera vida. Como si el viaje por carretera fuera un fin en sí mismo. Solène continúa dirigiendo el rito:

–Benditos aquellos y aquellas... *Mwen konnen yon kote nan granbwa, yon kote si w ale w a rete...* Conozco un lugar... si vas allí, te quedarás...

Se detienen, pero él ya no traduce. No necesita explicarle el significado de lo que las voces están cantando. Están de pie, uno al lado del otro. Ella escucha. Y de repente todo

se detiene. Solène le pide que cante algo. Sin excusarse, porque no necesita excusarse de no ser igual que los demás, canta una canción de las suyas, un viejo tema de Dinah Washington. Y no importa que no entiendan el idioma, ella también ha puesto su parte de voz. Todos tienen que poner su parte de voz, esa es una de las leyes de Justin que, desde lejos, con medio rostro iluminado y otro medio rostro en sombras, inclina la cabeza en señal de aprobación. «¿A qué canto dar mi parte de voz?» Ella se hace la pregunta mientras emprenden el camino a casa, y dos niños, los más traviesos, los siguen riendo, van hacia ellos y les regalan sus sombreros. Entran en la casa. Él enciende las lámparas. Ella espera. Él la lleva a la habitación del difunto. La ventana está abierta y da al mar, pero ella solo puede ver la noche. El sillón está en su ubicación habitual. Él le pide que se siente en el sillón, delante de la ventana, frente al mar. Retira los objetos de la mesilla de noche y la coloca entre el sillón y la ventana. Después, con las manos un poco temblorosas, coloca dos lámparas sobre la mesilla. Saca algo que hasta entonces había estado escondido debajo de la cama. Ella no ve sus movimientos ni lo que lleva entre las manos. Mira el resplandor de las lámparas, el resplandor de una ventana que se abre a la noche. Él pasa delante de ella, rozándola, y coloca el objeto sobre la mesilla, apoyándolo contra la ventana. Luego se coloca enfrente, para poder ver lo mismo que ella. Y empieza a hablar:

—Por las mañanas, Solène le llevaba a mi tío las noticias del pueblo. Él se sentaba aquí, al lado de esta ventana, y las usaba para alimentar sus visiones. Me hacía llamar. Yo tomaba lápices y un cuaderno, y dibujaba a su dictado...

Él habla, pero ella no le escucha. El lienzo está lleno de gente, de verde, de agua. Hay toda una multitud de colores y de personas. En un sotobosque una joven pareja hace el amor. Son casi niños. Su desnudez es hermosa. El joven vuelve a aparecer más allá. Solo. A sus pies, toda una variedad de mundos posibles... Sigue hablando. Ahora que ha empezado, tiene que terminar:

—Yo dibujaba siguiendo su dictado, pero de repente en mitad del dibujo de un ciervo volante o de la desembocadura de un río, se ponía nervioso y me gritaba que aquello era malvado y falso, que la imagen del coronel y del hombre de negocios...

Ella sigue sin escucharle. Su mirada descende por un río, se topa con las flores gigantes que crecen por doquier, pasa por las orejas de un transeúnte, por la palma de la mano de un niño, por los tejados de las casas, remonta una ligera pendiente, se mezcla con las miles de manos que recogen la fruta que cae de los árboles. Sigue sin escuchar sus palabras, no siente el peso de la mano que él ha posado sobre su hombro. Él no se atreve a apretar, a hacerle daño, a obligarla a que se dé la vuelta y le escuche. Ya no habla. Grita.

—... quería expulsar todo lo feo de sus visiones. Decía que quería pintar el bello amor humano, y que el lienzo sería una obra realista. Pero la realidad rehusaba amoldarse. Entonces Solène y yo nos dijimos...

Ahora ella le oye sin escucharle, no retiene las palabras, rechaza su significado. Mira, más fresca que el resto de la pintura, la figura de una mujer joven, en pie a la entrada del pueblo. Ella conoce a la mujer. Lleva veinte años frecuentándola, perdiéndola,

redescubriéndola. Conoce a su madre, y ahora también un poquito a su padre. Todavía no ha acabado con el cuadro. Le quedan por ver muchas cosas. Hombres y mujeres de todas las edades. Ventanas. Rincones sombríos. Lunas, soles y «tres veces pasará...». Caminos que se cruzan. Sonríe. Sin darse la vuelta, pone su mano sobre la mano posada en su hombro. Es su modo de dar las gracias. Eso era entonces lo que hacían encerrados en esa habitación: un pequeño lugar para ella. Se levanta y por fin se da la vuelta. Es más alta que él. Mañana ella se marchará. Pero eso no les impide soñar juntos. ¿Qué le contará a su madre, a sus compañeras? ¿Que hay muchos mundos dentro de este mundo, un mundo por construir con todos esos mundos? Pero eso sería pretencioso. Ellas no la necesitan para comprenderlo. ¿Que al final de su viaje ha encontrado la soberbia, criminal, ingenua, contagiosa y absolutamente sencilla obsesión por el deber de maravillarse? ¿Que regresará algún día? ¿Que ama al guía pero, Dios mío, cómo habla? Siguen de pie, cara a cara. Fuera la fiesta continúa. Se miran, y todos los lugares son buenos para interpretar su partitura en la música del mundo.

—¿Quieres que cierre la ventana?

—No, deja la ventana abierta. Y mañana, durante el camino, seré yo la que hable...

Notas

¹*Grand nègre* es un término del criollo haitiano que no tiene connotaciones raciales sino sociales, se refiere a una persona de relieve social y económico. (N. de la T.)

Créditos

Cet ouvrage a bénéficié du soutien des Programmes d'aide à la publication de l'Institut français.

Esta obra se benefició de los Programas de ayuda para la publicación del Institut français.

Título original: *La belle amour humaine*

Edición en formato digital: mayo de 2013

En cubierta: Fotografía de © Herbert List / Magnum Photos / Contacto

© Actes Sud, 2011

© De la traducción, Elena García-Aranda, 2013

© Ediciones Siruela, S. A., 2013

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid

Diseño de cubierta: Ediciones Siruela

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-15803-71-3

Conversión a formato digital: El poeta (edición digital) S. L.

www.siruela.com

Índice

Portada	1
Portadilla	2
EL BELLO AMOR HUMANO	4
Dedicatorias	5
Citas	6
Nota del autor	7
Anaïse	8
Thomas	88
El bello amor humano	101
Nota de la traductora	110
Créditos	111